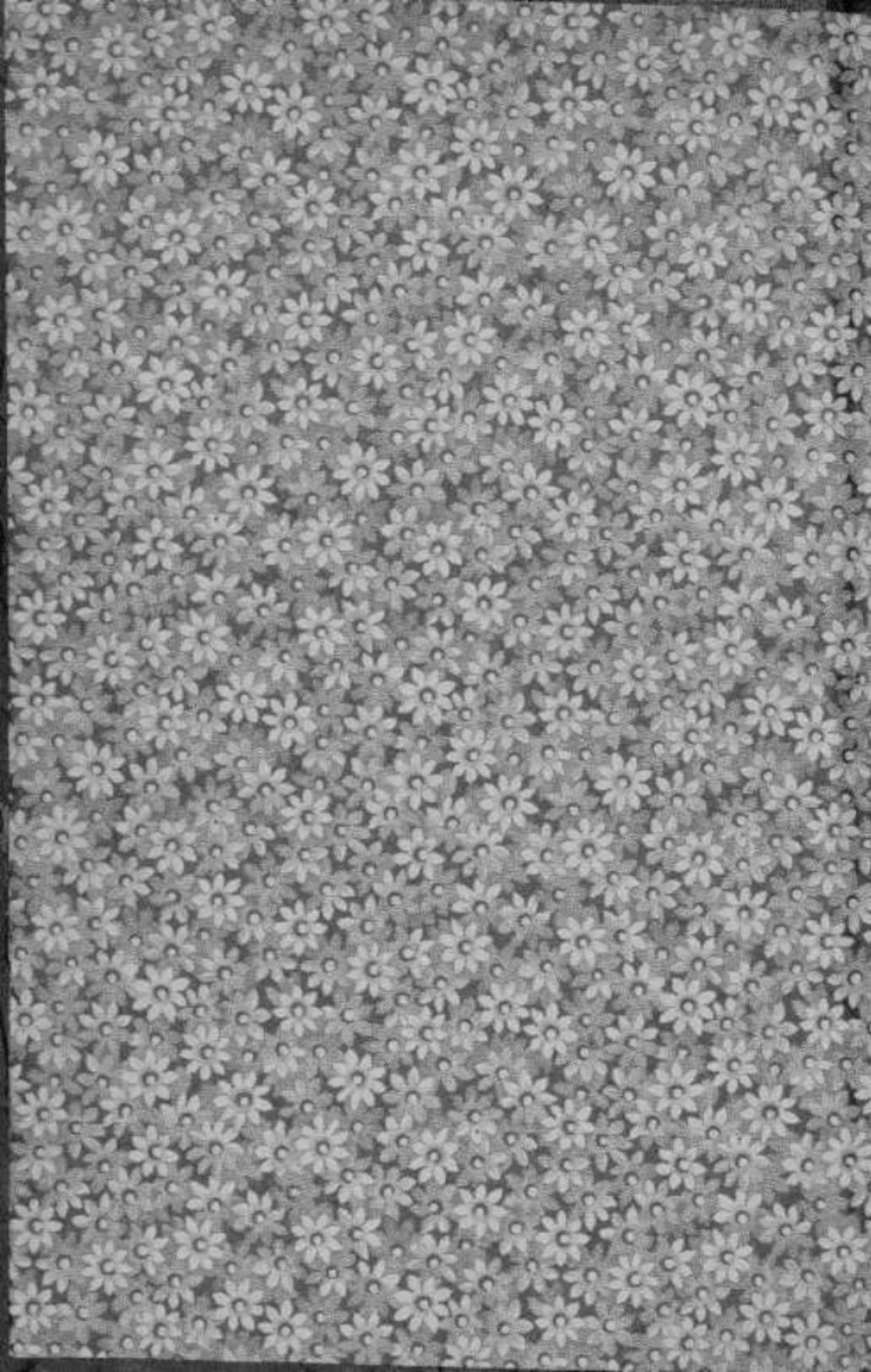
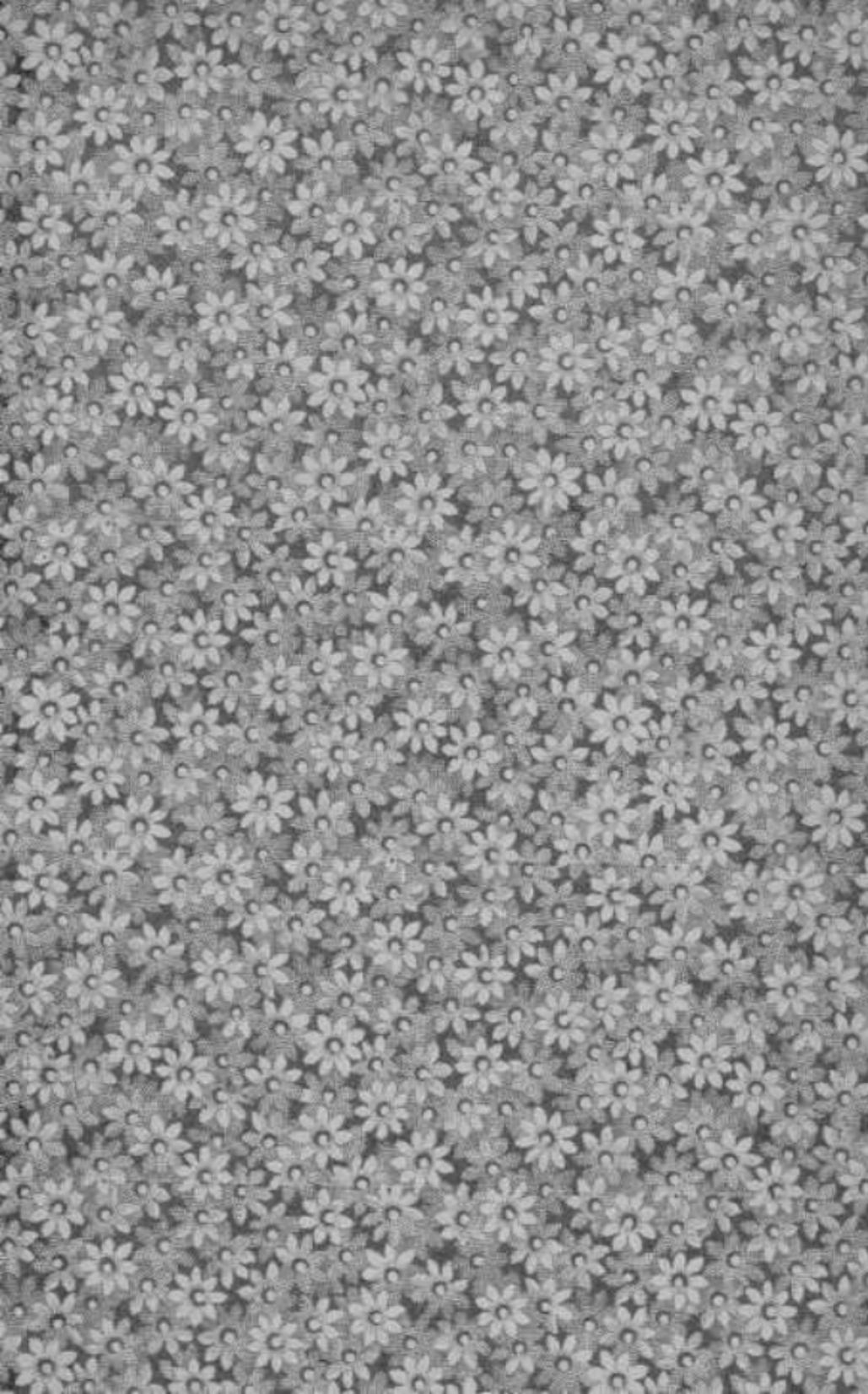


4338







BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XL.

LOS BANDIDOS.

DRAMA EN CINCO ACTOS

DE F. DE SCHILLER,

traducido al castellano

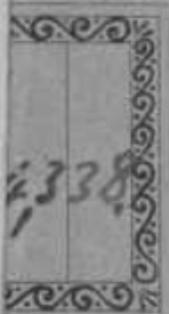
por

DESIDERIO CORCHON.

MADRID.

COMISION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18. 2.^o

1878.



Sala.....1.....

Estante.....14.....

Tabla.....7.....

Num.....4339.....

MADRID, 1878.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^{ta},
SUCCESORES DE RIVADENEYRA,
ADMISORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

LOS BANDIDOS.

PERSONAS.

MAXIMILIANO, conde reinante de Moor.

CARLOS. { Sus hijos.
FRANCISCO. }

AMALIA DE EDELREICH.

SPIEGELBERG.

SCHWEIZER.

GRIMM.

HAZMANN.

SCHUFTERLE.

ROLLER.

KOSINSKY.

SCHWARZ.

} Libertinos, más tarde bandidos.

HERMANN, hijo natural de un gentilhombre.

DANIEL, criado del conde de Moor.

UN ALGUACIL.—UN PADRE.—ACOMPAÑAMIENTO.

La escena pasa en Alemania.— Siglo xv.

ACTO PRIMERO.

Franconia.—Sala del Castillo de Moor.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO, EL CONDE DE MOOR.

FRANCISCO.

¡Qué pálido estais, padre mio! ¿Qué tenéis? ¿Estais enfermo?

EL CONDE.

No, hijo mio; me siento bien; pero ¿qué tenias que decirme?

FRANCISCO.

Ha llegado el correo.....; una carta de nuestro corresponsal de Leipzig.....

EL CONDE. (*Con ansiedad.*)

¿Qué? ¿Hay noticias de mi hijo Cárlos?

FRANCISCO.

Sí..... pero me temo que..... no sé si vuestra salud os permitirá..... ¿Es verdad que os sentís completamente bien, padre mio?

EL CONDE.

Como el pez en el agua. ¿Dice algo de mi hijo en la carta? Mas ¿por qué tienes tanto cuidado, que me has preguntado ya dos veces cómo estoy?

FRANCISCO.

Si estais enfermo, si teneis el menor recelo de poneros malo, no me preguntéis nada; os hablaré en ocasion más propicia. (*A media voz; casi aparte.*) Esta noticia no es para un cuerpo endeble.

EL CONDE.

¡Dios mio! ¿Qué es lo que vas á decirme?

FRANCISCO.

Dejadme ántes verter una lágrima por mi pobre hermano..... Yo bien sé que debiera callarme, pues es vuestro hijo; yo

bien sé que debería ocultar eternamente su ignominia, pues es mi hermano; pero á pesar de la tristeza que me causa, mi primer deber es obedeceros. ¡Perdonadme, padre mio!

EL CONDE.

¡Oh, Cárlos, Cárlos! ¡Si supieras cómo martirizas el corazón de tu padre con tu conducta; si supieras cómo una sola buena noticia tuya me daría diez años de vida, me volvería joven, cuando cada una de las que recibo me hace dar un nuevo paso hácia la tumba....!

FRANCISCO.

Si así es, adios, me marchó; vuestra muerte nos haría arrancar los cabellos de desesperación.

EL CONDE.

¡Quédate! Todavía queda un paso que dar: déjale seguir su voluntad. (*Sentándose.*)

Las faltas de los padres se pagan en la tercera ó cuarta generación. ¡Déjale que sea el ejecutor de tan triste sentencia!

FRANCISCO.

(*Sacando la carta del bolsillo.*) Ya conocéis á nuestro corresponsal. ¡Pues bien! Daría un dedo de la mano derecha por poder decir que es un embustero. ¡Ánimo! Perdonadme si no os dejo leer la carta, no debéis saberlo todo.

EL CONDE.

Todo, todo, hijo mio; de ese modo me evitarás la vejez.

FRANCISCO. (*Leyendo.*)

«Leipzig, 4.º de Mayo. Querido amigo:

«Si no te hubiera dado palabra de no ocultarte nada de lo que tiene relacion con la suerte de tu hermano, nunca habria yo permitido que mi inocente pluma fuese cómplice de semejante tiranía. Cien cartas tuyas me prueban que las noticias de esta naturaleza destrozan tu corazon de hermano; se me figura que el infame....» (*El anciano se cubre el rostro con las manos.*) Mirad, padre mio, no os leo lo peor: «que el infame te hace verter abundantes lágrimas.» ¡Ay! Sí; torrentes de lágrimas bañan mis compasivas mejillas; «Me parece que veo á tu pobre padre, pálido como la muerte....» ¡Jesus! ¿Ya lo estais ántes de haberlo oido todo?

EL CONDE.

¡Sigue, sigue!

FRANCISCO.

«Pálido como la muerte, caer aturdido en la butaca, maldiciendo el primer dia en que le llamaron *padre*. No han podido descubrírmelo todo, y de lo que sé no te escribo más que un poco. Parece que tu hermano ha llegado al colmo de la *ignominia*.

»La ignominia; yo al ménos no conozco
»nada más allá de lo que ha hecho, á no
»ser que su genio sea superior al mio en
»este punto. Ayer á media noche, con
»40.000 ducados de deudas, cosa que no
»es una friolera, despues de haber deshono-
»rado á la hija de un rico banquero, y
»despues de haber herido mortalmente en
»duelo al novio, que es un muchacho de
»posicion, resolvió de burlar la vigilancia
»de la justicia escapándose con otros sie-
»te que le acompañaban en su vida de di-
»solucion.» Padre mio, por amor de Dios,
¿qué teneis?

EL CONDE.

¡Basta, hijo mio, basta..... no prosigas!

FRANCISCO.

No os lo digo todo. »Por todas partes
»han enviado sus señas con órden de
»prenderle; los interesados en el asunto
»piden justicia y han puesto su cabeza á
»precio. El nombre de Moor.....»

Pero no, mis pobres labios no deben
asesinar á un padre. (*Desgarrando la carta.*)
¡No lo creais, padre mio, no creais ni
una palabra!

EL CONDE. (*Llorando amargamente.*)

¡Mi nombre, mi pobre nombre tan hon-
rado y tan puro!

FRANCISCO.

¡Ay! ¡Ojalá no llevase el nombre de

Moor! ¡Ojalá no palpitase tanto mi corazón al nombrarle! Este amor impío que no puedo dominar me volverá á acusar ante el trono de Dios.

EL CONDE.

¡Ay! ¿Y mis proyectos? ¿Y mis sueños dorados?

FRANCISCO.

¡Bien lo sé! ¡Eso es precisamente lo que yo decia! Ese espíritu ardiente que fermenta en su pecho, deciais vos siempre, ese espíritu que le hace tan sensible al encanto de la grandeza y de la hermosura; esa franqueza que se refleja en sus ojos; esa delicadeza de sentimiento que le hace simpatizar con la desgracia; ese ánimo varonil, esa infantil ambicion, esa invencible tenacidad, todas esas brillantes virtudes que se ven germinar en el alma del niño, le harán ser un dia el ardiente amigo del amigo, un excelente ciudadano, un héroe, un grande hombre..... ¡Ved ahora, padre mio, en qué ha degenerado todo eso! La ardiente imaginacion se ha desarrollado y extendido, y ved los frutos que produce! ¡Ved cómo aquella franqueza se ha convertido en insolencia! ¡Ved cuan sensible le hace aquella ternura á los encantos de una Friné! ¡Ved cómo ha consumido aquel ardiente genio, en seis años miserables, el aceite que debia durarle toda la vida.

Su cuerpo muere en la fuerza de la edad, y viene entónces algun descarado y dice : *c'est l'amour qui a fait ça !* ¡Ah! ¡ Ved cómo esa cabeza atrevida y emprendedora concibe y ejecuta planes que eclipsan las heroicidades de Cartouche y Howard! Y cuando estas brillantes cualidades lleguen á su madurez, ¿qué perfeccion se puede esperar de una edad tan tierna? Padre, tal vez vivais lo suficiente para tener la alegría de verle al frente de una cuadrilla que fije su residencia en medio del solemne silencio de los bosques, y tenga por ocupacion aligerar la carga al cansado caminante; tal vez un dia, ántes de encaminaros hácia la tumba, vayais como un peregrino á visitar el monumento que se está erigiendo entre el cielo y la tierra; quizá..... ¡Oh, padre mio, padre mio, buscad otro nombre; no sea que llegue el momento en que os señalen con el dedo los pilluelos que hayan visto el retrato de vuestro hijo en la plaza de Leipzig!

EL CONDE.

¿Tú tambien, Francisco, tú tambien? ¡Ah, hijos míos, cómo me destrozais el corazon!

FRANCISCO.

¡Ya veis que yo tambien soy chistoso! Mis chistes son venenosos como la mordedura del áspid, pero vuelvo pronto á

ser el hombre frío é insensible, el Francisco de palo, aquel para quien os inspiraba tantos otros nombres el contraste que veiais entre él y yo, cuando os pellizcaba la cara ó se sentaba en vuestras rodillas. Este, deciais señalándome, morirá entre cuatro paredes sin que nadie se acuerde de él; en tanto, la fama de esta cabeza universal volará del uno al otro polo. ¡Ay, Dios mio! ¡Cuántas gracias os da el frío, el insensible Francisco, por no parecerse al otro!

EL CONDE.

Perdóname, hijo mio; no te irrites contra un pobre padre que ve desvanecidos todos sus proyectos. Dios, que tantas lágrimas me manda con Carlos, te ha enviado á tí para enjugármelas.

FRANCISCO.

Sí, padre mio; yo os las enjugaré; yo daré mi vida por prolongar la vuestra; vos seréis el oráculo que consulte ántes de emprender cualquier cosa; seréis el espejo en que todo lo contemple; no habrá deber, por sagrado que sea, que no esté dispuesto á quebrantar, en tratándose de vuestra vida. ¿Creeis lo que os digo?

EL CONDE.

Todavía tienes muchos deberes que cumplir para contigo mismo, hijo. Dios

te bendiga por lo que has sido para mí y por lo que serás.

FRANCISCO.

Pero decidme; ¿seriais feliz si á ese hijo no le llamárais vuestro?

EL CONDE.

¡Silencio, por Dios, silencio! Cuando la partera me lo trajo, le cogí entre mis brazos y exclamé: ¡Cielos, qué feliz soy!

FRANCISCO.

Eso dijisteis entónces; y ahora ¿lo creéis aún? Estoy seguro de que envidiais la suerte del último de vuestros lacayos, pues no es padre de ese..... Tendréis pesares miéntas tengais ese hijo; y estos pesares crecerán con Cárlos y concluirán con vuestra vida.

EL CONDE.

¡En qué estado me ha puesto! ¡Me siento débil como si tuviera ochenta años!

FRANCISCO.

¿Y si renunciarais á ese hijo?

EL CONDE. (*Incomodándose.*)

¡Francisco, Francisco! ¿Qué es lo que dices? ¿Quieres que maldiga á mi hijo?

FRANCISCO.

¡No, no! No quiero que maldigais á vuestro hijo; ¿pero á quién llamais hijo vuestro? ¿Al que ha recibido la vida de vuestras manos, aunque emplee todos los medios imaginables para acortar la vuestra?

EL CONDE.

¡Cierto que es un ingrato; pero no deja de ser mi hijo!

FRANCISCO.

¡Precioso niño; cuyo único afán es no tener padre! ¡Ah! ¡Si pudierais comprenderlo! ¡Si abrierais los ojos! Vuestra indulgencia no hace más que darle confianza para continuar su vida de disolución; vuestra ayuda la autoriza. Verdad es que la maldición no caerá de ese modo sobre su cabeza; pero en cambio caerá sobre la vuestra, pues sois su padre.

EL CONDE.

¡Es justo, muy justo! ¡Toda la culpa es mía!

FRANCISCO.

¡Cuántos millares de seres que habían apurado la copa de la voluptuosidad no ha corregido el dolor! Pues qué, ¿no es el dolor físico que acompaña todos los excesos una palpable muestra de la voluntad divina? ¿Tiene el hombre el derecho de anular sus efectos con una cruel y mal entendida ternura? ¿Debe el padre causar la eterna perdición del sér que le han confiado? ¡Reflexionad, padre mio! Si le abandonais durante algún tiempo á su suerte, ¿no tendrá que enmendarse? Si sigue siendo aún en la escuela de la desgracia un miserable, entónces.... ¡mal haya el

padre cuya ternura se oponga á los altos designios de la sabiduría suprema!... ¿Qué decidís, padre?

EL CONDE.

Le voy á escribir diciéndole que le abandono.

FRANCISCO.

Haréis muy bien; obraréis con mucha prudencia.

EL CONDE.

Que no se presente á mi vista.....

FRANCISCO.

Esto producirá un excelente efecto.

EL CONDE. (*Con ternura.*)

Hasta que se corrija.

FRANCISCO.

¡Muy bien! ¡Muy bien! Pero ¿y si viene hipócritamente excitando vuestra lástima é implorando vuestro perdón con zalamerías, y al día siguiente se ríe de vuestra ternura en los brazos de su querida? No, padre mío, dejadle; ya volverá espontáneamente cuando su conciencia le perdone.

EL CONDE.

Entonces voy á escribirle en seguida.

FRANCISCO.

¡Padre, un instante! Temo que la indignación os haga escribirle palabras demasiado duras, que le partan el alma. ¿No os parece además que al verse dig-

no de una carta escrita de vuestro puño y letra, se creará merecedor de vuestro perdón? Mejor será que me dejéis el cuidado de escribirle.

EL CONDE.

Sí, escríbele, porque á mí me hubiera partido el corazón..... dile que.....

FRANCISCO. (*Interrumpiéndole.*)

Le escribo yo; ¿no es verdad?

EL CONDE.

Dile las noches de insomnio que he pasado, las lágrimas de sangre que he vertido..... Pero no le hagás caer en la desesperación.

FRANCISCO.

¿Quereis acostaros, padre mío? Os habeis afectado tanto.....

EL CONDE.

Dile que el corazón de un padre..... pero ¡por Dios, que no se desespere! (*Vase tristemente.*)

FRANCISCO. (*Siguiéndole con la vista, de una manera burlona.*)

¡Consuélate, viejo infeliz! ¡Nunca volverás á abrazarle! El camino de esta morada está cerrado para él como el cielo para el infierno; le arrancaron de tus brazos ántes que supieran que podías desearlo. Tengo que recoger estos papeles: cualquiera podría reconocer mi letra. (*Re-*

cogiendo los trozos de la carta.) ¡Buen mentecato sería yo si no supiera alejar á un hijo del corazón de su padre, por estrechos que sean los vínculos de cariño que los unan! ¡Animo, Paco! Ya está lejos el niño mimado, y el horizonte se aclara. El viejo tampoco durará mucho; el pesar le dará la muerte. A *ella* es á quien tengo que arrancar ahora del corazón la imágen de este Carlos, aunque supiera que le costaba la mitad de la vida. (*Midiendo la habitación á grandes pasos.*) Tengo sobrados derechos para odiar la naturaleza, y ¡voto al chápиро! los haré valer. ¿Por qué he de tener yo solo esta insoportable carga, esta horrible fealdad? (*Dando una patada en el suelo.*) ¡Voto á cribas! ¿Quién le ha dado el derecho de privarme á mí de lo que ha dado á los demás? ¡En verdad, parece que ha ido recogiendo todas las deformidades de la humanidad, y con ellas me ha fabricado. ¡Desde el primer momento de mi existencia se conjuró contra mí! ¡Pues bien! ¡Le juro también desde ahora un odio á muerte! ¡Destruiré sus más hermosas obras, ya que á ellas no me parezco! Desgarraré el vínculo de las almas, ya que me excluyen de él. Pues me negó la dulce emoción del pecho y el lenguaje persuasivo del amor..... conseguiré mis deseos por la fuerza; arrancaré á mi alrededor todo

lo que me impida ser el amo, el dueño absoluto.

ESCENA II.

AMALIA (*Acercándose lentamente.*), FRANCISCO.

FRANCISCO.

¡Ya viene! ¡Hola! Mis medicamentos empiezan á producir su efecto. Su modo de andar me lo indica..... No la amo..... pero no puedo permitir que otro sea feliz con sus hechizos. En mis brazos encontrará su tumba, sin haber vivido para nadie..... ¡Hola! ¡Calla, calla! ¿Qué está haciendo?

(*Amalia, sin apercibirle, ha destrozado un ramo de flores y las pisotea.*)

FRANCISCO. (*Acercándose con malicioso acento.*)

¿Qué culpa tienen esas pobres violetas?

AMALIA. (*Estremeciéndose y mirándole despues de hito en hito.*)

¿Tú aquí? ¡Cuánto me alegro! ¡Precisamente queria verte á tí solo! ¡A tí solo en el mundo!

FRANCISCO.

¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz! ¿Soy yo todo lo que tú deseas en la inmensa creacion?

AMALIA.

¡Tú! ¡Solo tú!..... ardo en deseos de

verte! ¡Quédate, te lo suplico! ¡Siento un alivio tan grande cuando puedo escupir á tu cara mi dolor!

FRANCISCO.

¿Merezco yo ese trato? ¡Te equivocas, hija mia! ¡Vé á ver á mi padre!

AMALIA.

¿Padre? ¡Ah! ¡Padre el que causa la desesperacion de su hijo! Y mientras aquel infeliz se está muriendo de hambre, se está él regalando con sabrosos vinos y cuidándose como un príncipe: ¿No os da vergüenza, mónstruos, almas empedernidas? ¡Sois la ignominia de la humanidad....! ¡Y todo esto á su hijo único!

FRANCISCO.

Yo creia que tenía dos.

AMALIA.

Sí, merece tener hijos como tú. En vano extenderá los brazos en su lecho de muerte en busca de su Carlos; los retirará horrorizado al tocar la helada mano de su otro hijo. ¡Oh, cuán dulce es verse maldecido por semejante padre!

FRANCISCO.

¿Estás loca, querida? ¡Me das lástima!

AMALIA.

Dime ¿le tienes lástima á tu hermano? ¿Le compadesces? ¡Qué has de compadescerle! ¡Debes de odiarle con toda tu alma! Y á mí tambien ¿no es verdad?

FRANCISCO.

Te amo como á mí mismo , Amalia.

AMALIA.

Si es verdad que me amas, no podrás negarme lo que voy á pedirte.

FRANCISCO.

¿Puedes dudarlo? ¡ Mi vida entera daría por tí!

AMALIA.

¡ Oh, si así es, se trata de una súplica que con tanta facilidad puedes concederme..... *(Con altivez.)* ¡ Odiame! Me moriría de vergüenza si al pensar en Cárlos supiera que no me odiabas. ¿ Me lo prometes no es verdad? Ahora, véte; déjame, quiero estar sola.

FRANCISCO.

¡ Querida mia! ¡ Cómo admiro tu corazón, tierno y amante! *(Poniendo la mano en el pecho de Amalia.)* Aquí reinó Cárlos como un Dios en su templo; le tenias presente estando despierta, y hasta en tus sueños; toda la creacion estaba para tí en él y te reflejaba sólo su imágen.

AMALIA. *(Conmovida.)*

Si, es verdad, lo confieso. Mal que os pese, lo confieso á la faz del mundo entero: ¡ le amo!

FRANCISCO.

¡ Qué crueldad! ¡ Qué infamia! ¡ Recom-

pensar de ese modo tanto amor! Olvidar á la que.....

AMALIA. (*Estremeciéndose.*)

¡Cómo! ¡Olvidarme!

FRANCISCO.

¿No le habias dado un anillo? ¿un anillo de diamantes como en prenda de tu fe? Mas ¿cómo habia de resistir un jóven á los encantos de una sirena? ¿Quién podrá ademas condenarle si no le quedaba otra cosa que dar? ¿No se lo han pagado con sobrada usura sus caricias y sus halagos?

AMALIA. (*Irritada.*)

¡Cómo! ¿Ha dado mi anillo á una cortesana?

FRANCISCO.

¡Es vergonzoso; pero si no fuera más que esto! Un anillo, por precioso que sea, siempre se puede rescatar; tal vez no le gustase ademas el trabajo; tal vez lo haya trocado por otro más hermoso.

AMALIA. (*Con vehemencia.*)

¡Pero mi mismo anillo! ¿Estás seguro de que era mi mismo anillo?

FRANCISCO.

¡No era otro, Amalia! ¡Ah! una joya como esa en mi dedo, y dada por tí! ¡La muerte misma no hubiera podido arrancármela! ¿No es cierto, Amalia? No le da valor el precio del diamante, no se lo da

tampoco su mérito artístico, sino el amor: ¿Lloras, niña adorada? ¡Mal haya el que hace verter á esos ojos divinos tan preciosas lágrimas! ¡Ay de tí si lo supieras todo, si le vieras tal como es!...

AMALIA.

¡Monstruo! ¿Cómo? ¿qué dices?

FRANCISCO.

¡Silencio, por Dios silencio, no me preguntes más! (*A media voz, pero suficientemente alto para que Amalia lo oiga.*) ¡Si al ménos estuviese cubierto el asqueroso vicio con un velo que lo desfigurase á los ojos del mundo! Pero nos muestra su rostro lívido y descarnado; sus ojos cadavéricos y hundidos agitan sus repugnantes huesos; habla con voz incierta y, esqueleto demacrado, apenas puede tenerse en pié; y la repugnancia que inspira penetra hasta la médula de los huesos. ¡Qué aspecto tan asqueroso! ¿Te acuerdas, Amalia, de aquel infeliz á quien viste exhalar el alma en el hospicio? El pudor y la vergüenza te hicieron apartar la vista de su lado. ¡Mal haya la hora en que vine á verle! exclamaste. Pues bien, recuerda su asqueroso aspecto y tendrás presente á tu Carlos. Sus besos son como la peste; sus labios no harían más que envenenar los tuyos.

AMALIA. (*Volviendo la cara con repugnancia.*)
¡Qué infame calumniador! ¡qué blasfemia!

FRANCISCO.

¿Te horroriza ese Cárlos? ¿Te repugna esa pintura tan débil, tan pálida? ¡Vé á verle á tu hermoso y angelical Cárlos! ¡Vé á respirar su perfumado aliento y á dejarte enterrar por el bálsamo de ambrosía que va envuelto en sus suspiros. (*Amalia se cubre el rostro con las manos.*) ¡Qué amorosa embriaguez! ¡qué voluptuosidad en sus abrazos! ¡Pues qué! ¿no es injusto condenar á un hombre sólo por su aspecto enfermizo? En el cuerpo más miserable puede haber un alma grande y amorosa, como brilla un rubí en el cielo. (*Sonriendo maliciosamente.*) Aun en los labios más impuros puede el amor..... Verdad es que si el vicio ha corrompido el alma, si la virtud desaparece con la castidad, como la fragancia de una rosa cuando está marchita..... si á la vez que el cuerpo se pierde el alma.....

AMALIA. (*Saltando de gozo.*)

¡Ah, Cárlos! ¡ahora te reconozco de nuevo! ¡Aún eres como ántes! ¡completamente como ántes! ¡Todo mentira! ¿No sabes, miserable, que todo lo que dices de Cárlos es imposible?

(*Francisco despues de reflexionar algunos*

instantes, se vuelve de repente y se dirige hacia la puerta.)

AMALIA.

¿A dónde vas con tanta precipitación?
¿Huyes de tu propia ignominia?

FRANCISCO. *(Ocultando el rostro con las manos.)*

¡Deja, deja que desahogue mi pecho llorando! ¡Qué padre tan cruel y tan tirano! ¡Al mejor de sus hijos entregarle de este modo á la miseria y á la ignominia! ¡Déjame, Amalia, déjame! quiero ir á arrojarme á sus piés y pedirle de rodillas que esa maldicion recaiga sobre mí... que sea á mí, á mí á quien desherede... que tome mi sangre... mi vida... ¡todo!

AMALIA. *(Arrojándose en sus brazos.)*

¡Hermano de mi Carlos! ¡querido Paco!

FRANCISCO.

¡Ay, Amalia! ¡cómo te amo al ver lo fiel que eres á mi hermano! ¡Perdóname, querida, que haya expuesto tu cariño á tan dura prueba! ¡Cómo has justificado mis deseos! Con estas lágrimas, con estos suspiros, con esta celestial indignacion.... así simpatizaban nuestras almas, así se parecían.

AMALIA. *(Sacudiendo la cabeza.)*

¡Oh, no, no! ¡por la casta luz del cielo! Ni una gota de su sangre; ni una chispa tan sólo de su sensibilidad...

FRANCISCO.

Era una hermosa y apacible tarde, la última ántes de su partida á Leipzig, cuando me llevó hácia aquel cenador, en que tan á menudo os sentabais juntos embebi-dos en vuestros sueños de amor. Largo tiempo estuvimos sin pronunciar una pa-labra; por último me tomó la mano y me dijo en voz baja con lágrimas en los ojos: me marcho y dejo aquí á Amalia; no sé, pero tengo el presentimiento de que es para siempre; no la abandones, herma-no mio, sé su amigo... su Cárlos... Si Cárlos no vuelve nunca... (*arrojándose á los piés de Amalia y besándole la mano con vehe-mencia.*) nunca... nunca volverá... y yo se lo he jurado.

AMALIA. (*Retrocediendo.*)

¡Te cogí, traidor! Precisamente en ese cenador me hizo jurar que á ningun otro amaria... ni áun despues de su muerte... ¿Ves ahora lo infame, lo impío que eres? ¡Véte de mi vista!

FRANCISCO.

No me conoces, Amalia, no... Veo que no me conoces.

AMALIA.

¡Oh, sí! te conozco; desde hoy te conozco. ¡Y querias parecerte á él! ¡Delante de tí habria él ido á llorar por mí! Antes

hubiera escrito mi nombre en la picota.
¡Véte al momento!

FRANCISCO.

¡Me insultas!

AMALIA.

¡Véte, te digo! me has robado una hora
preciosa; ¡ojalá te la descuenten!

FRANCISCO.

¿Me odias?

AMALIA.

¡No, te desprecio! ¡véte!

FRANCISCO. (*Dando una patada en el suelo.*)

¡Me las pagarás! ¡Sacrificarme á un
mendigo! (*Vase lleno de cólera.*)

AMALIA.

¡Andá, bribon! ¡déjame con mi Carlos!
¡Pues no le ha llamado mendigo! ¿Tanto
se ha trastornado todo en el mundo, que
los que ántes eran reyes son ahora men-
digos, y los mendigos reyes? ¡No tro-
caria yo sus harapos por toda la púrpura
de los magnates. La mirada con que él
pide limosna debe de ser régia, debe de ser
una mirada que aniquile la magnificencia,
la pompa y el triunfo de los grandes y los
príncipes! ¡Fuera estas brillantes joyas!
(*Arrancándose las perlas que lleva al cue-
llo.*) ¡Grandes y ricos de la tierra, seguid
condenados á llevar oro, plata y piedras
preciosas! ¡Seguid condenados á embria-
garos en los suntuosos banquetes! ¡Ar-

rellanad vuestros miembros en la mollicie y la voluptuosidad! ¡Cárlos! ¡Cárlos! sólo así soy digna de tí.

(*Vase.*)

Una posada en la frontera de Sajonia.

ESCENA III.

CÁRLOS MOOR. (*Paseándose de arriba abajo de mal humor.*)

¿Dónde demonios se habrán metido? De seguro han ido á hacer una excursion á caballo. ¡Hola! ¡Venga más vino!..... ¡Va siendo de noche y no viene el correo! (*Poniéndose la mano en el pecho.*) ¡Chico, chico! ¡cómo palpita! ¡Vino, venga vino! Hoy necesito de todo mi valor, sea para la alegría, sea para la desesperacion. (*Le sirven, bebe y de pronto pone el vaso sobre la mesa, dando un golpe con él.*) ¡Qué maldita desigualdad hay en el mundo! Hay avaros podridos de oro; y la pobreza corta á la juventud el vuelo de sus más atrevidas empresas. Prójimos que tendrian tiempo de reventar diez veces ántes de haber concluido de contar sus rentas, me han gastado el dintel de la puerta á fuerza de venir á pedirme cuatro deudas de mala muerte..... Por mucho que les estrechaba

la mano con efusion... ¡Un dia más tan sólo!... ¡Inútil todo! ¡Súplicas, juramentos... lágrimas... nada conmovia aquellos corazones de piedra!

ESCENA IV.

Viene SPIEGELBERG con unas cartas en la mano.— DICHO.

SPIEGELBERG.

¡Cáspita! ¡Golpe sobre golpe! ¡Qué demonio! ¿No lo sabes, Moor, no lo sabes? ¡Es para volverse loco!

MOOR.

¿Qué hay de nuevo?

SPIEGELBERG.

¿Y me lo preguntas? ¡Lee... lee tú mismo! ¡Malo anda el negocio! ¡La paz proclamada en Alemania! El diablo se lleve á los frailes.

MOOR.

¿Cómo? ¿La paz en Alemania?

SPIEGELBERG.

Hay motivos para ahorcarse. ¡Abolido el derecho de la fuerza! ¡Prohibida toda contienda bajo pena de la vida! ¡Voto á cien mil bombas!! ¡Revienta, Moor! Las plumas echarán garabatos donde campeaban ántes nuestras tizonas.

MOOR. (*Tirando al suelo su espada.*)

¡Vengan á gobernar los cobardes y los

pillos, y retírense avergonzados los *hombres* rompiendo sus aceros. ¡La paz en Alemania! ¡Anda, pobre nacion, esa noticia te ha marcado con el sello de la ignominia! ¡Plumas en vez de espadas! ¡No, no quiero pensarlo! ¡Tener que someter mi cuerpo y mi voluntad á las leyes! ¡La paz en Alemania! ¡Maldita sea esa paz, que condena á arrastrarse como una culebra á lo que tendria un vuelo como el del águila! La paz no ha formado todavía un solo grande hombre, miéntas que de la guerra salen colosos y héroes. (*Con fuego.*) ¡Ah! ¡Si la llama de Hermann brillase aún entre las cenizas! Ponme al frente de un ejército de hombres de mi temple, y hago de Alemania... ¡Pero no, no! ¡Déjala, déjala que se hunda! Ya le llegó la hora. La sangre no circula ya libremente por las venas de los nietos de Barbaroja. En los parques de mi padre trataré de olvidar cómo se pelea.

SPIEGELBERG.

¡Qué demonio! Creo que no intentará hacer el papel del hijo pródigo un prójimo como tú, que ha hecho más rasguños con la punta de la espada, que garabatos pueden hacer con la pluma tres escribientes en todo un año bisiesto. ¿No te daría vergüenza? ¡La desgracia no debe nunca hacer de un grande hombre un cobarde!

MOOR.

¡No, Mauricio! No me avergonzaré de hacer el hijo pródigo. Llama debilidad, si quieres, al honrar á su padre...; pero es la debilidad de un hombre, y el que no la tenga ha de ser ó un Dios... ó una bestia... ¡Déjame guardar un término medio!

SPIEGELBERG.

¡Anda, anda! ¡Ya no eres Moor! ¿No te acuerdas de cuántas veces, la botella en la mano, te has burlado del roñoso vejete diciendo: «¡que ahorre y atesore todo lo que quiera; á mí me ha de servir al fin y al cabo para desgastarme el gañote bebiendo!» ¿Te acuerdas, eh? Aquello era hablar como un hombre; ahora....

MOOR.

¡Maldito seas tú que me lo recuerdas! ¡Maldito yo, que lo dije! Gracias á que era sólo entre los vapores del vino, y no oía mi corazón las fanfarronadas que decía mi lengua.

SPIEGELBERG. (*Meneando la cabeza.*)

¡No, no, no! ¡Eso no puede ser! ¡Imposible, amigo mio! ¡Todo eso que dices debe de ser chanza! Dime, amiguito, ¿es la necesidad la que te predispone de ese modo? ¡Oh! ¡No hay que asustarse, aunque se llegue á la última extremidad! El ánimo crece con el peligro; las fuerzas se centupli-

can con la resistencia. Grandes hombres debe de querer hacernos el destino cuando tantos obstáculos nos opone.

MOOR. (*Con despecho.*)

No sé en qué ocasion donde lo necesitáramos nos ha faltado el ánimo.

SPIEGELBERG.

¡Perfectamente! ¿Y vas ahora á dejar perder los dones que la naturaleza te ha regalado, y á sepultar tu talento? ¿Si crearás tal vez que tus diabluras de Leipzig son todo lo que cabe? ¡Vamos al gran mundo! ¡á París, á Lóndres! Allí le dan á uno de cachetes cuando saluda á álguien diciéndole que es una persona honrada. No hay como practicar el oficio en grande. ¡Ya verás, ya verás que ojos abres! Allí se cargan los dados, se falsifican las firmas, se fuerzan las cerraduras y se sacan hasta las entrañas de los cofres. Todo eso te lo enseñará Spiegelberg. El estúpido que prefiere morir de hambre á meter la mano hasta los codos, merecería que lo ahorcáran.

MOOR. (*Con ironía.*)

¿Cómo? ¿A esas hemos llegado?

SPIEGELBERG.

Creo que no tienes mucha confianza en mí. Espera un poco y verás maravillas. Cuando veas todo el ingenio de que soy capaz, te quedarás tonto. (*Dando un golpe*

en la mesa.) Aut Cæsar, aut nihil. ¡O César ó nada! Me has de tener envidia.

MOOR. (*Mirándole.*)

¡Mauricio!

SPIEGELBERG. (*Levantándose con vehemencia.*)

¡Sí! ¡Envidia, envidia! ¡Tú y todos vosotros! Vuestra inteligencia no será bastante para comprender todo lo que intento tramar. ¡Qué inspirado me siento! Veo nacer en mi alma grandes proyectos; planes gigantescos hierven en mi cerebro creador. ¡Maldito sueño, que ha aprisionado mis fuerzas hasta ahora limitando el horizonte de mis esperanzas; ya me despierto y siento quién soy y quién debo ser! ¡Vete, déjame! ¡Llegará día en que todos tengais que recibir el pan de mis manos!

MOOR.

¡Estás loco! ¡Sin duda se te ha subido el vino á la cabeza y te hace hablar de ese modo!

SPIEGELBERG. (*Animándose más y más.*)

• Spiegelberg • dirán, • ¿tienes hecho pacto con el diablo? • • ¡Qué lástima que no seas general, Spiegelberg •, dirá el rey, • porque hubieras metido á los turcos en un zapato! • — • Sí • oigo decir á los doctores lamentándose, • es imperdonable que este hombre no haya estudiado la medicina: ¡habría descubierto una pana-

cea universal!» «¡Ah, si se hubiera dedicado á la hacienda!» dirán los Sully suspirando en sus despachos, «¡habria sacado luises de las piedras!» Spiegelberg por aquí..... Spiegelberg por allá..... Vosotros los poltrones os quedaréis en el lodo, y en tanto, Spiegelberg volará al templo de la gloria y de la fama.

MOOR.

¡Buen viaje! ¡Sube tú enhorabuena á la cima de los honores en alas de la ignominia! ¡A la sombra de los bosques de mi padre, entre los brazos de mi Amalia me espera á mí una dicha más noble y más digna! La semana pasada he escrito á mi padre pidiéndole perdon, sin ocultarle el menor detalle; y cuando hay sinceridad se encuentra compasion y ayuda. Despidete de mí y para siempre, Mauricio. ¡Hoy es el último dia en que nos vemos! El correo ha llegado, y el perdon de mi padre está ya dentro de los muros de la ciudad.

ESCENA V.

SCHWEIZER, GRIMM, ROLLER y SCHUF-
TERLE. — Dichos.

ROLLER.

¿Sabeis que nos espian?

GRIMM.

¿Y que no estamos seguros, pues de

un momento á otro pueden prendernos?

MOOR.

¡No me extraña! ¡Suceda lo que quiera! ¿No os ha dicho nada Razmann? ¿No os ha hablado de una carta que debe de tener para mí?

ROLLER.

Hace tiempo que te anda buscando; creo que hay algo de eso.

MOOR.

¿Dónde está? ¿Dónde está? (*Hace ademán de marcharse con precipitación.*)

ROLLER.

¡Aguarda! Le hemos dicho que venga aquí. ¿Tiemblas?

MOOR.

¡Qué he de temblar! ¿A santo de qué? ¡Camaradas! Esa carta... ¡Alegraos! Soy el hombre más feliz de la tierra. ¿Por qué habia de temblar?

(*Schweizer se sienta en el sitio de Spiegelberg y se bebe el vino de éste.*)

ESCENA VI.

RAZMANN. — DICHOS.

MOOR. (*Volando á su encuentro.*)

¡Amigo mio! ¡Esa carta! ¡Venga esa carta!

RAZMANN. (*Dándole la carta que él abre con precipitación.*)

¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones tan pálido?

MOOR.

¡Letra de mi hermano!

ROLLER.

¿Qué esta haciendo Spiegelberg?

GRIMM.

¡Está loco! Hace gestos como si tuviera el baile de San Vito.

SCHUFTERLE.

¡Está desatinado! Creo que hace versos.

ROLLER.

¡Spiegelberg! ¡eh, Spiegelberg! ¡Qué bruto! no oye.

GRIMM. (*Sacudiéndole.*)

¡Eh, amigo! ¿Estás soñando ó...?

SPIEGELBERG, *que entre tanto ha estado haciendo pantomimas en uno de los ángulos de la estancia, se levanta de pronto gritando: «¡La bolsa ó la vida!» y arremete á Schweizer agarrándole por el cuello; éste sin inmutarse en lo más mínimo, le da un empellon tal, que le hace irse á estrellar contra la pared; todos sueltan la carcajada. Moor deja caer la carta de las manos y sale precipitadamente. Todos se ponen de pié.*

ROLLER (*Corriendo detras de él.*)

¿Adonde vas, Moor? ¿Que te pasa?
¡Está pálido como un muerto!

MOOR.

¡Perdido, perdido! (*Vase corriendo.*)

GRIMM.

¡Buenas deben de ser las noticias!

ROLLER.

(*Cogiendo la carta que está en el suelo y leyendo.*)

• Desventurado hermano: • ¡buen principio!
• Te diré en pocas palabras que ha
• salido fallida la esperanza que abrigabas.
• Véte adonde te conduzcan tus infamias:
• así me encarga tu padre que te lo diga.
• No tengas tampoco esperanza de venir á
• implorar el perdon á sus piés, añade, si
• no quieres que te encierren en uno de los
• más profundos sótanos, dándote por todo
• alimento pan y agua, hasta que tengas los
• cabellos largos como las plumas del águila
• y las uñas como las garras del gavilan.
• Son sus propias palabras. Me manda concluir la carta. Adios para siempre. Te compadece. — FRANCISCO DE MOOR. •

SCHWEIZER.

¡Qué hermanito! ¿eh? ¡En verdad que es almibarado! ¿Y se llama Francisco el muy canalla?

SPIEGELBERG. (*Acercándose de quedo.*)

¿De pan y agua se trataba? ¡Bonita vi-

da! ¡Otra algo mejor os tengo preparada!
¡Cuando yo decia que al fin tendria que
pensar en todos!

SCHWEIZER.

¿Qué dice ese borrego? ¿Un pollino co-
mo él va á pensar en todos nosotros?

SPIEGELBERG.

Unos mandrias, unos cobardes sois to-
dos si no os atreveis á dar algun golpe de
mano maestra.

ROLLER.

¡Tienes razon, eso seriamos! Pero ¿nos
sacará de la maldita posicion en que esta-
mos lo que intentas?

SPIEGELBERG. (*Sonriendo con desprecio.*)

¡Pobre diablo! ¡sacar de esta posicion!
¡ja, ja, ja! ¡sacar de esta posicion! ¿Es eso
todo lo que pide tu pobre mollera? ¿Y
estás tan ancho? ¡Buen burro sería Spie-
gelberg si no tratase de hacer más que
eso! ¡Te digo que os haré héroes, barones,
príncipes, dioses!

RAZMANN.

¡Mucho decir es eso; pero debe de ser
un trabajo ímprobo! Lo ménos que arries-
gamos es, de seguro, la cabeza.

SPIEGELBERG.

¡No tú, Razmann! Te respondo de la
tuya. No se requiere más que valor; el
ingenio corre por mi cuenta. ¡Animo nada

más, Schweizer! ¡Animo, Roller, Grimm, Razmann, Schusterle!..... ¡Animo!

SCHWEIZER.

¿Animo? Si no se trata de más, me siento capaz de atravesar descalzo el infierno.

ROLLER.

Tengo ánimo suficiente para luchar á brazo partido con Satanás en persona, y arrancarle de entre las manos un pobre reo al pié mismo del patíbulo.

SPIEGELBERG.

¡Así me gusta! Si teneis ánimo, salga aquí el que tenga algo que perder y no lo haya de ganar todo. (*Larga pausa.*) ¿Nadie responde?

ROLLER.

Pero vamos á ver: ¿de qué sirve tanta charla? Si es posible comprender tus proyectos y llevarlos á cabo... ¡habla!

SPIEGELBERG.

¡Pues andando! (*Colocándose en medio de ellos y hablándoles en tono solemne.*) Si os queda aún en las venas una gota de la sangre de los héroes alemanes... ¡venid! estableceremos nuestra morada en las selvas de Bohemia, reuniremos una cuadrilla de bandoleros y... ¿á qué viene el mirarme de ese modo? ¿Se ha evaporado ya el poco ánimo que teniais?

ROLLER.

No eres el primer bribon que lo ha tomado todo en cuenta excepto la horca; más ¿qué otro camino podemos elegir?

SPIEGELBERG.

¡Elegir! Nada teneis que elegir. ¿Quereis veros encerrados en la prision por deudas y quedaros allí hasta el dia del juicio final, ó quereis ganar un miserable pedazo de pan sudando el quilo con una pala y un azadon en la mano? ¿Quereis ir mendigando á las puertas de las casas una limosna entonando alguna cancion, ó quereis sentar plaza de soldados (sin contar con que tal vez vuestra fisonomía no inspire gran confianza) y allí, sujetos al capricho de un cabo despótico, sufrir con anticipacion las penas del purgatorio? ¿Quereis iros á pasear al són del tambor ó arrastrar en el paraíso de los galeotes todas las herramientas de Vulcano? ¡Hé ahí lo que teneis que elegir; hé aquí lo que podeis elegir en resumidas cuentas!

ROLLER.

Eres un orador de primera, Spiegelberg, cuando se trata de hacer un bribon de un hombre honrado. Pero ¿sabe alguien dónde está Moor?

SPIEGELBERG.

¿Honrado has dicho? ¿Crees que des-

pues serás ménos honrado que ahora? ¿A qué llamas ser honrado? Librar á los ricos de la tercera parte de los cuidados que les quitan el sueño; poner en circulacion el oro parado, restableciendo el equilibrio de los bienes; poner los medios para que vuelva la edad de oro; librar á Dios de muchos huéspedes importunos; ahorrarle las guerras, la peste, el hambre, los médicos...; al sentarse uno á comer tener el halagüeño pensamiento de que todo eso lo ha ganado á fuerza de astucia, de valor y de vigílias...; ser respetado por los grandes y los chicos...

ROLLER.

Por último, irse en cuerpo y en alma al cielo, arrostrando las tormentas, el viento y el voraz estómago de Saturno, padre del tiempo, y cernerse entre el sol, la luna y las estrellas, en donde las aves del cielo dan su celestial concierto; ¿no es verdad? ¿y cuando los monarcas y potentados estén comidos por los gusanos, tener la honra de recibir las régias visitas del ave de Júpiter? ¡Mauricio, Mauricio, Mauricio! ¡Ten cuidado no te coja el bicho de las tres patas! (*La horca.*)

SPIEGELBERG.

¿Y eso te asusta, poltron? ¡Cuánto genio universal no ha habido, que hubiera podido reformar el mundo y se ha podri-

do entre el cielo y la tierra! ¿No se sigue, sin embargo, hablando de ellos siglos enteros? Y en cambio, ¿cuántos Reyes y Electores no ha habido, que no estarían en la historia si su cronista no hubiese temido dejar una laguna que interrumpiese la línea de sucesión, y no hubiera añadido á su libro algunas páginas que el editor le pagaba á precio de oro? Cuando el viajero pasa y te ve balanceando en el aire, dice allá para sus adentros: ¡Lo que es ese no tenía agua en los sesos! Y lanza un suspiro lamentándose de los malos tiempos.

RAZMANN.

¡Magnífico, Spiegelberg, magnífico! Has hecho tanto como Orfeo; has logrado adormecer la fiera de mi conciencia! ¡Soy tuyo en cuerpo y en alma!

GRIMM.

Y aunque digan que esto es prostituirse, ¿qué importa? ¿No puede uno tener siempre unos polvitos que le hagan pasar en silencio el Aqueronte, donde nadie le viene á uno á molestar? ¡Andando, Mauricio! Este es el catecismo de Grimm. (*Le da la mano.*)

SCHUPFERLE.

¡Rayos y truenos! ¡Hay una almoneda en mi cabeza! Charlatanes... loterías... alquimistas... bribones... todo revuelto. Soy

del que más me ofrezca. ¡Daca esa mano, compadre!

SCHWEIZER. (*Acercándose pausadamente y tendiéndole la mano.*)

¡Mauricio! eres un grande hombre. Mejor dicho, un cochino ciego ha encontrado una bellota.

ROLLER. (*Después de una larga pausa durante la cual mira á Schweizer de hito en hito.*)

¡Y tú también, amigo! (*Tendiéndole la mano con efusión.*) Roller y Schweizer, siempre juntos, aunque sea al infierno.

SPIEGELBERG. (*Saltando de contento.*)

¡A las estrellas, camaradas! ¡Paso hacia Cesar y Catilina! ¡Valor! ¡vaciad los vasos! ¡viva el dios Mercurio!

TODOS. (*Bebiendo.*)

¡Viva!

SPIEGELBERG.

¡Ahora, andando! ¡manos á la obra! Dentro de un año debemos tener todos para comprar un condado.

SCHWEIZER. (*Entre dientes.*)

¡Si antes no nos han ahorcado! (*Hacen ademán de irse.*)

ROLLER.

¡Despacito, amigos, despacito! ¿A dónde vais con tanta prisa? ¡Es preciso que el

animal tenga tambien su cabeza. Roma y Esparta sin jefes perecieron.

SPIEGELBERG.

¡Ah, es verdad! Roller tiene razon; y es preciso que esta cabeza sea astuta, inteligente; que sea una cabeza sagaz y entendida en política..... ¡Ah! (*Colocándose en medio de ellos con los brazos cruzados.*) ¡Cuando pienso en lo que erais hace un momento, y en lo que sois ahora por un solo pensamiento feliz... Sí, ¡es verdad! necesitais un jefe. Y un pensamiento como este, hay que convenir en que no podia salir más que de una cabeza entendida y sagaz.

ROLLER.

Si pudiésemos esperarlo... tan sólo soñar... ¡pero no! no creo que consienta.

SPIEGELBERG. (*Con zalamería.*)

¡No hay que desesperar, amigo mio! Por difícil que sea dirigir la nave contra el viento y las olas en un dia de tormenta... por pesada que sea la carga de una corona... ¡quién sabe! tal vez... ¡habla con franqueza!... tal vez se deje enternecer.

ROLLER.

Todo está perdido si él no se pone á la cabeza... Sin Moor somos un cuerpo sin alma.

SPIEGELBERG. (*Alejándose con despecho.*)

¡Estúpido!

ESCENA VII.

(Sale MOOR con muestras de agitacion, dando pasos precipitados por la habitacion).

MOOR.

¡Qué humanidad! ¡Qué humanidad! ¡Qué casta de cocodrilos! ¡Mucho llanto en los ojos y el corazon de mármol! ¡Besos en los labios y una puñalada en el corazon! Los leones y los leopardos alimentan sus cachorros; los cuervos dan de comer á sus pequeñuelos los despojos de los cadáveres; y él, él...—He aprendido á sufrir con resignacion toda clase de maldades; sé sonreir cuando mi implacable enemigo me ofrece en una copa la sangre de mi propio corazon; pero cuando el amor de un padre se convierte en una furia infernal, ¡oh, entónces, enciéndete, fuego! dulce cordero, hazte cruel como un tigre, haz por que cada fibra de tu organismo adquiriera la tension del furor y la desesperacion.

ROLLER.

¡Oye, Moor! ¿Que te parece? La vida de bándolero creo que vale más que estar encerrado en los sótanos de una torre á pan y agua, ¿eh?

MOOR.

¿Por qué no anima este espíritu el cuerpo de un tigre, que hinque sus dientes fu-

riosos en la carne humana? ¿Es esto lo que se llama fidelidad paternal? ¿Es esto amor por amor? ¡Quisiera haber nacido oso para lanzar á todos los del polo Norte sobre esta miserable raza!

¡Arrepentirse y no encontrar perdón!
¡Oh! quisiera envenenar el Océano para que bebiesen la muerte en todas sus fuentes. ¡Tener una completa confianza en él y no encontrar piedad!

ROLLER.

¡Pues oye lo que te digo, Moor!

MOOR.

Es increíble, es un sueño. Una súplica tan ardiente, una descripción tan animada de mis sufrimientos, y un arrepentimiento tan grande.... ¡Una fiera hubiese tenido compasión! ¡Las piedras habrían derramado lágrimas!.... y sin embargo.... Si yo lo dijese todo, me acusarian de haber calumniado al género humano; y no obstante.... ¡Oh! ¡Ojalá pudiese yo sublevar la naturaleza entera y lanzar el aire, la tierra, el mar, todos los elementos, contra esa horda de hienas.

GRIMM.

¡Pues oye! ¡El furor te impide oír!

MOOR.

¡Afuera! ¡Apártate de mi vista! ¿Cómo te llamas sino *hombre*? ¿Quién te ha dado á luz sino una mujer? ¡Que no vean mis

ojos un rostro humano! ¡Véte! ¡Yo, que le he amado entrañablemente como no ha amado ningun hijo! ¡Yo que habria dado mil veces por él la vida! (*Dando una patada en el suelo con reconcentrado furor.*) ¡Ah! ¡El que me pusiera en este momento una espada en la mano con que poder herir de muerte á esta raza de víboras, el que me indicára el sitio en que está el corazon de esta humanidad, de modo que yo pudiese herirlo, destrozarlo, aniquilarlo...., ese sería mi amigo.... mi ángel.... mi dios.... le adoraria!

ROLLER.

¡Esos amigos somos precisamente nosotros! ¡Pero si no te se puede hablar!

GRIMM.

Vén con nosotros á las selvas de Bohemia; allí reuniremos una banda de salteadores y tú serás.... (*Moor se queda mirándole fijamente.*)

SCHWEIZER.

Y tú serás nuestro capitan. ¡Sí, es preciso que seas nuestro capitan!

SPIEGELBERG.

(*Dejándose caer en una silla con furor.*)

¡Qué esclavos y qué cobardes!

MOOR.

¿Quién te sopló esa palabra? ¡Oye! ¡Responde! (*Asiéndole con fuerza.*) ¡Eso no ha salido de tu alma de hombre! ¿Quién te

ha dado esa idea? ¡Si! ¡Voto al chápiro!
¡Eso es lo que debemos hacer! La idea es
soberbia, divina; merece que se te adore.
¡Bandidos y asesinos! ¡Vive Dios que he
de ser vuestro capitán! ¡Sí, soy vuestro
capitán!

TODOS. (*Con estrépito.*)

¡Viva el capitán!

SPIEGELBERG. (*Levantándose bruscamente,
dice aparte.*)

¡Hasta que yo le despache!

MOOR.

¡Ahora comienzo á ver claro! ¡Qué tonto
era yo cuando queria irme á encerrar en
la jaula! ¡Mi espíritu necesita obrar! ¡Me
ahogo, necesito respirar la libertad! ¡Ban-
didos y asesinos! Con esas palabras he
visto las leyes holladas á mis piés....
Llamé á la humanidad, y los hombres me
la ocultaron. Basta, pues, de simpatía y de
lástima. Ya no tengo padre, ya no tengo
amor; la sangre y la muerte me harán ol-
vidar lo que un dia me fué caro. ¡Venid,
venid! Quiero distraerme de un modo fe-
roz. Queda convenido que soy vuestro ca-
pitán; bien haya el que incendie y el que
asesine con más furia, pues le he de re-
compensar régicamente. ¡Acercaos! ¡For-
mad un círculo á mi alrededor! ¡Juradme
obediencia y fidelidad hasta la muerte!

TODOS (*Dándole la mano.*)

¡Hasta la muerte!

(*Spiegelberg se pasea de arriba abajo lleno de furor.*)

MOOR.

Y ahora juro por esta diestra varonil ser fielmente vuestro capitán hasta la muerte. Al que dude, vacile ó retroceda, este brazo le convertirá en cadáver con la rapidez del rayo. A todos vosotros os autorizo á que hagais lo mismo conmigo si quebranto mi juramento. ¿Estais contentos?

TODOS. (*Lanzando al aire los sombreros.*)

¡Estamos satisfechos!

(*Spiegelberg se sonríe de un modo siniestro.*)

MOOR.

¡En marcha, pues! No temais el peligro ni la muerte, pues nuestro destino es inmutable. A cada uno le llega su día, ya entre blandos cojines de pluma, ya en la ardiente pelea, ya en la horca ó en la rueda. Uno de estos destinos será el nuestro. (*Vanse.*)

SPIEGELBERG. (*Que se ha quedado detras.*)

¡En tu inventario has dejado una laguna: la traición! (*Vase.*)

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Francisco de Moor.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO. (*Pensativo.*)

¡Qué largo se me hace el tiempo! La vida de un anciano es una eternidad. ¿Y han de verse condenados mis proyectos á seguir el paso de tortuga de la fuerza vital que se consume?

¡Quién pudiera abrir á la muerte un camino que la hiciese entrar en la fortaleza de la vida! ¡hacer de modo que el alma destrozase el cuerpo! ¡Ah! ¡Qué gloria para el que lo descubriese! ¡Sería un segundo Cristóbal Colon en el reino de la muerte. Hay que reflexionar, Moor....; este arte sería digno de tenerte por inventor. ¿Cómo podría yo emprender esta obra? ¿Qué clase de sensaciones atacan de un modo más enérgico la fuerza vital? ¿La cólera?... Este lobo hambriento se harta tan fácilmente.... ¿La pena?... Es un gusano que se arrastra con demasiada lentitud. ¿El temor?... La esperanza no le deja cebarse en su presa.... ¡Qué! ¿son éstos todos los verdugos de la humanidad? ¿Se ha agotado tan pronto el arse-

nal de la muerte? ¡Hum, hum!.... (*Reflexionando.*) ¿Cómo....? ¿Pues qué?... (*Lanzando un grito de gozo.*) ¡Ah! ¡El terror! ¿De qué no es capaz el terror? ¿De qué sirven la razon, la esperanza, la religion, cuando este coloso nos estrecha en sus helados brazos?... Y si con todo resistiese á esta tormenta? ¡Ah, entónces, ayúdame, oh dolor; y tú, arrepentimiento, furia infernal, serpiente roedora, que rumias tu presa; tú, remordimiento que asuelas tu propia morada y hieres á tu misma madre!.... ¡socorredme! Gracias bienhechoras, risueño pasado, y tú, brillante porvenir, con tu cuerno de la abundancia, presentadle en vuestro espejo los goces del cielo, cuando vuestro fugitivo pié esté á punto de escapar de sus avaros brazos. De este modo ataco golpe sobre golpe ese miserable cuerpo, hasta que por último venga la desesperacion. Entónces.... la victoria es mia. Tengo mi plan.

ESCENA II.

FRANCISCO, HERMANN.

FRANCISCO. (*Con acento resuelto.*)

¡Andando! (*Viendo entrar á Hermann.*)

¡Ah! ¡*Deus ex machina!* ¡Hermann!

HERMANN.

¡Para servirlos!

FRANCISCO. (*Tendiéndole la mano.*)

Ten por seguro que no sirves á un ingrato.

HERMANN.

¡Lo sé! Tengo pruebas.

FRANCISCO.

Pronto tendrás más, Hermann. ¿Lo oyes?
¡Muy pronto! Tengo que hablarte.

HERMANN.

Aquí me tienes aguzando los oídos.

FRANCISCO.

Te conozco, y sé que tienes un alma bien templada, que eres hombre de pelo en pecho. Hermann, ¿te acuerdas de lo cruelmente que te ha ofendido mi padre?

HERMANN.

¡Lléveme el diablo si lo he olvidado!

FRANCISCO.

¡Esto es hablar como un hombre; la venganza es propia de un pecho varonil! Estoy contento de tí; toma, Hermann, toma esta bolsa: cree que estaria más repleta si fuese yo el amo.

HERMANN.

Este es mi eterno deseo. ¡Gracias, señor!

FRANCISCO.

¿De véras, Hermann? ¿De véras? ¿Desearias que yo fuese el amo? Lo malo es

que mi padre tiene el pellejo muy duro y yo soy el más joven de sus hijos.

HERMANN.

¡Ojalá fueseis el mayor y vuestro padre estuviera tísico!

FRANCISCO.

¡Ah! ¡Cómo te recompensaría entonces el hijo mayor! ¡Cómo te sacaría de ese in-mundo polvo en que te encuentras, tan poco en relacion con tu capacidad y tu nobleza! Entonces, tal como estás ahí, te cubriría de oro: cuatro briosos caballos te harían cruzar las calles como una ex-halacion! Pero se me olvidaba lo que tengo que decirte. ¿Te acuerdas de la señora de Edelreich, Hermann?

HERMANN.

¡Mil rayos! ¿Para qué me la recordais?

FRANCISCO.

Mi hermano te la birló ¿eh?

HERMANN.

¡Ya me las pagará!

FRANCISCO.

¡Qué calabazas te dió! Hasta creo que te hizo rodar las escaleras, ¿eh?

HERMANN.

¡Caro le ha de costar!

FRANCISCO.

Ha dicho que murmuraban si tu padre no podía verte sin darse golpes de pecho y suspirar diciendo: ¡Dios mio, tened

piedad de mí, tened compasion de este pobre pecador!

HERMANN. (*Con furor.*)

¡Rayos y truenos! ¡Callaos!

FRANCISCO.

¿Te aconsejó que vendieras tu ejecutoria y con esto hicieses zurcir tus medias?

HERMANN.

¡Infame! ¡Tengo de arrancarle los ojos con las uñas!

FRANCISCO.

¡Cómo! ¿Te incomodas? ¿Para qué? ¿Qué daño puedes hacerle? ¿Qué puede una pobre rata contra un león? Tu cólera no hará más que endulzarle el triunfo, pues todo lo que puedes hacer es rechinar los dientes y desahogar tu cólera mordiendo un pedazo de pan seco.

HERMANN. (*Dando una patada en el suelo.*)

Le tengo de hacer pedazos entre mis manos.

FRANCISCO. (*Dándole un golpecito en los hombros.*)

¡Vaya, vaya! Yo te creía más caballero é incapaz de manchar tus manos de ese modo. En cuanto á la muchacha, por nada del mundo debes renunciarla. ¿Lo oyes, Hermann? ¡Rayos y truenos! En tu lugar habria empleado ya toda clase de recursos.

HERMANN.

¡No paro hasta que le entierre!

FRANCISCO.

¡Méenos furia, Hermann! ¡Cálmate! Amalia será tuya.

HERMANN.

¡Ha de ser mia, mal que le pese al demonio! ¡Sí, ha de ser mia!

FRANCISCO.

Te digo que será tuya y la recibirás de mis manos. ¡Acércate! ¿No sabes que Carlos está como quien dice desheredado?

HERMANN. (*Acercándose.*)

¿De véras? Esta es la primera vez que oigo decirlo.

FRANCISCO.

¡Sosiegate y escúchame!..... Pues como te iba diciendo, hace nueve meses que está, por decirlo así, desterrado; pero el viejo se arrepiente ya del paso que, entre paréntesis (*riéndose*), no ha dado él solo. Luégo, por otro lado, la de Edereich le importuna dia y noche con sus quejas y sus recriminaciones, de suerte que al fin y al cabo acabará por mandarle buscar por todas partes; y si le encuentra, ¡buenas noches, Hermann! Entónces ya puedes abrirle humildemente la portezuela del carruaje el dia en que vaya á la iglesia á desposarse con ella.

HERMANN.

Al pié mismo del altar sería yo capaz de estrangularle.

FRANCISCO.

El padre le cederá pronto sus señoríos, y él podrá vivir en paz en sus dominios. Ya entónces tiene esa cabeza destornillada las riendas en la mano, y se rie de todos los que le odian ó le envidian.... y yo, que querría hacerte un hombre importante, yo mismo, Hermann, me veo obligado á inclinarme en el umbral de su puerta.

HERMANN. (*Con calor.*)

¡No, voto á tal! ¡Esto no puede ser! ¡No lo permitiré miéntras quede una chispa de inteligencia en mi cabeza!

FRANCISCO.

¿Quién lo impedirá? Tambien tú, querido Hermann, tambien tú sentirás el azote, y verás que te escupe á la cara cuando le encuentres en la calle. Desgraciado de tí si te encoges de hombros ó haces alguna mueca. Ese es el estado en que se encuentran tus proyectos, tus aspiraciones á Amalia.

HERMANN. (*Con acento resuelto.*)

Decidme qué es lo que debo hacer.

FRANCISCO.

¡Oye, Hermann! Para que veas el interes que me tomo por tí y por tu suerte..... véte, disfrázate de modo que nadie te reco-

nozca , preséntate al viejo como si vinieras derechito de Hungría , y dile que has asistido con mi hermano á la última batalla... y le has visto entregar el alma á Dios.

HERMANN.

¿Y me creerá ?

FRANCISCO.

Eso corre por mi cuenta. Toma este paquete ; dentro encontrarás todo lo que necesitas , hasta documentos que harían crédula la misma duda. Ahora márchate , y ¡cuidado no te vean ! Véte por la puerta falsa que da al patio , y salta despues la tapia del jardin. En cuanto al desenlace de esta tragicomedia , déjamelo á mí.

HERMANN.

¡Sí ! Se reducirá por de contado á ¡viva Francisco de Moor ! ¡Viva nuestro nuevo señor !

FRANCISCO.

¡No tienes pelo de tonto ! Ya lo ves de este modo conseguimos pronto nuestro intento. Amalia renuncia á Cárlos ; el viejo se echa la culpa de la muerte de su hijo , enferma , y como un edificio tan vacilante no tiene necesidad de un temblor de tierra para desplomarse , es claro que no resiste á la noticia. Soy hijo único ; Amalia ha perdido á su protector y está á merced de mi voluntad ; todo va á medida de

nuestros deseos ; pero... no te has de volver atras.

HERMMANN.

¿ Volverme atras ? Antes retrocederia la bala y vendria á hundirse en el pecho del cazador. ¡ Contad conmigo y dejadme obrar !
¡ Adios !

FRANCISCO. (*Llamándole.*)

Lo que hagas ten presente que es para tí. (*Siguele con la vista hasta el fondo de la escena, y despues suelta una estrepitosa carcajada.*) ¡ Cuánto celo ! ¡ Cuánta voluntad ! ¡ Con qué prontitud se aparta el muy majadero de la senda del deber para conquistar una cosa de cuya imposibilidad es fácil convencerse con sólo no estar loco. (*Con despecho.*) ¡ Es imperdonable ! Es un bribon y al mismo tiempo se fia de otro que, á su parecer, tiene cara de hombre de bien. Se va con la mayor frescura á engañar á un hombre honrado, que en toda la eternidad no me ha de perdonar el engaño. ¿ Es éste el ponderado rey de la creacion ? ¡ Oh naturaleza ! Perdóname si te he culpado por no haberme hecho á su imagen y semejanza, y ayúdame á perder el escaso parecido que me queda. ¡ Pobre humanidad ! Has perdido mi aprecio, y con él la única creencia de que sea culpable el que te ofende.

Dormitorio del Conde de Moor.

ESCENA III.

EL CONDE.—AMALIA.

AMALIA.

¡Cuidado.... cuidado.... que duerme!
(*Parándose delante del anciano.*) ¡Qué bon-
doso semblante! ¡Qué aspecto tan venera-
ble! ¡venerable como esas cabezas de santos
que pintan los artistas! ¡No! ¡No puedo
incomodarme contigo, anciano querido!
¡No puedo! ¡Duerme y respira este dulce
perfume! (*Deshojando algunas rosas al re-
dedor del Conde.*) ¡Que Carlos se te aparez-
ca en tus sueños en medio del aroma de
las rosas! ¡Despiértate envuelto en su de-
liciosa fragancia! ¡Voy á dormir bajo el ro-
mero! (*Aléjase poco á poco.*)

EL CONDE. (*Soñando.*)

¡Carlos de mi alma! ¡Carlos!

AMALIA. (*Parándose y retrocediendo despues
lentamente.*)

¡Calla! ¡Su ángel ha oído mi súplica!
(*Acercándose más.*) ¡Qué dulce es respirar el
aire con que se mezcla su nombre! Me
quedo aquí.

EL CONDE. (*Soñando.*)

¿Estás aquí? ¿Es verdad que estás aquí?...
¡Ah!... ¡No me lances esas miradas tan lle-
nas de dolor!... ¡Harto desventurado soy!...
(*Muévese con agitacion.*)

AMALIA. (*Despertándole rápidamente.*)

¡Levantaos, tío! ¡Es solamente un sueño,

EL CONDE. (*Medio despierto.*)

¿No estaba aquí? ¿No estrechaba yo sus manos entre las mías? ¿No aspiraba yo el perfume de sus rosas? ¡Pícaro Francisco! ¿también quieres arrancarle de mis sueños?

AMALIA

¡Calla! ¿Le oyes, Amalia?

EL CONDE. (*Despertándose.*)

¿En dónde estoy? ¿Tú aquí, hija mía?

AMALIA.

¡Qué hermoso sueño teniais!

EL CONDE.

Soñaba con Carlos. ¿Por qué no he seguido soñando? ¡Quizá hubiese obtenido el perdón de sus labios.

AMALIA. (*Radiante de gozo.*)

¡Los ángeles no tienen remordimientos! ¡Os perdona! (*Estrechándole dulcemente la mano.*) ¡Padre de Carlos, os perdono!

EL CONDE.

¡No, hija mía! La mortal palidez de tu rostro me acusa á pesar de tu buen corazón! ¡Pobre muchacha! He acibarado la dicha de tu juventud. ¡No me perdones, pero no me maldigas tampoco!

AMALIA.

El amor no conoce más que una maldi-

cion: ¡ésta, padre mio! (*Besándole las manos con ternura.*)

EL CONDE. (*Levantándose.*)

¿Qué es esto? ¿Echas rosas al asesino de tu amor?

AMALIA.

Rosas al padre de mi amante (*abrazándole*), ya que á él no puedo verle.

EL CONDE.

¿Aunque quisieras verle con toda tu alma, no es verdad? ¿Conoces este retrato? (*Descorriendo la gasa de un cuadro.*)

AMALIA. (*Precipitándose sobre él.*)

¡Cárlos!

EL CONDE.

Así era cuando tenía diez y seis años; ahora ha cambiado. ¡Oh, cómo me desgarran las entrañas! ¡Esta dulzura es odio hácia la humanidad! Esa sonrisa es de desesperacion. ¿No es verdad, Amalia? Fué el día de su cumpleaños, y en aquel precioso cenador cubierto de jazmines donde le retrataste, ¿no es cierto?

AMALIA.

¡Oh, nunca olvidaré aquel día! ¡En toda mi vida pasaré otro día como aquél! Aun me parece que le veo sentado enfrente de mí: el sol poniente iluminaba su rostro con sus reflejos de color de púrpura; los rizos de su negra cabellera flotaban á

merced del viento; á cada pincelada notaba yo que la jóven sentia en mí mejor que la artista....; el pincel se me caia de las manos y mis temblorosos labios saboreaban con ánsia sus facciones. El original se arraigaba cada vez más en mi corazón, miéntras sobre el lienzo no conseguia trasladar más que líneas pálidas y sin vida, como el vago recuerdo del canto que oimos ayer.

EL CONDE.

¡ Sigue, sigue! Tus fantasías me rejuvenecen. ¡ Ay, hijo mio! ¡ Vuestro amor me hacía tan feliz!

AMALIA. (*Con los ojos clavados en el retrato.*)

¡ No, no! ¡ No es él! ¡ No es Cárlos! (*Señalándole el corazón y la frente.*) ¡ Aquí es otra cosa! Los colores no bastan para reproducir el alma celestial que animaba su ardiente mirada. Fuera, fuera; eso es demasiado humano, demasiado vulgar. Cuando hice eso no era más que una chafallona.

ESCENA IV.

DANIEL. — DICHOS.

DANIEL.

¡ Acaba de llegar un hombre que pregunta por V. y desea verle; dice que tiene una noticia importante que comunicarle.

EL CONDE.

Para mí no hay más que una cosa importante : bien lo sabes, Amalia. ¿Será un desgraciado que implore mi auxilio? ¡Que no se vaya sin que le enjuguen las lágrimas. (*Vase Daniel.*)

AMALIA.

Si es un mendigo, que suba en seguida.

EL CONDE.

¡Amalia, Amalia, ten piedad de mí!

ESCENA V.

FRANCISCO, HERMANN, *disfrazado*, DANIEL.—DICHOS.

FRANCISCO.

Aquí está el hombre. Según parece, os esperan terribles noticias : ¿podeis oírlas?

EL CONDE.

Sólo conozco una. ¡Acércate, amigo mio, y no tengas reparo en decírmelo todo! ¡Dadle una copa de vino!

HERMANN. (*Fingiendo la voz.*)

¡Señor, no lo lleveis á mal si este pobre hombre os desgarrá, á pesar suyo, el corazón! Soy aquí forastero, pero os conozco, sois el padre de Carlos Moor.

EL CONDE.

¿Quién te lo ha dicho?

HERMANN.

He conocido á vuestro hijo.

AMALIA. (*Levantándose con precipitación.*)
¡Qué! ¿Vive? ¿Le conoces? ¿En donde está, en donde? (*Quiere irse.*)

EL CONDE.

¿Sabes algo de mi hijo?

HERMANN.

Estudió en la Universidad de Leipzig. Desde allí ha andado errando no sé por dónde. Ha recorrido toda la Alemania, y según me ha dicho, con la cabeza desnuda, descalzo y pidiendo limosna de puerta en puerta. Cinco meses después volvió á estallar la desastrosa guerra entre Polonia y Turquía; y como no tuviese ya ninguna esperanza en el mundo, se decidió á ir á Pesth á ponerse á las órdenes del rey de Hungría, victorioso. Permitidme, le dijo al Rey, que venga á morir sobre el lecho de los héroes, pues ya no tengo padre.

EL CONDE.

¡No me mires, Amalia!

HERMANN.

Le dieron una bandera, y con ella siguió la marcha victoriosa del rey Matías. Por la noche descansábamos en la misma tienda de campaña; allí me hablaba de su padre, de otros tiempos más felices, que pasaron para no volver más, de esperanzas frustradas.... en fin, se me saltaban las lágrimas.

EL CONDE. (*Ocultándose el rostro en un cojin.*)

¡Oh! ¡Cállate, por Dios! ¡Cállate!

HERMANN.

Ocho dias despues hubo una refriega donde hay que confesar que vuestro hijo se portó como un héroe, haciendo prodigios de valor en presencia de todo el ejército. Cinco regimientos hubo que relevar á su lado, y él derecho como un huso. Las bombas llovian á su alrededor, y seguia impertérrito; una bala le destrozó la mano derecha. Cogiéndolo la bandera con la izquierda, siguió adelante.

AMALIA. (*Entusiasmada.*)

¿Lo oís, padre mio? ¡Siguió adelante!

HERMANN.

La noche de la batalla le encontré tendido en medio del campo; con la mano izquierda contenia la sangre que se escapaba de su herida; la diestra la tenía sepultada en la tierra. Hermano, exclamó al verme, corre el rumor de que el general ha perecido hace una hora.—¡Ha perecido, le dije! ¿Y tú?—¡Pues bien! dijo, separando de la herida la mano izquierda, ¡el que sea valiente que siga á su general como yo! Pocos momentos despues entregaba á Dios su alma de héroe.

FRANCISCO. (*Abalanzándose sobre Hermann.*)

¡Maldita sea tu lengua, miserable! ¿Has

venido aquí á dar una puñalada á mi padre? ¡Padre mio! ¡Amalia! ¡Padre mio!

HERMANN.

Esta fué la última voluntad de mi moribundo compañero: 'Toma, me dijo, entrega á mi anciano padre esta espada, que está teñida con la sangre de su hijo: ya está vengado; dile que su maldicion me ha hecho buscar la muerte en la pelea, y muero desesperado.

AMALIA. *(Como si despertase de un sueño de muerte.)*

¡Su último suspiro, Amalia!

EL CONDE. *(Arrancándose los cabellos y lanzando gritos.)*

¡Mi maldicion le ha hecho buscar la muerte en la pelea; muere desesperado!

HERMANN.

Hé aquí su espada; hé aquí tambien un retrato que sacó del pecho al mismo tiempo, y se parece á esta jóven como dos gotas de agua. Será para mi hermano Paco..... dijo, y en verdad que no comprendo lo que quiso decir.

FRANCISCO. *(Con fingida sorpresa.)*

¿A mí el retrato de Amalia? ¿A mí, Carlos? ¿A mí?

AMALIA. *(Precipitándose sobre Hermann, llena de indignacion.)*

¡Impostor! ¡Infame!

HERMANN.

¡Bien sabe Dios que no lo soy. Mirad si no es este vuestro retrato! ¿No podeis habérselo dado vos misma?

FRANCISCO.

¡Vive Dios! ¡Amalia, es el tuyo!

AMALIA. (*Devolviéndole el retrato.*)

¡El mio! ¡Cielos! ¡El mio!

EL CONDE. (*Gritando y desgarrándose el rostro con las manos.*)

¡Jesus! ¡Jesus! ¡Mi maldicion ha sido la causa de su muerte! ¡Morir desesperado!

FRANCISCO.

¡Y se acordó de mí en los últimos momentos de su vida! ¡De mí! ¡Alma celestial! ¡Cuando ya la muerte tendia sobre él su negro manto...! ¡De mí!

EL CONDE. (*Medio loco de dolor.*)

¡Mi maldicion ha sido la causa de la perdicion de mi hijo! ¡Ha muerto desesperado!

HERMANN. (*Inquieto y agitado.*)

¡No puedo resistir tanto dolor! ¡Adios, anciano! (*En voz baja á Francisco.*) ¿Porqué habeis hecho esto? (*Vase precipitadamente.*)

AMALIA. (*Corriendo detrás de él y sujetándole.*)

¡Detente, detente! Dime: ¿cuáles fueron sus últimas palabras?

HERMANN. (*Desde la puerta volviéndose.*)

¡Su último suspiro fué «Amalia»! (*Vase.*)

AMALIA.

¡Su último suspiro fué: Amalia! ¡No, no es un impostor. De suerte que sí es verdad..... verdad..... ¡Muerto!.... (*Tambaleándose, y por último cayendo casi sin sentido.*) ¡Muerto!.... ¡Carlos ha muerto!....

FRANCISCO.

¿Qué veo? ¿Qué hay escrito sobre la espada con caracteres de sangre?... ¡Amalia!....

AMALIA.

¿Por él?

FRANCISCO.

¿Sueño ó estoy despierto? Mira lo que dicen estas letras de sangre: ¡Francisco, no abandones á mi Amalia! ¡Mira, mira! Y por el otro lado: «¡Amalia, la muerte todopoderosa ha quebrantado tu juramento!» ¿Ves, ves? Ha escrito esto con la mano ya crispada; lo ha escrito con la sangre aún caliente de su corazón. ¡Lo ha escrito al borde imponente de la eternidad!

AMALIA.

¡Dios santo! ¡Es su letra! ¡No me ha amado nunca! (*Vase precipitadamente.*)

FRANCISCO. (*Dando una patada en el suelo.*)

¡Maldición! ¡Toda mi astucia se estrella contra la terquedad de esa mujer!

EL CONDE.

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡No me abandones, hija mía! .. ¡Francisco, Francisco, devuélveme á mi hijo!

FRANCISCO.

¿Quién fué el que le lanzó esa maldicion? ¿Quién fué el que le entregó á la desesperacion y á la muerte? ¡Ah! ¡Un jóven tan digno! ¡Malditos sean sus verdugos!

EL CONDE. (*Dándose en el pecho y en la frente.*)

¡Maldicion! ¡Maldicion! ¡Miserable de mí! ¡Yo soy el padre que ha asesinado á tan noble hijo! ¡A él que habria dado su vida por mí! ¡Por vengarme fué á buscar la muerte en la pelea! ¡Soy un monstruo!

FRANCISCO.

¡Ya murió! ¿De qué sirven ahora los lamentos? (*Riendo burtonamente.*) Es más fácil asesinarle que resucitarle.

EL CONDE.

¡Tú fuistes quien me arrancó la maldicion con tus palabras! ¡Tú, tú! ¡Devuélveme á mi hijo!

FRANCISCO.

¡No me exaspereis! ¡Os abandono á la muerte.

EL CONDE.

¡Monstruo! ¡Monstruo! ¡Devuélveme á mi hijo. (*Levántase de su asiento y trata de*

coger á Francisco por el cuello, pero éste se escapa.)

ESCENA VI.

EL CONDE. *(Solo.)*

¡Maldito seas mil y mil veces! ¡Me has arrancado de los brazos á mi hijo! *(Retorciéndose en su butaca lleno de desesperacion.)* ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Venga la desesperacion, pero no la muerte! ¡Todos huyen, todos me abandonan en este trance fatal! ¡Todos huyen de mí! ¡Hasta los ángeles se apartan del asesino! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Nadie sujetará entre sus manos mi cabeza! ¡Nadie librará mi alma de esta postrera lucha! ¿Y mis hijos? ¿Y mis amigos? ¡Nadie, nadie! ¡Solo! ¡Abandonado de todos! ¡Ay de mí! ¡Ay misero de mí! ¡Venga la desesperacion, pero no la muerte. *(Cae desfallecido en la butaca.)*

AMALIA. *(Acércase lentamente y al verlo lanza un grito.)*

¡Muerto! ¡Muerto! *(Vase llena de desesperacion.)*

Bohemia.— Una selva.

ESCENA VII.

RAZMANN *viene por un lado; SPIEGELBERG y BANDOLEROS por el otro.*

RAZMANN.

¡Bien venido, camarada; bien venido á

estas selvas de Dios! (*Abrazándose.*) ¿De dónde demonios estuviste metido? ¿De dónde vienes?

SPIEGELBERG.

Vengo, sudando como un pato, de la feria de Leipzig. ¡Qué jaleo! Pregúntale á Schusterle. Me encargó que te diera la enhorabuena por tu feliz regreso; se ha ido á reunir con vuestro capitan. (*Sentándose en el suelo.*) Y bien, ¿como lo habeis pasado todo este tiempo? ¿Cómo anda el oficio? Yo, por mi parte, podria pasar el dia contándote lances hasta el punto de hacerte olvidar la comida.

RAZMANN.

¡Te creo, te creo! Ya hemos oido hablar de tí en los periódicos. Pero dime: ¿de dónde demonios has sacado toda esa canalla? ¡Rayos y truenos! ¡Traes una legion de reclutas que ya! ¡Para eso te pintas solo!

SPIEGELBERG.

¿No es verdad? ¡Y qué gente! Serian capaces de robar el lucero del alba sin que nadie lo notase. No tienes más que colgar tu sombrero, aun que sea del sol, y apuesto á que te lo roban sin que lo note nadie.

RAZMANN. (*Riendo.*)

Estoy seguro de que el capitan te dará la enhorabuena por la gente que traes.....;

aunque él tambien ha enganchado unos tipos.....

SPIEGELBERG. (*De mal humor.*)

¿Te quieres callar con tu capitan? ¿Vas á compararlos con los míos? ¡Vaya, vaya!

RAZMANN.

¡No digo que no! Podrán tener buenas uñas.... pero te aseguro que el capitan con su fama ha engatusado una gente que ya!

SPIEGELBERG.

¡Tanto peor!

ESCENA VIII.

GRIMM, *saliendo á toda carrera.*— DICHOS.

RAZMANN.

¿Quién vive? ¿Qué hay? ¿Pasajeros en la selva?

GRIMM.

¡A ver, á ver! ¿Dónde están los otros? ¡Voto al chápиро! ¡Pues no están aquí charlando! ¿No sabéis lo que pasa? ¿Y Roller...?

RAZMANN.

¿Qué hay? ¿Qué sucede?

GRIMM.

Han ahorcado á Roller con otros cuatro.

RAZMANN.

¿A Roller? ¿Qué dices? ¿Cuándo? ¿Quién te lo ha contado?

GRIMM.

Hace tres semanas que está en la cárcel, y no sabemos una palabra; le han interrogado tres veces y nada sabemos. Le han puesto en el potro para que dijese donde está el capitán; pero se ha guardado muy bien de confesarlo. Ayer le han condenado á muerte, y esta mañana ha ido á reunirse con el diablo por el correo.

RAZMANN.

¡Voto á cribas! ¿Y el capitán no lo sabe?

GRIMM.

Ayer lo supo, y está que rabia. ¡Ya sabes lo que aprecia á Roller; pues ahora con la tortura....! Han tratado de escalar la torre en que está encerrado; pero inútilmente. Se ha disfrazado él mismo de capuchino, ha logrado entrar en la cárcel y se ha propuesto reemplazarle: excusado es decirte que Roller se ha negado rotundamente. Ha jurado ahora el capitán encenderle una antorcha fúnebre, como no la ha tenido rey sobre la tierra. Mucho me temo que haga una atrocidad; es capaz de todo, hasta de achicharrarlos vivos. ¡Luego tiene una tirria á la ciudad por lo gazmón y lo beatorra que es....! Y ya sabes que lo que se le mete entre ceja y ceja es cosa hecha.

RAZMANN.

¡Pobre Roller! ¡Pobre muchacho!

SPIEGELBERG.

¡Memento mori! Pero nada de eso me
conmueve. (*Tarareando una copla.*)

Cuando paso junto á la horca
Cierro al punto el ojo derecho,
Y al ver al allí colgado,
¿Quién, me digo, es el más necio?

RAZMANN. (*Levantándose de un salto.*)

¡Calla! ¡Un tiro! (*Óyense tiros y una
grande algazara.*)

SPIEGELBERG.

¡Otro!

RAZMANN.

¡Otro! ¡El capitán! (*Óyese cantar dentro.*)

Los de Nuremberg no ahorcan
Sino despues que han prendido.

SCHWEIZER Y ROLLER. (*Dentro.*)

¡Hola, hola!

RAZMANN.

¡Roller! ¡Lléveme el diablo si no es él!

SCHWEIZER Y ROLLER. (*Dentro.*)

¡Razmann! ¡Grimm! ¡Spiegelberg! ¡Raz-
mann!

RAZMANN.

¡Roller! ¡Schweizer! ¡Rayos y centellas!
(*Salen á su encuentro.*)

ESCENA IX.

MOOR, *en traje de bandolero, á caballo,*
SCHWEIZER, ROLLER, SCHUFTERLE,
BANDIDOS. (*Cubiertos de polvo y lodo.*)

MOOR. (*Apeándose.*)

¡Victoria, victoria! ¡Ya estás en salvo, Roller! ¡Llevaos mi caballo y lavadlo con vino! (*Echándose sobre la yerba.*) ¡Esto se llama una jugada; lo demás es broma!

RAZMANN. (*A Roller.*)

¡Por los cuernos de Belcebú! ¿Cómo te has escapado de la rueda?

SPIEGELBERG.

¿Eres un fantasma ó estoy yo loco? ¿Eres tú, Roller?

ROLLER. (*Jadeante.*)

¡El mismo en cuerpo y alma! ¿Dónde te parece que vengo?

GRIMM.

¡El demonio que lo sepa! ¿Listas condenado?

ROLLER.

¿Condenado? ¡Y algo más! ¡Vengo derecho de la horca. ¡Ay! Déjame respirar; Schweizer te lo contará. Dadme un poco de aguardiente. ¡Calla! ¿Tú aquí, Mauricio? ¡En otro lado pensaba volverte á ver y no aquí! ¿No me dais una copa de aguardiente? Estoy que no puedo con mis hue-

sos. ¡Ay, capitán!.... ¿En donde está el capitán?

RAZMANN.

¡Espérate un momento! ¡Pero, vamos, habla, dinos algo! ¿Cómo has salido del atolladero? Se me va la cabeza; no acierto á comprender. ¿De la horca dices?

ROLLER. (*Echándose al colete una copa de aguardiente.*)

¡Ah! ¡Esto al ménos vale algo! ¡Cómo quemal! ¡Pues sí, derechito de la horca vengo! Estais ahí embobados mirándome sin poderos figurar lo que es, pues he estado á un paso de la maldita escalera por donde tenía que subir para irme al otro mundo de cabeza; pero tan cerca, tan cerca que no hubierais dado un maravedí por mi pellejo. El aire, la libertad, la vida, todo se lo debo al capitán.

SCHWEIZER.

¡Fué un lance que ya! El día ántes supimos por los espías que Roller habia caído en el garlito, y al día siguiente, al rayar el alba, es decir, esta mañana, si el cielo no se venía abajo, iba á pasarlo muy mal. ¡Arriba, muchachos! dijo el capitán: ¡por un amigo hay que arriesgarlo todo! ¡O le salvamos ó hay que encenderle una antorcha fúnebre que ni la de un emperador; una antorcha que los achicharre vivos.

Se convocó á toda la banda. Le enviamos á él un correo que le comunicó el proyecto, echándole en la sopa una esquila.

ROLLER.

Yo, la verdad, no contaba con que esto tuviese éxito.

SCHWEIZER.

Estuvimos espiando el momento en que las calles quedaron desiertas. Toda la ciudad se fué hácia el sitio de la FUNCION; unos á pié, otros á caballo ó en coche. Se oian á lo léjos el ruido y los salmos penitenciaris. Ahora, dijo el capitan, podeis pegar fuego á la ciudad. Nos lanzamos como flechas en todas direcciones, y pocos momentos despues ardia la ciudad por los cuatro costados; íbamos echando teas encendidas cerca del depósito de pólvora, en las iglesias, en las granjas. ¡Voto á tal! No habia pasado media hora, cuando empezó á soplar un viente norte que nos vino á pedir de boca, pues nos ayudó que fué un contento: llegaban las llamas á los tejados. Nosotros entre tanto íbamos gritando por las calles como furias: ¡fuego! ¡fuego! En toda la ciudad no se oian más que alaridos y gritos de desesperacion; un estrépito de mil demonios. En esto empiezan á tocar las campanas á vuelo, y salta el depósito de pólvora, produciendo el mismo efecto que si la tierra hubiese estallado

ó el cielo se hubiera desprendido 'estrepitosamente y se hubiera hundido mil leguas más abajo del infierno.

ROLLER.

Volvieron entónces la cara los de mi comitiva; la ciudad estaba como Sodoma y Gomorra. No se veía en el horizonte más que fuego, azufre y humo; cuarenta montañas repetían como otros tantos ecos el infernal estruendo que se oía á mi alrededor. Se había apoderado de todos un terror indescriptible; aprovecho el momento, y ligero como el viento me escabullo... Tan cerca estábamos ya, que iba yo suelto; los que me acompañaban se habían quedado petrificados como la mujer de Lot cuando fué convertida en estatua de sal. Cruzo así la muchedumbre, y ¡fuera! Sesenta pasos más léjos me desnudo, me zambullo en el río, y nada que nada entre dos aguas, hasta que creí haberlos perdido de vista. El capitán me estaba esperando con vestidos y caballos, le alcanzo, y ¡me salvo! ¡Ah, Moor! ¡Ojalá caigas tú también en el garlito para que te pueda yo pagar con creces lo que te debo!

RAZMANN.

Deseo es ese, que por lo bestial merecía que te ahorcáran. ¡Pero qué golpe! ¡Era para ahogarse de risa!

ROLLER.

No podeis figuraros lo á tiempo que llegó. Habiais de haber visto lo que es ir como yo con la cuerda al cuello, caminando vivo hácia la tumba, viendo aquellos malditos preparativos y endiabladas ceremonias. A cada paso que da uno hácia adelante, va viendo cada vez más cerca la maldita máquina en que le van á uno á encajar, iluminada por la tremenda luz de la mañana, los verdugos que le aguardan á uno con impaciencia, y oye la horrible música. Todavía me parece que me zumban los oídos. Oye uno luégo el graznar de los cuervos hambrientos que vuelan á bandadas del cuerpo medio corrompido del antecesor, y como si no bastase, empieza á gustar uno la bienaventuranza que le espera. ¡No, voto á brios! ¡No quisiera volverme á ver en este lance por nada del mundo! Morir es algo más que dar un brinco de arlequin, y la angustia de la muerte es aún más temible que la muerte misma.

SPIEGELBERG.

¡Pues y el depósito de pólvora que saltó! Por eso apestaba el aire á azufre horas enteras, como si hubieran expuesto al aire el retrete de Moloch. ¡Jesus, qué pebetero!

SCHWEIZER.

¡Pues no era un regocijo para la ciudad

ir á ver descuartizar, como á un mar-rano, á nuestro camarada! ¡Qué escrúpulo habíamos de tener en que la ciudad entera la pagase por salvarle á él! Schusterle, ¿sabes cuantos muertos ha habido?

SCHUSTERLE.

Ochenta y tres, segun dicen. La torre tan solo ha espachurrado unos sesenta.

MOOR. (*Con acento severo.*)

¡Roller, caro cuestras!

SCHUSTERLE.

¡Bah, bah! ¿Qué importa eso? Si hubieran sido hombres, ¡vamos, sería otra cosa! Pero si eran niños en pañales que ni siquiera sabian limpiarse los mocos; viejas que estaban sacudiéndoles las moscas; alguna que otra momia que ni sabía encontrar el camino de la puerta! Todo el que tenía piernas un poco ligeras había ido corriendo á la comedia; guardando las casas no quedaba más que la hez de la ciudad.

MOOR.

¡Pobres infelices! ¿Dices que quedaban ancianos y niños?

SCHUSTERLE.

¡Sí! ¿Pero qué demonio importa eso? Y enfermos, paridas y mujeres encinta.... Al pasar, por casualidad, delante de una barraca, oí dentro gritos de desesperacion, me cuelo, miro, y ¿qué crees que era?

Un niño fresco y rollizo que se hallaba debajo de una mesa que empezaba á arder. ¡Pobrecillo, dije, debes de estar helado! Le cojo y lo echo á las llamas.

MOOR.

¿De veras, Schusterle? ¡Ojalá te achicharren esas llamas las entrañas por toda una eternidad! ¡Fuera, monstruo! ¡Véte! ¡Que no te vuelva á ver entre mi gente! (*Murmillos.*) ¿Murmurais? ¿Vacilais? ¿Quién es el que se atreve á dudar cuando yo mando? ¡Fuera! he dicho ¡Arrojadle de mi presencia! No tardarán otros en seguir el mismo camino. ¡Te conozco, Spiegelberg! Mas pronto os llamaré y pasaré una revista que os haga tiritar de miedo. (*Vanse temblando.*)

ESCENA X.

MOOR. (*Solo, paseándose de arriba abajo con agitacion.*)

¡No los oigas, Dios vengador! ¿Lo puedo yo remediar? ¿Puedes tú tampoco evitar que la peste, la penuria, las inundaciones se traguen al justo con el malvado? ¿Quién es capaz de mandar á las llamas que respeten la cosecha bendecida, cuando tienen que destruir las mieses cuajadas de avispas? ¡Vedle aquí, á ese infeliz, avergonzado y corrido por haberse atrevido á ju-

gar con la maza de Júpiter y haber derribado pigmeos en vez de titanes. ¡Vete, vete! Eres indigno de tener entre tus manos la espada vengadora del Todopoderoso; á la primera prueba has mostrado tu impotencia. Renuncio á todos mis planes atrevidos y voy á ocultarme en una cueva, donde la luz del dia no alumbre á mi ignominia.

ESCENA XI.

ROLLER *saliendo precipitadamente.* MOOB.

ROLLER.

¡Capitan, mucho ojo! Debe de haber duendes; la selva está cuajada de jinetes que van cercándonos. ¡Apuesto á que el maldito Blaustrumpf nos ha vendido!

ESCENA XII.

GRIMM.—DICHOS.

GRIMM.

¡Capitan, Capitan! ¡Nos han descubierto la pista! Unos mil jinetes nos están cercando en este momento.

ESCENA XIII.

SPIEGELBERG.—DICHOS.

SPIEGELBERG.

¡Ay, ay, ay! Podemos darnos por presos, por enredados, por descuartizados.

Millares de húsares, dragones y cazadores están tomando todos los puntos culminantes de la selva y cortándonos la retirada.

(*Vase Moor.*)

ESCENA XIV.

SCHWEIZER, RAZMANN, SCHUFTERLE,
BANDIDOS.— DICHOS.

SCHWEIZER.

¡Qué demonio! ¡No parece sino que los hemos arrancado de la cama! Vamos, alégrate, Roller. Hace tiempo que deseaba batirme con esos caballeros de *pan de munición*. ¿Dónde está el capitán? ¿Está toda la banda reunida? Y pólvora, ¿tenemos bastante?

RAZMANN.

¿Pólvora? ¡De sobra! Lo que tiene es que somos sólo ochenta, es decir, uno contra veinte.

SCHWEIZER.

¡Tanto mejor! Ellos exponen la vida por diez cruzados; nosotros, ¿no combatimos por la vida y la libertad? Vamos á precipitarnos sobre ellos como el diluvio; pero ¿dónde demonios se ha metido el capitán?

SPIEGELBERG.

Nos abandona en el peligro. Ya no hay medio de escapar.

SCHWEIZER.

¿Escapar? ¡Ojalá te ahogaras en el lado, cobarde! ¡Mucho pico, pero en oyendo un tiro!... ¡Grandísimo poltrón! Anda á te cosemos dentro de la piel de un jabalí y te echamos á perros que te destrocen.

RAZMANN.

¡El capitan! ¡El capitan!

ESCENA XV.

MOOR *saliendo lentamente.*—DICHOS

MOOR. (*Aparte.*)

Los he dejado cercar completamente; ahora tendrán que batirse como desesperados. (*Alto.*) ¡Muchachos! ¡Llegó el momento! ¡Hay que pelear como leones ó estamos perdidos!

SCHWEIZER.

Es preciso arrancarles las tripas á esos canallas. ¡Guíanos, capitan! Somos capaces de seguirte hasta el infierno.

MOOR.

¡Cargad todos los fusiles! No falta pólvora, ¿no es verdad?

SCHWEIZER.

Hay pólvora para lanzar la tierra hasta la luna.

RAZMANN.

Cada uno tiene cinco pares de pistolas cargadas, y ademas tres trabucos.

MOOR.

¡Bien, bien! ¡Trepad algunos á los árboles ú ocultaos en la espesura para tirar sobre ellos desde la emboscada.

SCHWEIZER.

¿Oyes, Spiegelberg? Ese es tu puesto.

MOOR.

Y nosotros los atacaremos por los flancos como furias.

SCHWEIZER.

¡Con esos voy yo!

MOOR.

Al mismo tiempo tocaréis todos el pito, é iréis corriendo por la selva, con objeto de que nuestro número parezca más imponente. Soltad tambien los perros, azuzadlos para que los enemigos se separen, se dispersen y vengan á caer en nuestras manos. Nosotros tres, Roller, Schweizer y yo, estaremos en lo más recio de la pelea.

ESCENA XVI.

UN ALGUACIL—DICHOS.

GRIMM.

¡Oiga! ¡Mirad, mirad! ¡Ahí viene uno de esos perros de la justicia!

SCHWEIZER.

¡Pegadle un tiro! No háy que dejarle ni abrir la boca.

MOOR.

¡Silencio! Quiero oírle.

EL ALGUACIL.

¡Con vuestro permiso, señores! Soy un enviado plenipotenciario de la justicia, y allí fuera hay más de 800 hombres que me guardan las espaldas y no permitirán que se me toque en un cabello.

SCHWEIZER.

¡A pesar de eso no las tendría yo todas conmigo!

MOOR.

¡Cállate, camarada! Hablad, caballero. ¿Qué teneis que decirnos?

EL ALGUACIL.

Me envia la autoridad, que decide de la vida y de la muerte. Una palabra á tí..... dos á la banda.

MOOR (*Apoyándose en su espada.*)

¡Vamos á ver!

EL ALGUACIL.

¡Monstruo! ¿No tienes aún tus malditos dedos manchados con la sangre del noble conde que asesinaste? ¿No has profanado el santuario del Señor á mano armada y sustraído los sagrados vasos? ¿No has incendiado nuestra piadosa ciudad y sido causa de que salte el depósito de pólvora sobre la cabeza de tanto cristiano? (*Juntando las manos.*) ¡Crímenes monstruo-

sos, cuyo pestilente olor llega al cielo, excita la cólera divina y arma el brazo justiciero que ha de herir vuestras cabezas! ¡Llegó ya la hora de la reparacion y del castigo!

MOOR.

¡Magnífico! Por ahora no puede ir mejor. Pero vamos al grano. ¿Qué me anuncia por vuestra boca la respetable justicia?

EL ALGUACIL.

Lo que no eres digno de oír. ¡Extiende la vista, incendiario! Donde quiera que alcance tu mirada te verás rodeado por nuestras tropas. ¡No hay salvacion posible! Sólo cuando estas encinas produzcan peras, y estos pinos cerezas, os podréis evadir.

MOOR.

¿Has oído, Schweizer? ¿Y tú, Roller? ¡Proseguid!

EL ALGUACIL.

¡Oye con cuánta bondad, con cuánta clemencia se porta la justicia con un malvado como tú! Si ahora mismo pides perdón y te sometes, la severidad se convertirá en misericordia; la justicia será para tí una madre cariñosa, y echará un velo sobre la mitad de tus crímenes. Se contentará..... ¡figúrate tú! se contentará con el suplicio de la rueda.

SCHWEIZER.

¿Has oído, capitán? Me dan ganas de ir á apretar el gañote á ese perro, hasta que eche el alma por la boca.

ROLLER.

¡Capitán! ¡Voto á cien mil bombas! ¡Cómo se muerde los labios! ¿Lo pongo par-
tas arriba como un bolo?

MOOR.

¡Guárdese nadie de tocarle! (*Al Alguacil.*) Ved. Aquí teneis bajo mi mando setenta y nueve hombres que no saben obedecer una orden ni bailar al són del cañon, y allí ochocientos valientes encanecidos en los combates. ¡Pues bien; así habla Moor, el capitán de bandidos, el incendiario, el asesino. Es cierto que he asesinado al Conde del imperio, que he incendiado y saqueado la iglesia de los dominicos, que he pegado fuego á vuestra santurrona ciudad, y que por culpa mia ha saltado sobre vosotros el depósito de la pólvora. No es esto todo; he hecho todavía más. (*Extendiendo la mano derecha.*) ¿Veis estos cuatro preciosos anillos que llevo en los dedos? Este rubí se lo arranqué de la mano á un ministro que asesinó á los piés de su príncipe, en una cacería. Aunque era de origen plebeyo, habia conseguido captarse la benevolencia del príncipe, adulándole

con bajeza ; se habia elevado á costa de su vecino y de las lágrimas de los huérfanos. Este otro diamante se lo arranqué á un alto financiero de la córte que vendia al mayor postor los honores y los más importantes cargos, y ponía en la calle á los más fieles patriotas. Esta ágata la llevo como recuerdo de un cura que estrangulé con mis propias manos por haberse lamentado en pleno púlpito de que fuese decayendo la inquisicion. Podria seguir contando la historia de mis otras sortijas, si no me arrepintiese ya de las palabras que he malgastado hablándoos.

EL ALGUACHIL.

¡Habrás visto malvado más orgulloso!

MOOR.

No lo he sido bastante; ahora es cuando voy á hablar con altivez. ¡Véte y dile á ese apreciable tribunal que decreta la vida y la muerte, que no soy uno de esos criminales que conspiran á media noche cuando todo duerme y necesitan de escalas! Sé que un dia veré escritos mis hechos en el gran libro de las culpas; pero no quiero gastar más saliva con sus miserables vicarios.

Dile que mi divisa es ojo por ojo, diente por diente, y mi oficio la venganza.

(Vuélvele las espaldas).

EL ALGUACIL.

¿De modo, que rechazas la gracia y el indulto? He concluido contigo. (*Volviéndose á los bandidos.*) ¡Oid ahora, vosotros, lo que os anuncia la justicia! Si me entregais ahora mismo á este malhechor atado de piés y manos, se os perdonará y se borraré hasta el recuerdo de vuestros crímenes. La santa madre Iglesia os recibirá amorosa en su seno, como ovejas descarriadas, y á cada uno de vosotros se le dará un cargo honroso. ¡Leed, leed vosotros mismos, aquí teneis el indulto general, hasta firmado! (*Entregando á Schweizer un papel con ademan triunfante.*) Con que ¿qué le parece ésto á V. M.? ¡Animo! ¡Atadle y sois libres!

MOOR.

¿Lo ois? ¿Por qué dudais? ¿Por qué vacilais? ¿No veis que se os ofrecé la libertad, y en efecto estais presos? ¿que se os regala la vida, y esto no es vana arrogancia, pues estais juzgados y condenados? que os promete cargos y honores, miéntas aquí ¿cuál ha de ser vuestra suerte, áun cuando venzais, sino la persecucion y la ignominia? Os anuncia la reconciliacion con el cielo, cuando estais condenados. Ni uno solo de vuestros cabellos dejará de ir al infierno, ¿y dudais aún? ¿Aun reflexionais? ¿Tan difícil es elegir

entre el cielo y el infierno ? ¡Ayudadme á convencerlos, caballero!

EL ALGUACIL.

¿Qué demonio es el que habla por su boca ? ¡Este hombre me va á trastornar el juicio!

MOOR.

¿Cómo? ¿Aún no respondeis? ¿Creeis todavía que las armas os han de dar la victoria? ¡Tended la vista en vuestro derredor y dejaréis de creerlo: pueril sería vuestra confianza! ¿Os halagará la idea de morir como héroes, porque me visteis gozoso en la palea? ¡Oh, no lo creais! ¡No sois Moor! ¡Sois unos pobres ladrones, unos instrumentos miserables de mis planes, como la cuerda^a en las manos del verdugó! Un salteador de caminos no puede morir como un héroe, tiene el derecho de temblar en presencia de la muerte. (*Óyense trompetas á lo léjos.*) ¡Oid cómo suenan los clarines! ¡Mirad como relumbran sus armas! ¡Cómo! ¿Todavía vacilais? ¿Estais locos? ¡Qué alucinacion es la vuestra! No os agradezco la vida, y me avergüenzo de vuestro sacrificio.

EL ALGUACIL. (*En el colmo de la sorpresa.*)

¡Me vuelvo loco! Me marchó ¡Habráse visto!

MOOR.

¿O temeis tal vez que yo mismo me mate

y mi suicidio anule el pacto, sólo valdero si me entregais vivo? ¡No, muchachos, ese temor es infundado; ahí teneis mi puñal, mis pistolas, ese frasquito de veneno, que podria sacarme de apuros. ¿Qué? ¿aun estais indecisos? ¿Si creeréis que me defienda cuando vengais á atarme? Mirad, yo mismo me ato la mano derecha á la rama de esta encina; ya veis que estoy indefenso y que un niño podria derribarme. ¿Quién es el primero que abandona al capitan en este trance?

ROLLER. (*Con grande agitacion.*)

¡Aun cuando el infierno nos rodeára mil veces! (*Blandiendo su puñal.*) ¡Aquí el que no sea un cobarde! ¡A salvar al capitan!

SCHWEIZER. (*Desgarrando el indulto y tirando los pedazos á la cara del alguacil.*)

¡El indulto está en nuestras balas! ¡Fuera, canalla! ¡Dí al que te ha enviado, que en toda la banda de Moor no has encontrado un traidor! (*Vase el alguacil.*)

TODOS. (*Con estrépito.*)

¡A salvar al capitan!

MOOR. (*Desatándose, con alegre acento.*)

¡Camaradas, somos ya libres! Tengo en mis manos un ejército. ¡O vencer y ser

libres, ó morir! ¡Que ni uno solo caiga vivo en sus manos!

(*Dan la señal de ataque. Gran tumulto y estruendo; vanse con las espadas desenvainadas.*)

ACTO TERCERO.

Jardin del castillo de Moor.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA *pensativa en el jardin.* — Sale FRANCISCO. *Ambos van vestidos de riguroso luto.*

FRANCISCO.

¿Estás aquí otra vez? ¡Qué exaltada eres! Te has escabullido de la mesa y has aguado la fiesta dejando solos á los convidados.

AMALIA.

¡Qué lástima! ¡Una fiesta tan inocente! Los fúnebres cánticos que han acompañado á la tumba á tu padre, no deben haberse aún apagado en tus oídos.

FRANCISCO.

¿Vas á estarte lamentando eternamente?

¡Deja dormir en paz á los muertos y trata de alegrar un poco á los vivos! Vengo á...

AMALIA. (*Interrumpiéndole.*)

¿Y cuándo te vas?

FRANCISCO.

¡Oh! ¡Lástima no sea tu rostro ménos altivo y sombrío! Amalia, no haces más que entristecerme. Venía á decirte que...

AMALIA.

Forzoso es que te escuche. ¡Ya se ve! ¡Don Francisco de Moor es ahora el amo!

FRANCISCO.

¡Justo! De eso precisamente venía á hablarte. Maximiliano descansa ya en la tumba de sus abuelos, y yo soy, por lo tanto, el amo; pero quisiera serlo completamente, Amalia. Ya sabes cómo te amaba mi padre: te quería como si fueses su hija... Ese cariño existe aún despues de su muerte... ¡Creo que nunca lo olvidarás!

AMALIA.

¡Nunca, nunca! ¿Quién puede mirar con indiferencia su muerte hasta el punto de olvidarse de él en tus alegres convites?

FRANCISCO.

El amor de mi padre debes recompensarlo en sus hijos. Carlos ha muerto... ¿Te sorprende? ¿Se te va la cabeza? La idea es en verdad tan lisonjera para una mujer, que hasta puede aturdir su orgullo. Francisco desprecia las pretensiones de las

más nobles doncellas y viene á ofrecer á una pobre huérfana, que sin él se vería desamparada, su mano y con ella su fortuna, sus castillos y sus bosques. Francisco el envidiado, Francisco el temido, se declara el más humilde esclavo de Amalia...

AMALIA.

¿Y no habrá un rayo para abrasar la infame lengua que ha proferido tamaña blasfemia? ¿Cómo? ¿Después de haber asesinado á mi amante, querrias que Amalia te llamase su esposo? Tú...

FRANCISCO.

¡Cálmate, princesa mia! No creas que Francisco va á inclinarse ante tí como un enamorado Celadon; no creas que he aprendido á importunar el eco de las grutas con mis amorosas quejas, como el lánguido pastor de Arcadia, ¡No! Francisco habla, y cuando no se le responde..... manda.

AMALIA.

¡Infeliz! ¡Mandar! ¿Mandarme á mí? ¿Y si se reciben tus órdenes con risa y desprecio?

FRANCISCO.

¡No harás eso! Conozco el medio de doblegar el orgullo de una cabecita como la tuya. ¡Las paredes de un convento!

AMALIA.

¡Magnífico! ¡Soberbio! De ese modo me

veré libre para siempre de tu mirada de basilisco, y tendré tiempo de pensar en Carlos y recrearme en su recuerdo. ¡Ven- ga tu convento!

FRANCISCO.

¿Sí, eh? ¡Andá con tiento, pues acabas de enseñarme el medio de atormentarte! Cuando sueñes con tu adorado Carlos, te despertará mi aspecto, semejante al de una furia con cabellos de fuego. El fantasma de Francisco estará siempre al acecho tras la imagen de tu amante, como los perros encantados que guardan los tesoros subterráneos. Te llevaré al altar arrastrán- dote por los cabellos; con el puñal en la mano te arrancaré del alma el sí fatal.

AMALIA. (*Dándole un bofetón.*)

¡Toma! ¡Aquí tienes la dote!

FRANCISCO. (*Exasperado.*)

¡Ah! ¡Qué caro te ha de costar! ¡No serás mi esposa, no! Eres indigna de tanto honor... serás mi querida, y las honradas campesinas te señalarán con el dedo cuando te atrevas á salir á la calle... ¡Rechina los dientes, echa ira y fuego por los ojos, gozo viendo el furor de una mujer, pues parece más hermosa y más provocati- va. ¡Vén! Esa resistencia servirá de realce á mi triunfo, y añadirá un nuevo incentivo á la voluptuosidad de tus abrazos. ¡Vén

conmigo al altar! ¡Has de venir conmigo ahora mismo! (*Trata de arrastrarla.*)

AMALIA. (*Arrojándose en sus brazos.*)

¡Perdóname, Francisco! (*En el momento en que va á abrazarla, ella le arranca la espada y se retira rápidamente.*) ¿ Ves, malvado, lo que puedo hacer ahora contigo? Soy una mujer, es verdad, pero una mujer desatentada, loca. Acércate si te atreves, que este acero te atravesará el pecho, y la sombra de mi tío me guiará la mano. ¡Véte en el acto! (*Arrojándole fuera.*)

AMALIA. (*Sola.*)

¡ Ah, qué contenta estoy! Ahora siquiera puedo respirar. Me siento fuerte como un caballo ciego de coraje, furiosa como una leona á quien han arrebatado sus cachorros. ¿ A un convento, dijo? ¡ Gracias por la idea! Ya encontró el amor desgraciado un asilo... El claustro... ¡ Ese es el refugio del amor desgraciado! (*Váse.*)

El teatro representa una comarca cerca de las orillas del Danubio. — Bandidos acampados bajo los árboles. — En el fondo una colina, en cuyas laderas andan paciendo varios caballos.

ESCENA II.

MOOR, GRIMM, RAZMANN.

MOOR. (*Dejándose caer en el suelo.*)

¡ Aquí me echo y se acabó! Estoy derren-

gado y tengo la lengua seca como un palo. Iba á pedirlos que fueseis á ese rio á traerme un poco de agua en la mano, pero estais tan desfallecidos... (*Entre tanto se ha deslizado Schweizer, sin que lo noten, y va á buscar agua.*)

GRIMM.

No nos queda ni una gota de vino. ¡Qué hermosa puesta de sol!

MOOR. (*Embebecido en contemplar la puesta del sol.*)

¡Así muere un héroe admirado y adorable!

GRIMM.

¡Muy conmovido pareces!

MOOR.

Cuando yo era muchacho, mi idea favorita era morir como él, vivir como él. (*Disimulando su tristeza.*) ¡Cosas de muchacho!

GRIMM.

¡Así lo creo!

MOOR. (*Bajándose el sombrero, hasta cubrirse los ojos.*)

¡Qué tiempos aquellos! ¡Dejadme solo, camaradas!

GRIMM.

¡Moor, Moor! ¿Qué demonios te pasa?
¡Qué pálido te pones!

RAZMANN.

¡Voto á cien legiones de diablos! ¿Qué tiene? ¿Se pone malo?

MOOR.

Hubo un tiempo en que no podía dormir cuando había olvidado mi oración.

GRIMM.

¿Estás loco? ¿Te vas á dejar dominar por los recuerdos de cuando eras chiquillo?

MOOR. (*Apoiando la cabeza sobre el pecho de Grimm.*)

¡Ay, hermano!

GRIMM.

¿Cómo? ¡No seas niño!

MOOR.

¡Ojalá lo fuera!

GRIMM.

¡Vaya, vaya! ¡Alégrate un poco! ¡Mira qué paisaje tan pintoresco! ¡Que hermosa tarde!

MOOR.

Sí, amigo mio. Es muy hermoso este mundo.

GRIMM.

¡Vamos! Eso es otra cosa.

MOOR.

Esta tierra es magnífica.

GRIMM.

¡Bien, bien! Eso me gusta.

MOOR.

Y yo ¡qué horrible en este mundo tan

hermoso! ¡qué mónstruo en esta tierra tan magnífica! (*Dejándose caer de espaldas.*) ¡El hijo pródigo!

GRIMM.

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

MOOR.

¡Mi inocencia, mi inocencia! ¡Mirad: todo ha salido á bañarse en los benéficos rayos de la primavera! ¿Por qué yo tan sólo he de sufrir en medio de esta alegría celestial los tormentos del infierno? ¡Que todo sea tan feliz! ¡Que el espíritu de la paz lo una todo de este modo! ¡El universo entero una sola familia, y un padre comun allí arriba... que lo es de todos ménos de mí! Yo solo rechazado, perdido. Yo tan sólo excluido del reino de los justos. (*Retrocediendo con furor.*) ¡Rodeado de asesinos, de culebras, sujeto al vicio con cadenas de hierro!

RAZMANN. (*A los demas.*)

¡Es incomprendible! ¡nunca le he visto de este modo!

MOOR. (*Con acento melancólico.*)

¡Que no pudiera yo volver al vientre de mi madre! ¡que no haya nacido mendigo! ¡No, cielos! no quisiera más que eso: ser como uno de esos jornaleros. Quisiera fatigarme trabajando hasta sudar gotas de sangre, para poder probar las

delicias de una siesta..., ¡la inefable ventura de una lágrima!

GRIMM. (*A sus compañeros.*)

¡Paciencia! Ya va concluyendo la crisis.

MOOR.

¡Hubo un tiempo en que corrían tan bien! ¡Oh, vosotros, días de paz y de ventura! ¡tú, castillo de mi padre! ¡vosotros, valles florecientes y encantadores! ¡escenas poéticas de mi niñez! ¿será posible que no volváis jamás? ¿que no refresqueis nunca mi abrasado pecho con vuestro precioso soplo? ¡Cúbrete de luto y llora conmigo, naturaleza! ¡Esos momentos de dicha no volverán nunca; nunca refrescarán mi abrasado pecho con su benéfico soplo! ¡Pasaron, pasaron para no volver!

ESCENA III.

SCHWEIZER. (*Que vuelve trayendo agua en el sombrero.*)—DICHOS.

SCHWEIZER.

¡Bebe, capitán! Aquí hay agua suficiente, fresca como la nieve.

GRIMM.

¡Cómo echas sangre! ¿Qué has hecho?

SCHWEIZER.

¡Qué lance! Por poco no me cuesta un par de piernas y la cabeza. Iba yo trotan-

do por la colina abajo, cuando de pronto, ¡pataplum! me resbalo y voy á dar con mi cuerpo diez pasos más allá, quedándome casi atontado del golpe. En cuanto me repongo, me encuentro con el agua más clara que darse pueda. ¡Basta de bromas, dije, lo que es esta agua creo que le sepa bien al capitán!

MOOR. (*Devolviéndole el sombrero y enjugándole la cara.*)

Ya casi no se veían los rasguños que los jinetes bohemios te hicieron en la frente: gracias al agua, se han renovado esas cicatrices, que tan bien te sientan.

ROLLER.

¡Bah! Aun queda sitio para otras treinta.

MOOR.

Sí, muchachos, fué una tarde de lo lindo, y no perdimos más que á uno de los nuestros. Lo que tiene que murió como un héroe ¡pobre Roller! Si no hubiera muerto bajo mis órdenes, estoy seguro de que le hubieran levantado un monumento en el sitio en que dejó el pellejo. ¡Hay que contentarse con esto! (*Enjugándose los ojos.*) Y el enemigo, ¿cuántos no dejó en el sitio?

SCHWEIZER.

Sesenta húsares... noventa y tres dragones y unos cuarenta cazadores... total... doscientos hombres.

MOOR.

¡Doscientos por uno! Todos vosotros teneis derecho á esta cabeza (*Descubriéndose y levantando el puñal á la altura de la frente.*) ¡Por mi alma os juro que no os abandonaré nunca!

SCHWEIZER.

No jures, que no sabes si algun dia serás feliz y te arrepentirás de tu juramento.

MOOR.

¡Os juro por los huesos de mi Roller, que nunca os abandonaré!

ESCENA IV.

KOSINSKY. — DICHOS.

KOSINSKY. (*Aparte.*)

Por aqui me dijeron que le encontraria. ¿Qué caras éstas? ¿Si serán ellos...? ¡Si, ellos son, ellos son! Voy á hablarles.

GRIMM.

¡Ojo! ¿quién va?

KOSINSKY.

Señores, dispensadme; no sé si me he equivocado.

MOOR.

¿Y quienes hemos de ser para que no os hayais equivocado?

KOSINSKY.

¡Hombres!

SCHWEIZER.

¡ Si habrémos dado pruebas de serlo !
¿ eh, capitan ?

KOSINSKY.

Busco hombres que sepan mirar la muerte cara á cara, y jueguen con el peligro como con una culebra que domesticaron ; que estimen en más su libertad que el honor y la vida ; hombres protectores del pobre y del oprimido, cuyo solo nombre haga palidecer al tirano y arredre al más intrépido.

SCHWEIZER. (*Al capitan.*)

¡ Este chaval me gusta ! Oye, amigo, has encontrado lo que buscabas.

KOSINSKY.

Me parece que no tardarémos en ser amigos. Podeis indicarme á mi hombre, pues busco á vuestro capitan, el ilustre Conde de Moor.

SCHWEIZER. (*Estrechándole calorosamente la mano.*)

¡ Tú por tú, desde ahora, camarada !

MOOR. (*Acercándose.*)

¿ Conoces tambien al capitan ?

KOSINSKY.

¡ Eres tú ! Esas facciones... ¿ Quién es capaz de verlas y no reconocerlas ? (*Clavando en él una mirada penetrante.*) Siempre tuve el deseo de ver al hombre de la

mirada fulminante, sentado sobre las ruinas de Cartago... ya no lo deseo.

SCHWEIZER.

¡Muchacho como él!

MOOR.

¿Y qué te trae por aquí?

KOSINSKY.

¡Oh capitán! Mi destino, que es más que cruel. He naufragado en el tempestuoso mar de la vida: he visto desvanecerse todas mis esperanzas..... y no me queda ya más que su triste y desgarrador recuerdo, que me volvería loco si no tratase de ahogarlo, empleando mi actividad en algo que me distraiga.

MOOR.

¡Uno más desechado por el cielo!—
¡Sigue!

KOSINSKY.

Senté plaza, y aún en esto me persiguió la desgracia, pues navegando hacia las Indias orientales, naufragué entre unos escollos. ¡No más que esperanzas frustradas! Oigo, por último, hablar de tus famosas hazañas ó, como dicen, de tus crímenes de incendiario, y me encajo aquí, aunque estaba á más de treinta millas, con la firme intencion de ponerme á tus órdenes si te dignas aceptar mis servicios. Te rue-

go, ilustre capitán, que no me rechaces.

SCHWEIZER. (*Dando un salto.*)

¡Bravo, bravo! Este muchacho vale tanto y más que nuestro pobre Roller. ¡Es un perdonavidas de lo lindo!

MOOR.

¿Cómo te llamas?

KOSINSKY.

Kosinsky.

MOOR.

¿Cómo, Kosinsky? ¿Sabes que obras como un niño aturdido al dar este paso, el más importante de toda tu vida, y acreditas que tienes tan poca reflexión como una muchacha sin experiencia? No creas que aquí vas á jugar á la pelota ó á los bolos.

KOSINSKY.

Te comprendo: no tengo más que veinticuatro años, pero he visto relumbrar las espadas y he oído silbar á mi alrededor las balas.

MOOR.

¿De veras? ¿Y has aprendido á pelear sólo para asesinar á un pobre viajero por robarle un duro, ó para dar de puñaladas por la espalda á una infeliz mujer? ¡Anda, véte! ¿Te has escapado de casa de tu nodriza, porque te ha amenazado con una vara?

SCHWEIZER.

¡Qué demonio, capitán! ¿En qué estás pensando? ¿Vas á despachar á un hércules como éste, que es capaz de mandar, de un puntapié, al otro lado del Ganges al mariscal de Sajonia?

MOOR.

¿Porque te salieron mal tus tonterías vienes aquí y quieres hacerte un bribon, un asesino? *Asesino.* ¿Comprendes bien la palabra? Podrias irte á dormir tranquilamente despues de haber cortado algunas cabezas de adormidera; pero cuando se tiene un asesinato sobre la conciencia...

KOSINSKY.

Respondo de todos los asesinatos que me mandeis cometer.

MOOR.

¡Cómo! ¿tan listo eres? ¿Te atreverás á apoderarte de un hombre sin más armas que la lisonja? ¿Quién te dice que no tenga yo sueños delirantes y no palidezca en mi lecho de muerte? ¿Qué hiciste hasta aquí pensando en la responsabilidad que tenías?

KOSINSKY.

Poco en verdad; pero, ¿y este viaje para venir á verte, noble Conde?

MOOR.

¿Te ha puesto tu maestro entre las manos la historia de Robin Hood? Semejante

canalla mereceria que le mandasen á galeras por excitar tu inocente fantasia y contagiarte con el loco deseo de llegar á ser un grande hombre. ¿Te deslumbran el honor y la fama? ¿O es que intentas llegar á la inmortalidad por la senda del crimen? ¡Desengáñate, jóven ambicioso, no hay coronas de laurel para el incendiario! Con la victoria no consigue el triunfo el bandolero, sino la maldicion, el peligro, la muerte y la ignominia. ¿Ves el cadalso sobre aquella colina.

SPIEGELBERG. (*Paseándose de arriba abajo de mal humor.*)

¡Qué estupidez! ¡qué imperdonable estupidez! No es ese el medio. Lo hice yo de otro modo.

KOSINSKY.

¿Qué puede temer el que no teme la muerte?

MOOR.

¡Bravo! ¡Magnífico! Se ve bien que te has portado en la escuela como un valiente y que te has aprendido magistralmente á tu Séneca; pero, querido mio, con semejantes sentencias no se deja embaucar la naturaleza; con esto no embotará nunca las flechas del dolor. ¡Reflexiona, hijo mio! (*Cogiéndole la mano.*) Mira que te aconsejo como pudiera hacerlo un padre; mide bien la profundidad del abismo ántes de

dar el salto. Si sabes aún el medio de conquistar un solo momento de ventura en el mundo... pudiera muy bien llegar un momento en que despertases... y entónces... sería tarde. En este momento te sales del sendero de la humanidad : ó llegas á ser un grande hombre ó... un demonio. ¡Te lo repito, hijo mio! Si aún puede brillar para tí un rayo de esperanza, abandona esta alianza horrible; créeme, puede uno engañarse y tomar por fuerza de espíritu lo que al fin y al cabo no es más que desésperacion. Créeme, huye de aquí, véte!

KOSINSKY.

¡No, no me voy! Si mis súplicas no te conmueven, oye al ménos la historia de mis desdichas... Tú mismo me pondrás el puñal entre las manos... tú mismo...! Sentáos aquí en el suelo alrededor mio, y escuchadme con atencion!

MOOR.

¡Oigamos!

KOSINSKY.

Sabed, pues, que soy hijo de un gentil-hombre de Bohemia. Mi padre murió siendo yo muy jóven y me dejó por heredero de sus cuantiosos bienes. Mi comarca era un verdadero paraíso, pues habia en ella un ángel, una muchacha adornada con todos los encantos de la más lozana juven-

tud, una niña pura como la luz del cielo. Pero ¿á quién digo esto? A hombres incapaces de comprenderlo, pues nunca habeis amado, ni habeis sido amados.

SCHWEIZER.

¡Despacito, despacito! que el capitan se sonroja.

MOOR.

¡Basta! ¡Otro día continuarás tu relato! Mañana... más tarde .. cuando hayas visto sangre.

KOSINSKY.

¡Sangre, sangre! ¡Oye, oye! Sangre tendrá tu alma en qué cebarse. Era alemana de humilde cuna; pero al verla se olvidaban todas las preocupaciones de la nobleza. Con la más candorosa modestia tomó Amalia de mi mano el anillo de los esponsales, y dos días despues debia yo conducirla al altar.

(MOOR se levanta con precipitacion.)

KOSINSKY.

En medio del delirio que me produjo la ventura que me esperaba, y cuando estaba haciendo los preparativos para la boda, recibo orden de presentarme en la córte. Fui, y me enseñaron cartas llenas de infamias, que segun ellos habia yo escrito. Al ver tanta maldad, me puse rojo de indignacion: me quitaron la espada y me me-

tieron en la cárcel; creí volverme loco.

SCHWEIZER.

Y entre tanto... ¡sigue, sigue! voy comprendiendo.

KOSINSKY.

Allí estuve un mes sin saber lo que por mí pasaba. Estaba inquieto pensando en Amalia, que debía de morir de pena al saber mi suerte. Se presentó un día el primer ministro y me dió la enhorabuena, diciéndome que se había descubierto mi inocencia; con palabras melifluas me anunció mi libertad y me devolvió la espada. Loco de contento y creyendo llegado el momento del triunfo, vuelo á mi castillo para estrechar á Amalia en mis brazos. Había desaparecido. A media noche se la habían llevado, sin que nadie supiese á dónde, y desde entónces no se la había vuelto á ver. Esto fué para mí un rayo de luz. Corro á la ciudad y sondeo á los cortesanos: todos clavaban en mí los ojos y nadie quería responderme. Por fin la descubro detras de una reja... y ella al verme me echa una carta.

SCHWEIZER.

¿No lo dije?

KOSINSKY.

¡Rayos y truenos! ¡Allí estaba! Le habían dado á elegir entre verme morir y

ser la querida del príncipe. En tan triste alternativa se decidió por lo último y (*Riendo.*) me salvó la vida.

SCHWEIZER.

¿Qué hiciste tú entonces?

KOSINSKY.

Me quedé como herido del rayo. ¡Sangre! fué mi primer pensamiento, ¡sangre! el último. Echando espumarajos por la boca voy volando á casa, escojo una espada bien afilada y me dirijo á toda prisa á la casa del ministro, pues él sólo podía haber sido el infame alcahuete. Me vieron sin duda desde la calle, pues cuando subí, todas las habitaciones estaban cerradas. Busco, pregunto, y me responden que estaba en casa del príncipe. Voy derecho allí y me dicen que nada saben; vuelvo, fuerzo las puertas, le veo, y cuando iba á darle su merecido, cinco ó seis criados se me echan encima y me desarman.

SCHWEIZER. (*Dando una patada en el suelo.*)

Y él ¿nada pescó? ¿Y te volviste con las manos vacías?

KOSINSKY.

Me agarraron, me acusaron, me procesaron, me declararon infame, y por una gracia particular me arrojaron de los Estados como un delincuente. Mis bienes cayeron en poder del ministro, mi Amalia

quedó en las garras del tigre, y mi venganza se reduce en tanto á vivir sometido al más duro despotismo.

SCHWEIZER. (*Levantándose y afilando su espada sobre una roca.*)

Este es nuestro negocio. ¡Capitan! allí hay algo que quemar.

MOOR. (*Que hasta ahora se ha estado paseando de arriba abajo con la mayor agitacion, se dirige á los bandidos.*)

¡He de verla! ¡Arriba, muchachos, en marcha! Te quedas con nosotros, Kossinski... ¡Vamos! dáos prisa.

LOS BANDIDOS.

¿A dónde?

MOOR.

¿A dónde? ¿Quién pregunta á dónde? (*A Schweizer, con fuego.*) ¡Traidor! ¿Quieres, por ventura, detenerme? ¡Vive Dios, que...!

SCHWEIZER. (*Interrumpiéndole.*)

¿Yo traidor? Vé aunque sea al infierno, y te sigo.

MOOR. (*Abrazándole.*)

¡Así me gusta, hermano! ¡Sígueme! Está ella llorando; está pasando una vida de amargura y de desesperacion. ¡Vamos, muchachos! ¡Arriba, dáos prisa! ¡Todos á Franconia! Antes de ocho días hemos de estar allí. (*Vanse.*)

ACTO CUARTO.

Una galería del castillo de Moor. Un hábito de religiosa sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS MOOR y AMALIA. (*Delante de un retrato.*)

MOOR. (*Muy conmovido.*)

¡Excelente hombre!

AMALIA.

Mucho interes parece que se toma por él el Conde de Brand.

MOOR. (*Embebido en contemplar el retrato.*)

¡Oh, qué hombre! ¡Qué hombre tan bendito, tan divino! Y un hombre como ese ¿ha muerto?

AMALIA.

¡Sí!... como mueren todas nuestras venturas. ¡Conde, (*Tomándole la mano con dulzura.*) no hay dicha posible en este mundo!

MOOR.

Es verdad, es verdad... pero ¿habéis adquirido ya tan triste experiencia, cuando apenas contais veintidos años?

AMALIA.

Sí, Conde, la he adquirido. Todo vive

para morir tristemente; no ganamos nada, no nos interesamos en nada, que no sea para despues perderlo con dolor.

MOOR. (*Mirándola fijamente.*)

¿Habeis perdido algo?

AMALIA.

¡Nada... todo... nada!

MOOR.

¿Y quereis tratar de olvidarlo bajo ese hábito sagrado?

AMALIA.

Así lo espero. ¿Pero no seguimos nuestro paseo, señor Conde?

MOOR.

¿Tan pronto? ¿De quién es ese retrato que está á la derecha? Mucho me engaño si no es una fisonomía desgraciada.

AMALIA.

El retrato de la izquierda es el hijo del Conde, el dueño actual.

MOOR.

¿Hijo único?

AMALIA.

¡Venid, venid!

MOOR.

Pero ¿y ese retrato de la derecha?

AMALIA.

¿No quereis venir al jardín?

MOOR.

Pero ¿y ese retrato de la derecha? ¿Llo-
rais, Amalia?

(*Amalia se aleja precipitadamente.*)

ESCENA II.

MOOR. (*Solo.*)

¡Me ama, sí, me ama! Las lágrimas que
corrian por sus mejillas la han vendido.
¿No es verdad que me ama? ¿No es ésta el
sofá testigo de mi ventura? ¿éste el palacio
de mi padre? Los años dorados de la ju-
ventud reviven en el alma del desventu-
rado. Aquí debias vivir, y algun dia, esti-
mado de todos, llegar á ser tal vez un gran-
de hombre; aquí recordar los años de tu
niñez al ver los tiernos retoños de tu Ama-
lia; aquí ser el ídolo de tus vasallos; pero...
me vuelvo á mi desventura. ¡Adios, casa
querida de mi padre! Tú viste un dia á
Cárlos el muchacho, y este muchacho era
feliz; ¡acabas ahora de ver al hombre....
y está en la desesperacion. (*Vase precipi-
tadamente hácia el extremo de la escena y
se detiene de repente lleno de tristeza.*) ¡No
volverla á ver! ¡Irme sin decirle adios! ¡Sin
besar sus dulces labios! ¡No, no puede ser!
Necesito verla, necesito abrazarla, aunque
esto me destroce el pecho; necesito libar
en sus labios el veneno de la voluptuosi-

dad. Luégo me marcharé léjos.... léjos.... tan léjos como me lleven un rápido buque y..... la desesperacion. (*Vase.*)

ESCENA III.

FRANCISCO. (*Profundamente pensativo.*)

¡Apártate, imágen terrible! ¡Apártate! ¡Cobarde! ¿Por qué tiemblas? ¿Pues no me parece, las pocas horas que está ese Conde en casa, que anda un espía infernal pegado á mis talones? Si hasta me parece que le conozco. Hay algo de tremendo, de grande, algo que no me es desconocido en esas enérgicas facciones tostadas por el sol, algo que me hace temblar. (*Paseándose de arriba abajo, y tirando por último de la campanilla.*) ¡Hola, Lola! ¡Cuidado, Francisco, ten cuidado! ¡Aquí debe de haber un monstruo preñado de desdichas para mí.

ESCENA IV.

DANIEL, FRANCISCO DE MOOR.

DANIEL.

¿En qué puedo serviros?

FRANCISCO (*Después de haberle mirado atentamente.*)

¡En nada, en nada! ¡Véte! ¡Tráeme una copa de vino; pero despáchate!

(*Vase Daniel.*)

ESCENA V.

FRANCISCO.

¿A que se lo hago confesar todo á éste? ¡He de mirarle de modo que su conciencia turbada palidezca al traves de su careta. (*Quédase mirando el retrato de Carlos.*) ¡Su mismo cuello, largo como el de un cisne! ¡Sus cejas tambien negras y pobladas, sus ojos ardientes! (*Estremeciéndose de improviso.*) ¿Eres tú, Satanás, quién me envia este presentimiento? ¿Es Carlos?

ESCENA VI.

FRANCISCO, DANIEL *con una copa en la mano.*

FRANCISCO.

¡Ponla aquí y mírame cara á cara! ¿Cómo, tambaleas?... ¿Tiemblas? ¡Confésalo! ¿Qué has hecho?

DANIEL.

¡Nada! ¡Lo juro por Dios y por mi alma!

FRANCISCO.

¡Bebe ese vino! ¿Cómo? ¿Vacilas? ¡Pronto! ¿qué has echado en el vino?

DANIEL.

¡Dios me valga! ¿Yo? ¿En el vino?

FRANCISCO.

¡Has echado veneno en el vino! Pues qué, ¿no estás pálido como la nieve? ¡Con-

fiésalo! ¿Quién te lo ha dado? El Conde, ¿no es verdad? ¿Te lo ha dado el Conde?

DANIEL.

¿El Conde? ¡Jesús María! El Conde no me ha dado nada.

FRANCISCO (*Asiéndole con fuerza.*)

¡Te voy á estrangular, viejo mentirosol! ¿Nada? ¿Qué es lo que estabais haciendo juntos, él, tú y Amalia? ¿Qué cuchicheabais? ¿No vi acaso cómo dejó caer *en el vino un par de lágrimas*, que él bebió detrás de mí con tanta precipitacion como si quisiera beberse hasta el vaso? ¡Sí! lo he visto en el espejo con mis propios ojos.

DANIEL.

Harto sabe Dios que no he oido de todo esto una palabra.

FRANCISCO.

¿Cómo eres capaz de negarlo? ¿Me vas á desmentir en mi propia cara? ¿Qué cábala habeis formado para desembarazaros de mí? Estrangularme mientras estoy durmiendo, ¿no es verdad? ¿Hacer que el barbero me degüelle? ¿Envenenarme el vino ó el chocolate? ¡Vamos, suéltalo! ¿Darme en la sopa el eterno descanso? ¡Vamos, pronto; lo sé todo!

DANIEL.

No me ayude Dios cuando esté apurado, si no os digo la pura verdad.

FRANCISCO.

Te perdono por esta vez; pero ¿á que te dió dinero, ó te estrechó la mano con más fuerza que de costumbre? Poco más ó ménos como se suele hacer con un antiguo amigo, ¿no es verdad?

DANIEL.

¡Nada de eso! ¡Nunca!

FRANCISCO.

Te dijo, por ejemplo, que te conocia.... ó que casi debias conocerle.... que ya te acordarias de que.... ¡Cómo! ¿No te ha dicho nada de eso?

DANIEL.

¡Nada, nada!

FRANCISCO.

¿Que queria vengarse.... que se vengaria de un modo terrible?

DANIEL.

¡Ni una sola palabra!

FRANCISCO.

¡Cómo! ¿Nada, nada? Acuérdate bien: que conocia *perfectamente* al antiguo dueño.... que le *amaba*.... que le profesaba un cariño *entrañable*, como á un hijo.

DANIEL.

Algo por el estilo recuerdo haberle oido.

FRANCISCO. (*Asustado.*)

¡Cómo! ¿Ha dicho eso? ¿Ha dicho que era mi hermano?

DANIEL.

No, no ha dicho eso ; pero cuando la señorita le enseñaba la galeria,—yo estaba escuchando á la puerta,—se paró como herido del rayo delante del retrato del señor Conde, que en paz descanse. La señorita dijo señalándolo: ¡qué hombre tan excelente ! ¡ Si, excelente hombre, respondió él enjugándose los ojos !

FRANCISCO.

¡ Basta ! ¡ Anda, corre, vuela ! ¡ Ve á buscar á Hermann ! (*Vase Daniel.*)

ESCENA VII.

FRANCISCO *solo.*

Claro como la luz del dia. ¡ Es Carlos ! A lo mejor se va á presentar y preguntarme: ¿ *Dónde está mi herencia?* ¿ Para esto he pasado mis noches sin dormir ? ¿ Para esto he removido las rocas y allanado abismos ? ¿ Para esto me he rebelado contra todos los instintos de la humanidad ? Para esto, para que este vagabundo venga á destrozar mi ingeniosa trama. ¡ Pues no faltaba más ! Lo que queda no es más que un juego de niños..... un asesinato..... ¡ Buen necio el que deja su obra á medias y se queda emboobado mirando qué giro tomará la otra mitad !

ESCENA VIII.

HERMANN, FRANCISCO.

FRANCISCO.

¡ Ah! ¡ Bien venido, instrumento de mis planes!

HERMANN. (*Con sequedad.*)

¿ Me habéis mandado llamar, Conde?

FRANCISCO.

Para que pongas el sello á tu obra maestra.

HERMANN. (*Entre dientes.*)

¿ De véras?

FRANCISCO.

La última pincelada á tu cuadro.

HERMANN.

¡ Hombre!

FRANCISCO.

¿ Será preciso mandar enganchar el carruaje? ¿ explicarnos dando un paseo?

HERMANN. (*Descaradamente.*)

Basta de rodeos, si os place. Para el asunto que tenemos que ventilar sobra esta habitacion. Bastarian quizá cuatro palabras para evitar molestias á nuestros pulmones.

FRANCISCO. (*Algo alarmado.*)

¡ Eh! ¡ Cómo! ¿ Qué palabras son esas?

HERMANN. (*Con malicioso acento.*)

Amalia será tuya..... yo mismo te la daré.

FRANCISCO. (*Sorprendido.*)

¡Hermann!

HERMANN. (*Como ántes, volviéndole siempre la espalda á Francisco.*)

Amalia está á merced de mi voluntad... y ya puedes figurarte..... todo va á pedir de boca. (*Prorumpe en una carcajada estridente; despues, dirigiéndole la palabra á Francisco con provocativo acento.*) ¿Qué teneis que decirme, señor Conde?

FRANCISCO. (*De una manera evasiva.*)

¡A tí nada! Mandé buscar á Hermann.

HERMANN.

¡Nada de rodeos! ¿Para qué me han mandado aquí: ¿para servir de alcahuete como ántes y tener la escala al ladron mientras sube á robar? Para comprarme por un miserable puñado de oro: ¿no es eso?

FRANCISCO.

¡Justamente! Pero no olvidemos lo principal charlando; mi camarero te ha dicho ya sin duda que queria saber tu opinion acerca de la dote.

HERMANN.

Creo que os burlais de mí; más aún..... más que eso. ¡Andad con tiento, Moor! ¡No me exaspereis! Estamos solos y soy

capaz de arriesgar mi reputacion de hombre honrado por saldar la cuenta que tenemos pendiente. ¡No os fieis del diablo que habeis reclutado!

FRANCISCO. (*Con dignidad.*)

¿Esa conducta con tu señor? ¡Tiembla, esclavo!

HERMANN. (*Con sonrisa burlona.*)

No ante vuestras iras. ¿Cómo ha de temblar ante vuestras iras el que está incomodado consigo mismo? ¡Vaya, Moor! ántes despreciaba en vos al bribon. ¡Procurad que no deba reirme del estúpido! Puedo abrir ciertas tumbas y hacer que resuciten muertos... ¿Quién es ahora el esclavo?

FRANCISCO. (*Cambiando de tono.*)

¡Amigo mio! ¡Sé razonable y fiel!

HERMANN.

¿Quereis callaros? La mejor razon sería aquí una desgracia, y la fidelidad una locura. ¡Fidelidad! ¿Con quién? ¿Fidelidad con el eterno impostor? ¡Me arde la sangre al pensar en esta fidelidad, cuando considero que un poco de infidelidad me hubiese hecho entónces un santo. ¡Pero paciencia! ¡paciencia! ¡Se acerca el momento de la venganza!

FRANCISCO.

¡Ah! ¡Cuánto me alegro! Ahora me acuerdo. El otro dia te dejaste olvidada en

esta habitacion una bolsa con mil doblones. Por poco no lo olvido. Toma, amigo mio, esto es tuyo. (*Poniéndole una bolsa en la mano.*)

HERMANN. (*Arrojándola al suelo con desprecio.*)

¡Maldito sea el dinero de Júdas! Este es el pago del infierno. Ya otra vez tratasteis de que mi pobreza fuese la alcahueta de mi corazon... ¡Os equivocasteis, conde, os equivocasteis del todo! Aquel oro me venia muy bien para aliviar á cierta gente.

FRANCISCO. (*Asustado.*)

¡Hermann! ¡Hermann! ¡Advierte que ni siquiera sueño ciertas cosas de ti! Si hicieras más de lo que debes.... Hermann, serias un monstruo.

HERMAN. (*Lleno de júbilo.*)

¿De véras? ¡Bien, Conde, vamos al caso! (*Con intencionado acento.*) Estoy engordando vuestra ignominia y cebando vuestro juicio. Un dia os lo he de servir como un manjar exquisito, invitando á todo el orbe al festin. (*Sonriendo maliciosamente.*) ¿Me comprendeis, no es verdad, mi muy magnánimo y serenísimo señor?

FRANCISCO. (*Levantándose fuera de sí.*)

¡Ah, demonio! ¡traidor! ¡infame! (*Dándose con el puño en la frente.*) ¡Haber cifrado uno su dicha en el capricho de un

malvado! ¡Qué locura! ¡Qué estupidez!
(*Dejase caer en una butaca, sin poder articular una sola palabra.*)

HERMAN. (*Silbando por entre los dedos.*)

¡Ah, gran zorro, tunante!

FRANCISCO. (*Mordiéndose los labios de despecho.*)

¡Cuán verdad es, cuán cierto que no hay bajo la capa del cielo hilo tan delgado ni tan fácil de quebrarse como los vínculos que unen á los pillos!

HERMANN.

¡Cómo! ¿han degenerado ya los ángeles hasta el punto de que el demonio deba venir á predicarnos la moral?

FRANCISCO. (*Levantándose rápidamente y dirigiéndose á Hermann con una sonrisa sardónica.*)

¿Dará también este descubrimiento honor á ciertas gentes?

HERMAN. (*Palmoteando.*)

¡Magnífico, soberbio! ¡Haceis vuestro papel á las mil maravillas! Primero se coge en el garlito á los incautos, y despues se fulmina sobre ellos un anatema. (*Rechinando los dientes.*) ¡Oh, qué Barrabás tan refinado haces! Con todo, Conde (*Dándole un golpecito en el hombro.*), áun no hemos estudiado á fondo la cuestion. Y ¡vive Dios! es necesario que sepas lo que aventura el que pierda. ¡Se pega fuego á la

Santa Bárbara, y volamos todos, amigos y enemigos.

FRANCISCO. (*Dirigese precipitadamente hacia la pared, y echa mano á una pistola.*)

¡Traidor! ¡Ah de mi resolución!

HERMANN. (*Sacando del bolsillo un cachorri-
llo y apuntándole.*)

¡Es inútil que os deis ese trabajo! He contado con esto y he tomado mis precauciones.

FRANCISCO. (*Dejando caer la pistola y echándose sobre una silla con indiferencia.*)

A lo ménos, no digas una palabra hasta que yo... haya reflexionado.

HERMANN.

¡Si! Hasta que echeis mano de una docena de sabuesos que me corten para siempre la lengua. ¿No es eso? (*Acercándose y hablándole al oído.*) El secreto está en mi testamento, y éste lo abrirán mis herederos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

FRANCISCO. (*Poniéndose de pié.*)

¡Ah, Francisco, Francisco! ¿Qué te pasa? ¿Dónde quedó tu valor y tu ingenio? ¡Ay, ay! Hasta los mios me venden; los pilares que sostenian el edificio de mi dicha em-

piezan á vacilar, y el enemigo furioso penetra en el santuario de mi fortuna.— Hay que tomar una resolucion suprema. ¿Y si yo mismo fuera y le asestase una puñalada por la espalda? ¿Eh? Un hombre herido es como un niño. ¡Animo! ¡Hagamos la prueba! (*Vase con paso rápido al fondo de la escena; pero al llegar allí, se detiene de repenté aterrorizado.*) ¿Quién me sigue? (*Abriendo desmesuradamente los ojos, lleno de espanto.*) ¡Veo como nunca semblantes pavorosos! ¡Oigo acentos desgarradores! Y sin embargo, tengo ánimo suficiente para..... ¿Pero y si me vendiese un espejo? ¿ó mi sombra? ¿ó el aire agitado por mis movimientos criminales? ¡Ay! Los cabellos se me erizan, y se me hielan hasta los tuétanos. (*Deja caer el puñal que traia oculto debajo del vestido.*) No soy cobarde, pero mi corazon es demasiado débil. Este es el estertor de la agonía de mi virtud..... A pesar mio lo admiro... ¡Un monstruo tendria yo que ser para atentar á la vida de mi mismo hermano! ¡No, no, no! ¡Apartaos de mí, negros pensamientos! ¡Quiero respetar estas reliquias de humanidad que siento en mí! ¡No le mataré! ¡Naturaleza, has triunfado... aún siento en mi pecho algo que se parece al amor!... ¡Viva, viva! (*Vase.*)

Jardín del castillo de Moor. En primer término un cenador adonde van á parar varias calles de árboles.

ESCENA X.

AMALIA. (Sola.)

«¿Lloras, Amalia?» Lo dijo con una expresion... ¡Ay, qué expresion! No parecia sino que el tiempo rejuveneciese..... no parecia sino que, al oir sus palabras, volviese la dorada primavera del amor. Los ruiseñores gorjeaban como entónces, las flores exhalaban su perfume embriagador, y yo estaba en sus brazos ebria de gozo. ¡Ah, no hay que dudarlo, si las almas de los difuntos vagan entre los vivos, este jóven es el ángel de Cárlos! ¡Ah, corazon! ¡qué falso y desleal eres! ¡De cuántas mañas te sirves para disimular y embellecer tu perjurio! ¡No, no! ¡Véte de mi alma, imágen criminal! ¡Pasad, pasad, deseos impíos y traidores! ¡En el corazon yace Cárlos, y en él no entrará ningun hijo de los hombres! Y sin embargo, ¿por qué han de estar mis pensamientos constantemente fijos en ese jóven desconocido? ¿por qué entrelazados con la imágen de mi único amor, confundidos é identificados con la imágen de mi adorado? ¿Lloras, Amalia? ¡Ah, huye, huye! Mañana seré una santa. (Levantándose.) ¿Una santa? ¡Pobre corazon!

¿Qué palabra es ésa, que un día me fué tan grato oír, y ahora.... ahora.... ¡Me has engañado, pérfido é hipócrita corazón! ¡Has querido convencerme de que era una victoria que alcanzaba sobre tí, y era sólo la desesperacion! (*Siéntase sobre el canapé, ocultando el rostro con las manos.*)

ESCENA XI.

HERMANN (*Viene por una de las calles de árboles*). AMALIA.

HERMANN. (*Aparte.*)

El primer paso está dado. Ruja ahora la tempestad, aunque me llegue el agua al cuello. (*Alto.*) ¡Señorita! ¡Señorita!

AMALIA. (*Sobrecogida.*)

¡Un espía! ¿qué buscas aquí?

HERMANN.

Traigo noticias cómicas, alegres y terribles. Si estais dispuesta á perdonar las ofensas, vais á oír maravillas.

AMALIA.

Para las ofensas no tengo memoria; las noticias las puedes guardar.

HERMANN.

¿No llorais la pérdida de vuestro amante?

AMALIA. (*Mirándole lentamente de arriba abajo.*)

¡Infeliz! ¿Quién te ha autorizado á hacerme semejante pregunta?

HERMANN. (*Con acento sombrío.*)

¡El ódio y el amor!

AMALIA. (*Amargamente.*)

¿Ama álguien, por ventura, en esta zona?

HERMANN. (*Lanzando miradas siniestras al rededor suyo.*)

¡Hasta el delirio! Hace poco que se os murió un tío, ¿no es verdad?

AMALIA. (*Con ternura.*)

¡Un padre más bien!

HERMANN.

¡Ambos viven! (*Vase precipitadamente.*)

ESCENA XII.

MOOR (*Aparece por una de las calles de árboles.*). AMALIA.

AMALIA. (*Que se ha quedado como petrificada, se levanta medio loca.*)

¡Ay! ¡Carlos vive! (*Al querer seguirle tropieza con Moor.*)

MOOR.

¿A dónde vais con tanta agitacion?

AMALIA. (*Retrocediendo temblorosa.*)

¡Abrete bajo mis plantas, tierra! ¡Él aquí!

MOOR.

Venía á despedirme. Pero ¡cielos! ¡Con qué emocion os encuentro!

AMALIA.

Marchaos, Conde...; no, quedaos. ¡Oh, qué feliz sería yo si no hubierais venido ahora!... ¡si no hubieseis venido nunca!...

MOOR,

¿Habriais sido feliz? ¡Adios entónces, adios! (*Vuélvese para marcharse.*)

AMALIA. (*Deteniéndole.*)

¡Por Dios, quedaos! No era eso lo que yo quería decir. (*Retorciéndose las manos.*) ¡Dios mio! ¿y por qué no?... ¡Ah, Conde! ¿Qué os ha hecho esta pobre joven para que por culpa vuestra sea tan criminal? ¿Qué os ha hecho el amor que así le destruis?

MOOR.

¡Me estais asesinando!

AMALIA.

¡Mi corazon era tan puro ántes de haberos visto! ¡Ojalá cegasen estos ojos que han manchado mi corazon!

MOOR.

¡A mí... á mi me corresponde esa maldicion, ángel mio! ¡Vuestro corazon es inocente como vuestros ojos!

AMALIA.

¡Su misma mirada! Conde, os lo suplico, apartad de mí esas miradas que me suble-

van el alma. ¡ Ah, traidora fantasía, cómo me lo representas en esta mirada! Marchaos, Conde. Volved en figura de cocodrilo, y me sentiré mejor.

MOOR. (*Mirándola amorosamente.*)

¡ Mientes, joven!

AMALIA. (*Con más ternura.*)

¡ Y habías de ser falso, Conde? ¿ Y habías de engañar mi pobre corazón? ¡ Pero no! ¿ Cómo habían de ser falsos esos ojos, que se parecen á los de Carlos como si fueran los suyos reflejados en un espejo? Aunque ¡ ojalá fuesen falsos! ¡ Qué feliz sería yo si tuviera que odiarte! ¡ Infeliz de mí, si no te pudiera amar! (*Moor le coge una mano y deposita en ella un ardiente beso.*) Tus besos me abrasan como el fuego.

MOOR.

El alma entera arde en mis besos.

AMALIA.

¡ Véte..... aún es tiempo..... aún!..... El alma del hombre es fuerte..... ¡ Animame con tu valor, tú que tienes un alma intrépida!

MOOR.

Tu temblor desanima al más fuerte. ¡ Aquí echaré raíces! (*Ocultando su rostro en el seno de Amalia.*) Aquí quiero morir.

AMALIA. (*Llena de turbación.*)

¡ Véte!... ¡ Déjame!... ¿ Qué has hecho?

¡Aparta esos labios!... (*Luchando en vano por desasirse.*) ¡Siento correr por mis venas un fuego sacrilego! (*Con ternura y prorumpiendo en lágrimas.*) ¿Por qué has venido de lejanas tierras á destruir un amor que habia arrostrado la misma muerte? (*Estrechándole con más fuerza entre sus brazos.*) ¡Dios te perdone!

MOOR. (*Rodeándole al cuello los brazos.*)

Si esto es lo que se llama separarse el alma del cuerpo, la muerte es la obra maestra de la vida.

AMALIA. (*Con dulce y melancólica exaltación.*)

Aquí, en este mismo sitio en que te hallas, estuvo él mil veces, y junto á él la que á su lado olvidaba el cielo y la tierra; aquí abrazaba su mirada la esplendorosa naturaleza, y ésta, como si agradeciese tan magnánima mirada, vestía sus más hermosas galas para agradar á su príncipe; aquí se detenía el ruiñón, arrobado al oír su canto celestial; aquí cogía él rosas, y esas rosas eran para mí...., aquí le estrechaba yo entre mis brazos.... ardía todo mi sér al contacto de sus labios.... (*Moor, no pudiendo ya contenerse, la abraza: sus besos se confunden; Amalia cae sobre el canapé medio desvanecida.*) ¡Castigame, Carlos! he quebrantado mi juramento.

MOOR. (*Separándose de ella, medio loco.*)

Debe de acecharme el infierno: ¡soy tan feliz! (*Clavando en ella una ardiente mirada.*)

AMALIA. (*Al ver el anillo que lleva en sus propias manos, se levanta rápidamente del canapé.*)

¡Cómo! ¿Estás aún en el dedo de esta perjura? ¿Vas á ser testigo de cómo se burla Amalia de sus promesas? ¡Afuera! (*Arráncase el anillo y se lo da á Moor.*) ¡Tómalo..... tómalo, amado seductor..... y con él, lo que es para mí más sagrado, mi vida, mi Carlos! (*Vuelve á dejarse caer sobre el sofá.*)

MOOR. (*Palideciendo.*)

Tú que estas allí arriba, ¿era eso lo que querias dar á entender? Este es precisamente el anillo que yo mismo le di como prenda de nuestra alianza. ¡Véte al infierno, amor! ¡Me ha devuelto mi anillo!

AMALIA. (*Asustada.*)

¡Dios mio! ¿qué te pasa? Tus ojos lanzan llamaradas siniestras, están pálidos como la nieve tus labios..... ¿Pasa tan rápidamente la ventura hija del crimen?

MOOR. (*Violentándose por parecer tranquilo.*)

¡Nada, nada! (*Levantando los ojos al cielo.*) ¡Aun soy hombre! (*Sacándose la sortija y poniéndosela á Amalia en el dedo.*) ¡Toma este anillo..... dulce furia de mi corazon.....

y con él lo que me es más sagrado..... mi vida..... mi Amalia!

AMALIA. (*Levantándose precipitadamente.*)

¿Tu Amalia?

MOOR. (*Melancólicamente.*)

¡Ah! ¡Cuan dulce y cariñosa era! Era fiel como un ángel. Me dió al despedirse un diamante, y yo le dejé una sortija de brillantes como testigo de nuestro amor. Supo que yo habia muerto, y siguió siéndome fiel; supo despues que vivia y me fué infiel. Vuelo á sus brazos; mi ventura era la de los dioses inmortales. Hazte cargo, Amalia, de lo que sufriria mi corazon al ver que me devolvía mi brillante. Yo entonces..... le devolví su diamante tambien.

AMALIA. (*Con los ojos clavados en el suelo.*)

¡Es extraño, terrible!

MOOR.

¡Terrible y extraño es en efecto! Angel mio, mucho tiene aún que aprender el hombre ántes de comprender al sér que se rie de sus juramentos y llora al ver sus planes..... ¡Pobre y desventurada Amalia!

AMALIA.

¡Desventurada sin duda, pues te rechazó!

MOOR.

Desventurada..... porque me abrazó

cuando yo vivía, y aún después de haber muerto por ella.

AMALIA. (*Con dulce tristeza.*)

¡Oh, sí! Debe ser muy desgraciada. ¡Pobre muchacha! Pero hay otro mundo mejor en que se vuelven á encontrar los amantes.

MOOR.

Y en donde se descorre el velo, y el amor retrocede horrorizado. Su nombre es *eternidad*. ¡Pobre y desventurada Amalia!

AMALIA. (*Sin reflexionar.*)

¿Lo son todas las que te quieren y se llaman Amalia?

MOOR.

Todas..... cuando sueñan que abrazan á un ángel, y encuentran en sus brazos á un asesino. ¡Pobre y desventurada Amalia!

AMALIA. (*Dolorosamente conmovida.*)

¡La compadezco!

MOOR. (*Cogiéndole la mano y mostrándola el anillo que le dió antes.*)

¡Compadécete á tí misma! (*Vase precipitadamente.*)

AMALIA. (*Reconociendo el anillo.*)

¡Cárlas, Cárlas! ¡Santo cielo! (*Cae desplomada en el suelo.*)

El teatro representa una selva. Es de noche y la luna ilumina el paisaje. Delante de la escena un viejo y derruido castillo. Los bandidos están acampados.

ESCENA XIII.

SPIEGELBERG y RAZMANN *vienen hablando juntos.*

RAZMANN.

Se acerca la noche, y el capitán sin venir.

SPIEGELBERG.

¿Capitán dijiste? Acá para *inter nos* Razmann, ¿quién le ha hecho capitán nuestro? ¡Pues qué! ¿no ha usurpado un título que era mío de derecho? ¡Cómo! ¿hemos expuesto cien veces nuestra vida, hemos sufrido todos los caprichos de la suerte, para ser al fin siervos de un amo? ¡Siervos cuando podríamos ser príncipes! ¡Vive Dios, Razman, que esto no me ha gustado nunca!

RAZMANN.

¡Voto á cien mil bombas! A mí tampoco.... pero ¿qué remedio?

SPIEGELBERG.

¿Me lo preguntas, cuando eres uno de los más pillos? Razmann, si eres lo que siempre te he creído... Le echan de ménos... casi le dan por perdido... me parece Razmann que le ha llegado la hora... ¡Cómo!

¿no saltas de gozo al oír la voz de la libertad? ¿Ni valor tienes para comprender una señal atrevida?

RAZMANN.

¡Ah Satanás! ¿qué redes tiendes á mi alma?

SPIEGELBERG.

¿Te parece bien? ¡Pues anda, sígueme! He notado donde se ha metido. ¡Vén! Con dos pistolas es difícil marrarle, y entónces.....

SCHWEIZER. (*Levantándose de un salto.*)

¡Ah, grandísimo bribon! Ahora me acuerdo de lo que pasó en la selva de Bohemia. ¿No eras tú el poltron que se pirraba de miedo en cuanto oyó gritar que el enemigo venía? Entónces juré por mi alma que me las habías de pagar. ¡Anda, asesino! (*Tiran de la espada y vienen á las manos.*)

BANDIDOS. (*En conmocion.*)

¡Que se matan! ¡Que se matan! ¡Schweizer, Spiegelberg! ¡Separadlos!

SCHWEIZER. (*Dándole una cuchillada.*)

¡Toma! ¡Revienta! ¡Vaya, muchachos, no hay que asustarse por tan poca cosa! Tuvo siempre tirria al capitan, y no tiene una cicatriz en todo el pellejo. ¿Pues no queria asesinarle por la espalda! ¡Herir á un hombre alevemente! ¡Vaya, vaya!

¿Habrémos sudado la gota gorda para marcharnos de este mundo como poltronos? ¿Habráse visto bestia! ¿Hemos pasado la vida entre la pólvora y las balas, para morir al fin de la jornada como perros?

GRIMM.

¡Pero qué demonio! ¿Sabes que el capitán va á ponerse furioso?

SCHWEIZER.

Esto corre de mi cuenta. Schusterle hizo lo mismo; pero la pagó cara, porque dejó el pellejo en Suiza, como le habia pronosticado el capitán. (*Oyese un tiro.*)

GRIMM. (*Levantándose azorado.*)

¡Calla! ¡Un pistoletazo! (*Oyese un segundo tiro.*) ¡Otro! ¡Hola! ese es el capitán.

KOSINSKY.

¡Ten paciencia! Tiene que disparar tres veces. (*Oyese otro tiro.*)

GRIMM.

¡Es él, es él! ¡Escabúllete, Schweizer, responderémos nosotros por tí! (*Tocan la bocina.*)

ESCENA XIV.

MOOR. — Dichos.

SCHWEIZER. (*Saliéndole al encuentro.*)

¡Bien venido, capitán! ¡Desde que te marchaste, he sido un poco atrevido!

(*Llevándole á donde está el cadáver.*) ¡Sirvenos de juez: este hombre ha querido asesinarte por la espalda.

MOOR. (*Contemplando el cadáver.*)

¡Oh dedo incomprensible de la vengadora Némesis! ¿No fué ése quien me sedujo con su canto de sirena? Consagra esta espada á la sombría remuneradora, pues ella, y no tú, ha hecho esto, Schweizer.

SCHWEIZER.

¡Fuí yo ¡vive Dios! y ¡voto al chápiro! que no ha sido lo peor que he hecho en mi vida! (*Arroja la espada sobre el cadáver y se va de mal humor.*)

MOOR. (*Reflexionando.*)

Comprendo..... gobernador del universo..... comprendo..... las hojas se desprenden del tronco..... y mi otoño se aproxima..... ¡Quitadme ese hombre de la vista! (*Llévanse el cadáver de Spiegelberg.*)

GRIMM.

¿Qué hacemos, capitán?

MOOR.

Pronto..... pronto se habrá concluido todo. Me he perdido desde que fuí allí..... ¡Tomad vuestros clarines y tocad algo: necesito volverme á mecer en las ilusiones de otros días..... ¡Tocad!

KOSINSKY.

Son las doce de la noche, capitán, y nos

caemos de sueño; como que hace tres dias que no pegamos los ojos.

MOOR.

¿Cómo, tambien vosotros disfrutais del bálsamo consolador del sueño? ¿Por qué huye de mí? ¿Nunca fui yo, sin embargo, cobarde ni infame.... ¡Tocad, os lo mando! Necesito oír música que despierte mi genio adormecido. *(Tocan una marcha. Moor, que ha estado dando vueltas de arriba abajo mientras tocan, ordena de pronto que cese la música.)* ¡Basta, alejaos! ¡Buenas noches! Mañana os comunicaré mis órdenes. *(Los bandidos se echan por el suelo exclamando: ¡Buenas noches! Quédanse dormidos.)*

ESCENA XV.

Todos duermen excepto MOOR. Silencio profundo.

MOOR.

¡Larga..... larguísima noche será ésta, pues nunca amanecerá! ¿Creeis que voy á temblar, sombras de los que maté? ¡No, no temblará Moor! El pavoroso estertor de vuestra agonía, vuestros rostros desencajados, vuestras anchas y profundas heridas, no son más que otros tantos eslabones de la indestructible cadena del destino que pende del capricho de mi nodriza, de mi

preceptor, del temperamento de mi padre, de la sangre de mi madre. ¿Por qué han hecho de mí un monstruo cuyas entrañas devoran la humanidad? (*Amartillando la pistola.*) ¡Oh tiempo y eternidad! ¡cómo os abrazaís sobre el cañón de esta pistola! ¡Oh llave pavorosa que cierras detrás de mí la cárcel de la vida, y abres ante mis pasos la mansión de la eterna libertad! ¡Dime! ¡Oh, dime! ¿A dónde me conducirás? ¿A qué tierra desconocida vas á llevarme? La humanidad no puede ménos de sucumbir ante este pensamiento. Sucumben los sentidos; y la fantasía, tratando de remedarlos, nos engaña presentando á nuestra abatida imaginacion los más horribles fantasmas. ¡No, no! un hombre no debe vacilar, como quiera que seas tú, ¡oh más allá desconocido! Con tal que mi *yo* me sea fiel, ¡sé como quieras! Las apariencias no son más que el color del espíritu. ¡Yo mismo soy mi cielo y mi infierno! (*Fija la vista en el horizonte.*) ¿Y si tan sólo me hubieras dejado una zona reducida á ceniza, que hubieras desterrado de tu vista, una zona cuyo único horizonte fuese la noche solitaria y el eterno desierto? Podría yo entónces poblar con mis ensueños el silencioso vacío, y tendría tiempo durante la eternidad para analizar el triste y confuso cuadro de las miserias humanas.....

¿Querrás tal vez á fuerza de renacimientos, y teniéndome incesantemente acosado por nuevos espectáculos de miseria, reducirme poco á poco á... la nada? ¿No podré acaso cortar el hilo de la existencia en el otro mundo tan fácilmente como en éste? Puedes reducirme á la nada..... pero esta libertad no me la puedes arrebatar. (*Empieza á cargar la pistola; de pronto se detiene.*) ¿Voy á morir por temor á una vida llena de tormentos? ¿Proporcionaré á la miseria la victoria sobre mí mismo? ¡No! ¡Prefiero sufrir. (*Arrojando al suelo la pistola.*) ¡Haré que el dolor se embote en mi orgullo! Iré hasta el fin! (*La noche se va volviendo cada vez más oscura; dan las doce.*)

ESCENA XVI.

HERMANN *se acerca; poco despues se oye la voz del anciano* CONDE DE MOOR *en la torre.*

HERMANN.

¡Calla! ¡Cómo grazna el mochuelo! ¡Las doce en la aldea inmediata! ¡Bien! ¡Bien! Todo duerme..... excepto los remordimientos y..... la venganza. (*Acércase á la torre y llama.*) ¡Sube, infeliz! ¡Pobre habitante de esta torre, aquí tienes tu comida!

MOOR. (*Retrocediendo espantado.*)

¿Qué es esto?

UNA VOZ. (*Dentro de la torre.*)

¿Quién llama? ¿Eres tú, Hermann, mi cuervo?

HERMANN.

¡Yo soy Hermann, tu cuervo! ¡Sube á la reja y come! El canto de tus compañeros infunde pavor. ¿Te gusta esto, abuelo? ¿Te sabe bien?

LA VOZ.

Tenía mucha hambre. ¡Gracias, Herman, gracias por el pan que me traes á este desierto. Dime, ¿cómo le va á mi querida sobrina?

HERMANN.

¡Silencio!... ¡Escucha!... ¡Ruido como de ronquidos!... ¿No oyes nada?

LA VOZ.

¡Cómo! ¿Tu oyes algo?

HERMANN.

El viento que silba por entre las grietas de la torre. ¡Música es ésta que le hace dar á uno diente con diente! ¡Calla! ¿Me parece que oigo otra vez roncar. ¡No estamos solos, abuelo! ¡Ay, ay, ay!

LA VOZ.

¿Ves algo?

HERMANN.

¡Adios, adios! La selva me da miedo

esta noche... ¡Bájate á tu nido! No anda
léjos tu salvador, tu vengador. (*Trata de
escaparse.*)

MOOR. (*Presentándose espantado.*)

¡Detente!

HERMANN. (*Parándose.*)

¿Quién va?

MOOR.

¡Alto! ¿Quién eres? ¿Qué vienes á ha-
cer aquí? ¡Habla!

HERMANN. (*Adelantándose.*)

¡De seguro es uno de sus espías! ¡Nada
temo ya! (*Desenvainando la espada.*) ¡De-
fiéndete, bribon! ¡Yo te diré cuantas son
cinco!

MOOR. (*Desarmándole de un sablazo.*)

¿Para qué hacer intervenir ese maldito
acero, cuando lo que te pido es una res-
puesta? Hablaste de venganza, y eso me
pertenece á mí.... en este mundo. ¿Quién
se atreverá á usurpar mis derechos?

HERMANN. (*Retrocediendo espantado.*)

¡Qué hombre! ¡Vive Dios! su contacto
enerva como la misma muerte.

LA VOZ. (*Desde la torre.*)

¡Ay, ay! ¿Hermann, eres tú quien ha-
bla? ¿Con quién hablas, Hermann?

MOOR.

¿Hay allí alguien? ¿Qué pasa aquí?
(*Corriendo hácia la torre.*) ¿Qué móns-

truo hay oculto en esta torre? ¡La espada me lo explicará!

HERMANN. (*Acercándose tembloroso.*)

¡Terrible forastero! ¿eres acaso el espíritu infernal de esta selva ó uno de los esbirros de la vengativa diosa, que viene por estos mundos á pasar revista de los nacimientos de media noche? ¡Oh, si eres tú, bien venido seas!

MOOR.

¡Acércate! Me llamo el ángel del exterminio; pero soy de carne y hueso como tú. ¿Es ese algun prisionero de quien los hombres han tratado de deshacerse? ¡Yo desataré sus cadenas! ¡Voz, responde! ¿Dónde está la puerta?

HERMANN.

Belcebú saltaria con más facilidad las puertas del cielo que tú éstas. ¡Retírate! El ingenio de los malvados puede más que los esfuerzos del hombre. (*Da con la espada en la torre.*)

MOOR.

Pero no más que el ingenio de los ladrones. (*Sacando unas ganzúas.*) ¡Gracias, Dios mio, por haberme puesto á la cabeza de estos facinerosos! Estas llaves burlarán la prevision del infierno. (*Abre la puerta y un anciano demacrado como un*

esqueleto, sale de la torre. Moor retrocede horrorizado.) ¡Espantosa vision! ¡Mi padre!

ESCENA XVII.

EL CONDE DE MOOR.—DICHOS.

EL CONDE.

¡Gracias, Dios mio! ¡Sonó la hora de mi libertad!

MOOR.

¿Quién ha turbado la tranquilidad de tu sepulcro, sombra del anciano conde? ¿Has llevado contigo al otro mundo alguna culpa que te impida la entrada en el paraíso? Rezaré, haré decir misas para que tu errante espíritu vuelva á su patria. ¿Has enterrado tal vez el oro de las viudas y los huérfanos debajo de tierra, y te martiriza esto á tan altas horas de la noche? Arrancaré esos tesoros de las garras de esos fantásticos dragones, aun cuando echen llamaradas de fuego por la boca, y me enseñen sus agudos dientes. ¿Vendrás tal vez á descorrer á mis ojos el velo de la eternidad, respondiendo de este modo á mis ansiosas preguntas? ¡Habla, habla! ¡Nada temo!

EL CONDE.

¡No soy una sombra, no! ¡Pálpame!

Vivo, si puede llamarse así arrastrar esta miserable existencia.

MOOR.

¡Cómo! ¿no te han enterrado?

EL CONDE.

¡Sí, me han enterrado! Yace un perro muerto en la tumba de mis abuelos, y yo..... hace tres lunas que me consumo en esta lóbrega torre, donde no penetra ni un rayo de luz que pueda calentar mis entumecidos miembros, donde no se oye más voz que la del mochuelo y el graznido del cuervo.

MOOR.

Santo cielo! ¿Quién será causa.....

HERMANN. (*Con feroz alegría.*)

¡Un hijo!

EL CONDE.

¡No le maldigas!

MOOR. (*Precipitándose sobre Hermann ciego de cólera.*)

¡Infame embustero! ¡lengua de víbora! ¿Un hijo? Repite la palabra hijo, y te arranco esa lengua sacrilega. ¿Un hijo?

HERMANN.

Aunque el infierno estuviera de por medio, te lo diría: ¡su hijo!

MOOR. (*Con la mirada fija como una estatua.*)

¡Oh caos eterno!

EL CONDE.

Si eres hombre y tienes un corazón humano, tú que eres mi salvador y á quien no conozco, escucha las tristes quejas de un padre á quien sus hijos han puesto en este estado..... Tres lunas hace que me lamento ante estas sordas paredes de granito sin obtener más respuesta que mis propios gemidos repetidos por el eco. ¡Ah! ¡Si tienes un corazón humano!....

MOOR. (*Interrumpiéndole.*)

Esta súplica sería capaz de conmover á un tigre.....

EL CONDE.

Estaba aún en el lecho del dolor, y apenas habia recobrado, despues de una larga y penosa enfermedad, algunas fuerzas, cuando me presentaron un hombre que me anunció la muerte en una batalla de mi hijo primogénito, añadiendo que yo era la causa de su muerte y de su desesperacion.

HEERMANN.

Todo esto era una mentira, una impostura. Aquel malvado era yo mismo; me habian comprado con oro y promesas para impedir vuestras pesquisas y daros el golpe de gracia con tan infausta nueva.

EL CONDE.

¿Tú, tú? ¡Cielos! ¿De modo que todo

aquello era una farsa y me habeis engañado?

MOOR. (*Apartándose fuera de sí.*)

¿Oyes, Moor? ¿Lo oyes? Empiezo á comprender. ¡Qué horror, qué horror!

HERMANN.

Aplastadme como un inmundo reptil. ¡Yo fui su cómplice! Intercepté las cartas de vuestro Carlos, falsifiqué las vuestras mandándole otras llenas de crueldad y de infamias. De este modo os engañaron, de este modo consiguieron arrancarle de vuestro corazon y de vuestro testamento.

MOOR. (*Presa de una horrible agitacion.*)

¡Y por esto bandido y asesino! (*Dándose en la frente y en el pecho.*) ¡Ah! ¡Loco de mí! ¡Insensato! ¡Qué infame ardid! ¡Ser por esto incendiario y asesino! (*Yendo de arriba abajo medio loco de ira.*)

EL CONDE. (*Apaciguándose.*)

¡Ah, Francisco, Francisco! ¡Pero no, no quiero maldecirle! ¡Y yo nada vi, nada noté! ¡Mal haya el padre ciego y demasiado indulgente!

MOOR. (*Parándose de pronto.*)

¡Y mi padre aquí en la torre! (*Con reconcentrado dolor.*) ¡Miserable de mí! ¡No tengo derecho de irritarme! (*Al Conde con fingida calma.*) Continudad, continuad vuestro relato.

EL CONDE.

Al oír la noticia me desmayé, y sin duda me creyeron muerto, pues cuando volví en mí, me encontré envuelto en un sudario y encerrado en un ataúd, como un cadáver. Arañé con las uñas la tapa de la caja, y la abrieron. Era de noche; mi hijo Francisco estaba de pié delante de mí. ¡Cómo! exclamó con pavoroso acento, ¿vas á vivir eternamente? y la tapa de la caja se cerró con ruido. El trueno de sus palabras me hizo caer sin sentido, y al volver en mí, sentí que levantaban el féretro y lo colocaban en un carruaje. Anduvo el coche una media hora. Lo abrieron y me encontré á la entrada de esta bóveda en presencia de mi hijo y del mismo hombre que me mostró la espada ensangrentada de Carlos. Diez veces le abracé las rodillas, rogándole y suplicándole... ¡nada! Las súplicas de su padre no le llegaron al corazón. ¡Bajad á ese vejestorio y metedlo ahí dentro! exclamó con voz de trueno, ¡bastante ha vivido ya! Me metieron aquí, y mi hijo cerró detras de mí la puerta.

MOOR.

¡No, no es posible! De seguro os habeis equivocado!

EL CONDE.

Tal vez me haya equivocado. Oye lo de-

mas, pero sin irritarte. Pasé en este estado veint' horas sin que nadie se acordase de mi afliccion. Jamás hombre alguno se ha atrevido á fijar sus plantas en este desierto, pues es fama que los manes de mis abuelos se reunen aquí á media noche para entonar sus cantos fúnebres, arrastrando con estrépito pesadas cadenas. Al fin oí que se abría la puerta: este hombre me trajo pan y agua, anunciándome que me habian condenado á morir de hambre, y tenía en riesgo su vida si llegaba á saberse que me daba de comer. Pasé miserablemente todo este tiempo; el frio glacial, el aire corrompido por mis inmundicias..... el pesar sin limites que experimentaba, hicieron que mis fuerzas comenzasen á flaquear. Mi cuerpo se consumia lentamente: mil veces pedí á Dios la muerte con lágrimas en los ojos. Sin duda mi castigo no ha sido bastante grande..... tal vez me espere alguna alegría..... inesperada..... tan maravillosamente he conservado la vida. Pero todo lo que sufro lo tengo merecido..... ¡Mi pobre César!.... ¡Ah! ¡aun no tenía canas!

MOOR.

¡Basta! ¡Arriba, perezosos, dormilones!
 ¡Cómo duermen! ¡Arriba, arriba! ¡Ni uno solo se despertará? (Tira un pistoletazo por encima de los bandidos dormidos.)

ESCENA XVIII.

LOS BANDIDOS. (*Despertándose azorados.*)
— Dichos.

LOS BANDIDOS. (*Acercándose precipitadamente.*)

¡Hola, hola! ¿Qué pasa?

MOOR.

¡Cómo! ¿No habéis salido de vuestro letargo al oír esta historia? El sueño eterno se hubiera despertado. ¡Mirad, mirad! Las leyes del mundo no son ya más que un juguete; los vínculos de la naturaleza se han roto; la antigua discordia anda suelta por el mundo: ¡el hijo ha asesinado á su padre!

LOS BANDIDOS.

¿Qué dice el capitán?

MOOR.

¡No, no asesinado! La palabra no hace más que disimular su crueldad. El hijo ha torturado mil veces á su padre, le ha azotado, martirizado, empelado, desollado vivo. Las palabras son demasiado humanas; lo que haría sonrojar al crimen mismo y estremecer al canibal; lo que desde la eternidad no ha intentado ningun demonio, esto lo ha hecho un hijo con su padre. ¡Oh, mirad, mirad! se ha desmayado,.... En esta torre ha metido un hijo á su padre,.... ¡el frío!.... ¡el hambre!....

¡la sed!.... nada ha perdonado para martirizarle..... ¡Oh, mirad, mirad! ¡Es mi mismo padre, os lo confieso!

LOS BANDIDOS. (*Acercándose y rodeando al anciano.*)

¿Tu padre? ¿Es tu padre?

SCHWEIZER. (*Aproximándose respetuosamente, y arrodillándose delante del anciano.*)

¡Padre de mi capitán, estoy á tus plantas! ¡Dispon de este brazo y de este puñal!

MOOR.

¡Venganza, venganza! ¡Venganza para tí, noble anciano, tan cruelmente insultado y profanado! ¡De este modo rompo para siempre los vínculos fraternales. (*Desgarrando sus vestidos de arriba abajo.*) Así maldigo á la faz del cielo hasta la última gota de sangre fraternal. ¡Oyeme, oh luna! ¡Oidme vosotras, estrellas! ¡Oidme, cielos, vosotros que presenciáis esta infamia! ¡Oyeme tú, Dios terrible; tú que reinas allí arriba en los ámbitos celestes; tú que vengas y condenas desde más allá de los astros, tú que lanzas llamas de fuego sobre la noche sombría! ¡Oyeme! Me arrodillo aquí y levantando los tres dedos en el pavoroso silencio de la noche, juro..... (*arrójeme la naturaleza de su seno como á una bestia dañina, si quebranto mi juramento*) juro no volver á saludar la luz

del día, hasta que la sangre del parricida derramada sobre estas peñas, se eleve en siniestro vapor al cielo. (*Levántase.*)

LOS BANDIDOS.

Es un rasgo digno de Belial. ¡Y luego dirán que somos unos pillos! ¡No, voto al chápuro, no! cosa como ésta no la hemos hecho nunca!

MOOR.

¡Sí, y por todos los angustiosos suspiros de los que han perecido á vuestras manos, de los que han sido devorados por mis llamas, y aplastados por alguna torre precipitada por mi mano, os conjuro á que no abrigueis en vuestro pecho un solo pensamiento de muerte ó de robo, ántes de haber empapado vuestros vestidos en la sangre de ese infame. ¿No se os ha ocurrido nunca que sois el brazo de la Divina Majestad? Ved aquí claro vuestro destino. Una fuerza invisible ha ennoblecido hoy nuestro oficio. ¡Adorad al que os ha concedido esta noble suerte, al que os ha conducido aquí, al que os ha creído dignos de ser los terribles ángeles de su impenetrable justicia! ¡Descubrid vuestras cabezas! Arrodi-llaos en el polvo y levantaos santificados. (*Los bandidos se arrodillan.*)

SCHWEIZER.

¡Mandad, capitan! ¿Qué hay que hacer?

MOOR.

¡Levántate Schweizer, y toca estos sagrados rizos! (*Condúcele á donde está su padre y le pone en la mano uno de sus rizos.*)
¿Te acuerdas del día en que me salvaste la vida, partiendo la cabeza de aquel caballero bohemio que tenía alzado el sable sobre mí, cuando caía yo de rodillas sin aliento y agotadas las fuerzas por la fatiga? Entónces te prometí una recompensa régia; y hasta ahora no he podido pagarte la deuda.

SCHWEIZER.

Me lo juraste, en efecto; pero ¡ojalá me la debieras eternamente!

MOOR.

¡No! voy á pagarte. ¡Schweizer, á ningún mortal le cupo la honra que vas á tener tú! Venga á mi padre.

SCHWEIZER. (*Levantándose.*)

¡Gran capitán! por primera vez me has hecho orgulloso. ¡Mándame! ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo le mato?

MOOR.

Es cuestion de minutos; es preciso que vayas allí con prontitud. Escoge á los más á propósito de la banda y véte con ellos derecho al castillo del Conde. ¡Arrástrale fuera de la cama si duerme ó si está en los brazos de la voluptuosidad; hazle levantar de la mesa si se ha embriagado; arráncale del

crucifijo si está orando hincada la rodilla, pero, tenlo presente, guárdate de entregármelo muerto; al que tenga la desgracia de hacerle un rasguño ó de tocarle en uno solo de sus cabellos, le hago trizas y le hago servir de pasto á los buitres hambrientos. Has de entregármelo intacto, y si lo consigues y me lo traes vivo, te regalo un millon, aunque tenga que robárselo á un rey á riesgo de mi vida; tú quedarás además libre como el aire mismo. ¿Me has comprendido? ¡Auda, date prisa!

SCHWEIZER.

¡Basta, capitán! Allá van esos cinco en prueba de lo que te ofrezco. ¡O volvemos dos ó ninguno! ¡Ángeles exterminadores de Schweizer, venid conmigo! (*Vase con una gran parte de los bandidos y Hermann.*)

MOOR. (*A los restantes.*)

¡Vosotros, dispersaos por el bosque! Yo me quedo aquí.

ACTO QUINTO.

La escena representa varias habitaciones del castillo de Moor.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO, *en traje de mañana, sale precipitadamente: poco despues, DANIEL.*

FRANCISCO.

¡Vendido! ¡Me han vendido! Las tumbas despiden fantasmas. El reino de la muerte, despertándose del sueño eterno, ruge contra mí, diciendo: ¡Asesino, asesino! ¿Quién se mueve ahí?

DANIEL. (*Con angustioso acento.*)

¡Válgame el cielo! ¿Sois vos, monseñor? ¿Quién grita de un modo tan bárbaro que todos los que duermen se despiertan sobresaltados?

FRANCISCO.

¡Los que duermen! ¿Quién os ha mandado dormir? ¡Nadie debe dormir en este momento! ¿Lo oyes? Tedo el mundo debe estar despierto... con armas... todos los fusiles cargados.... ¿Los has visto agitar-se allí entre los arcos?

DANIEL.

¿A quién, señor?

FRANCISCO.

¿A quién? ¡Estúpido! ¿A quién? ¿Con esa frescura me preguntas *á quién?* ¡Y á mí me ha dado un vértigo al verlos! ¿A quién? ¡gran burro! ¿á quién? ¡Fantasmas y demonios! ¿Qué hora es?

DANIEL.

El sereno acaba de cantar las dos.

FRANCISCO.

¿Cómo? ¿Va á durar la noche hasta el día del juicio final? ¿No has oído un tumulto en los alrededores del castillo, gritos de victoria, galopar de caballos..... ¿Donde está Carlos, digo, el Conde?

DANIEL.

No sé, Monseñor.

FRANCISCO.

¡Qué no sabes! ¿Tambien eres tú de la partida? Con tu maldito *no sé*, vas á hacer que te saque el alma. ¿Hasta estos pecheiros se han de conjurar contra mí? El cielo, el infierno ¿todo se conjura contra mí?

DANIEL.

¡Señor!

FRANCISCO.

¡No, no tiemblo! ¡Era sólo un sueño! Los muertos no se levantan. ¿Quién dice que tiemblo y estoy pálido, cuando me siento tan bien, tan tranquilo?

DANIEL.

Estais pálido como la muerte, balbuceais, y vuestra voz indica el miedo, el terror que os domina.

FRANCISCO.

Tengo calentura; mañana iré á que me sangren.

DANIEL.

¡Oh! estais gravemente enfermo.

FRANCISCO.

Sí, justamente. Ahí está la causa de todo. Las enfermedades trastornan el cerebro y engendran sueños fantásticos é insensatos. Además los sueños nada significan. ¿No es verdad, Daniel? Los sueños proceden del vientre y no significan nada. ¡Hace poco tiempo tuve uno bastante chistoso! (*Cae al suelo desmayado.*)

DANIEL.

¡Dios mio! ¿Qué es esto? ¡Jorge! ¡Conrado! ¡Martin! ¡Sebastian! ¡Dad al ménos señales de vida! (*Sacudiéndole.*) ¡Van á creer que le he muerto! ¡Dios me ampare!

FRANCISCO. (*Sin volver en sí del todo.*)

¡Véte, véte! ¿Por qué me sacudes así, horrible esqueleto? Los muertos no resucitan aún....

DANIEL.

¡Santo Dios! ¡Se ha vuelto loco!

FRANCISCO. (*Levantándose, aunque apenas puede tenerse en pié.*)

¿Dónde estoy? ¿Tú aquí, Daniel? ¿Qué he dicho? ¡No me hagas caso; sea lo que quiera, he dicho una mentira! ¡Ayúdame! Es sólo un mareo lo que me ha dado..... sin duda porque no he dormido bastante.

DANIEL.

¡Voy á pedir socorro, á llamar á un médico!

FRANCISCO.

¡Quédate! Siéntate á mi lado en este sofá..... así..... eres un bendito..... Escucha ahora lo que te voy á contar.

DANIEL.

¡Ahora no; otro día! Voy á llevaros á la cama, valdrá más que durmais un poco.

FRANCISCO.

¡No, te lo suplico! Escucha lo que voy á referirte, y ríete de mí si quieres! Mira, soñaba que habia dado una comida régia, y tenia el corazon alegre como unas pascuas; estaba echado sobre el césped de mi jardin, ebrio de gozo, cuando de repente... de repente..... pero te lo vuelvo á repetir; ¡búrlate de mí sin reparo!

DANIEL.

De repente.....

FRANCISCO.

De repente perciben mis oídos, medio embotados por el sueño, un espantoso trueno. Me levanto temblando y ¡figúrate lo que veo! ¡Todo el horizonte estaba ardiendo, y las montañas, las ciudades, los bosques, todo se derretía como la cera sobre una estufa; una espantosa borrasca barria el mar, el cielo, la tierra.....

DANIEL.

Este es el cuadro del juicio final.

FRANCISCO.

¿No es verdad? ¡Qué locura! En esto se presentó uno que tenía en la mano una balanza de bronce, suspendida entre el Oriente y el Occidente y dijo: ¡Acercaos hijos del polvo! ¡Yo peso los pensamientos!

DANIEL.

¡Dios me ampare!

FRANCISCO.

Todos estaban pálidos como la nieve; todos los pechos esperaban con angustiosa inquietud. Entónces me pareció que mi nombre era el primero que salía de la tormenta de la montaña. La sangre se me heló en las venas; los dientes me rechinaron de miedo.

DANIEL.

¡Oh! ¡Dios os perdone!

FRANCISCO.

¡No, no me perdonó! ¡Oye, oye! De repente se presentó un anciano, agobiado bajo el peso del dolor, con los codos medio roídos: ¡tan horrorosa había sido su hambre! Todas las miradas se apartaron de aquel infeliz: ¡tan triste era su aspecto! Yo, sin embargo, le reconocí; cortó uno de los rizos de su plateada cabellera y lo arrojó en la balanza... Entónces oí una voz que salía de los vapores de la roca. ¡Perdon, decia, perdon para todos los pecadores de la tierra y del abismo, perdon para todos ménos para tí! (*Pausa larga y profunda.*) ¿Por qué no te ries?

DANIEL.

¿Cómo quereis que me ria, cuando estoy horrorizado de oiros? ¡Los sueños nos vienen de Dios!

FRANCISCO.

¡Vaya, vaya! No digas eso. Llámame loco, estúpido. ¡Anda, Daniel, te lo suplico, riete de mí!

DANIEL.

El Señor es quien nos envía los sueños. ¡Voy á orar por vos! (*Vase.*)

FRANCISCO. (*Solo.*)

¡Qué miserable temor el de la plebe!
¡Triste ciencia la del hombre! ¡No saber

si el pasado ha pasado para siempre, ó si encuentra una mirada allí arriba, más allá de las estrellas. ¡Ay! ¿Quién me ha inspirado esta idea? ¿Hay un sér vengador allí arriba? ¡No, no...! ¡Sí, si...! me responde un pavoroso murmullo. ¿Hay un juez supremo allí arriba...? ¡Tener que comparecer, tal vez esta misma noche, ante ese juez supremo!... ¡No; no, te digo! ¡No es más que un miserable escondite en que trata de ocultarse tu cobardía!... ¡Allí arriba no hay más que la soledad, el desierto, la nada...! Pero ¿y si hubiese algo más? ¡No, no; no es posible! ¡Lo quiero yo, es imposible! Pero ¿y si á pesar de todo hubiese algo más? ¿Si se tuvieran en cuenta las acciones de esta vida? ¿Si esta misma noche tuviese que dar cuenta de ellas? ¿Por qué siento este estremecimiento de horror? ¡La muerte!... ¿Por qué esta palabra hiela la sangre en mis venas? ¡Dar cuenta de mis actos á ese juez supremo! ¿Y si es justo?... ¿Y si es justo?

ESCENA II.

FRANCISCO, UN CRIADO *sale precipitadamente.*

EL CRIADO.

Amalia ha huido, el Conde ha desaparecido repentinamente.

ESCENA III.

DANIEL, *saliendo consternado.*—DICHOS.

DANIEL.

¡Señor, señor! Una turba de jinetes veloces como el viento se acerca por el sendero gritando: ¡Muera, muera! Toda la aldea está alarmada.

FRANCISCO.

¡Corre! Vé á que echen todas las campanas á vuelo, que todo el mundo vaya á la iglesia y se ponga de rodillas, que recen por mí... ¡Todos los presos estarán mañana libres; yo restituiré á los pobres el doble, el triple... yo... anda, corre!... ¡Llama al confesor para que me perdone todas mis culpas!... ¿Aun no te has ido? (*Crece el tumulto.*)

DANIEL.

¡Pobre de mí! ¡Lléveme el diablo si entiendo una palabra! ¿Con que ántes no queriais ni oír hablar de rezos, y ahora?...

FRANCISCO.

¡Basta! ¡Ni una palabra más! ¡La muerte! ¿Comprendes? ¡La muerte...! Pronto será ya tarde. (*Oyese á Schweizer echando pestes.*) ¡Reza! ¡Anda, reza!

DANIEL.

Bien os lo decia siempre.... vos despreciabais la oracion...; pero andaos con

tiento. Cuando sintais que os devora el pesar, cuando veais que os llega el agua al cuello...

SCHWEIZER. (*Desde la calle.*)

¡Al asalto! ¡No dejes uno vivo! ¡Adentro, muchachos! Veo una luz, allí debe de estar.

FRANCISCO. (*De rodillas.*)

¡Oídme, Dios mio! Es la primera vez...
¡Oíd mis súplicas, Dios poderoso!

SCHWEIZER. (*Siempre desde la calle.*)

Recházalos á sablazos... Es el demonio el que viene á buscar á vuestro amo. ¿Dónde está Schwartz con su tropa? Colócate con tu gente alrededor del castillo, Grimm....
¡¡ Al asalto, muchachos!!

GRIMM.

Id á buscar teas encendidas. O subimos nosotros ó baja él... ¡Voy á pegar fuego al castillo!

FRANCISCO. (*Rezando.*)

¡Dios mio! Yo no he sido un asesino vulgar.... ¡No me he parado nunca en pequñeces, Dios mio!

DANIEL.

¡Dios nos valga! Hasta sus oraciones son pecados. (*Los cristales caen á pedazos; llénase la habitación de piedras y teas encendidas; el castillo empieza á arder.*)

FRANCISCO.

¡No puedo rezar! ¡Qué seco está mi pecho! ¡Qué árida mi pobre frente! (*Levantándose*). No, tampoco rezaré.

DANIEL.

¡Jesus María! ¡Socorro! ¡Ayudadnos, el castillo está ardiendo!

FRANCISCO.

¡Toma esta espada! Atraviésame con ella, no sea que vengan esos bribones y les sirva de juguete. (*Crece el fuego.*)

DANIEL.

¡Dios me libre! No quiero mandar á nadie al cielo ántes de tiempo, y mucho menos al... (*Vase corriendo.*)

ESCENA IV.

FRANCISCO. (*Sólo, siguiéndole con la vista y lanzándole una mirada horrible; despues de una pausa.*)

Al infierno, querias decir, ¿no es verdad? Algo por el estilo debe de suceder. ¿Son estos vuestros cantos de gozo? ¿Es vuestro silbido estridente lo que oigo? ¡Serpientes del averno! ¡Ya suben... fuerzan las puertas! ¿Por qué vacilo ante la punta de esta espada?... Ya cruje la puer-

ta... Ya estalla... ¡No hay salvacion posible!
(*Salta entre las llamas, los bandidos que entran en este momento le persiguen.*)

La misma decoracion que en la última escena del cuarto acto. — Los bandidos se hallan esparcidos por el bosque.

ESCENA V.

El anciano CONDE DE MOOR está sentado en una piedra; enfrente de él, MOOR.

MOOR.

¿Y le queriais mucho al otro hijo?

EL CONDE.

¡Bien lo sabe el cielo! ¿Por qué me dejé engañar por un hijo malvado? ¡Era yo, rodeado de mis hijos llenos de salud y de esperanza, el más feliz de los padres! Pero ¡ay!... ¡qué hora tan infausta aquélla, en que se deslizó el demonio en el corazón de mi otro hijo! Me fié de la víbora y los perdí á los dos. (*Ocultándose el rostro entre las manos. Moor se aleja de su padre.*) ¡Ah! ¡Cuán profundamente siento las palabras que Amalia me dijo! El espíritu de la venganza hablaba por su boca: «En vano extenderás tus moribundos brazos hacia un hijo; en vano creerás en tu delirio que estrechas la ardiente mano de tu

«Carlos; nunca estará éste al lado de tu lecho... (*Moor le tiende la mano con la cara vuelta.*) ¡Ojalá fuese esta la mano de mi Carlos! Pero no, él yace muy lejos en su estrecha morada. Duérme el pesado sueño de la eternidad, y no oye la voz de mi dolor. ¡Pobre de mí! ¡Morir en los brazos de un extraño... sin un hijo... sin un hijo que me cierre los ojos!...

MOOR. (*Con muestras de una profunda agitacion.*)

Llegó el momento.... Es preciso. (*A los bandidos.*) ¡Dejadnos solos! Mas ¿puedo yo por ventura devolverle su hijo? ¡No, no lo haré!

EL CONDE.

¿Cómo, amigo mio? ¿Qué decís, que no os oigo?

MOOR.

Tu hijo... sí, anciano venerable... (*Tartamudeando.*) tu hijo... está... perdido para siempre.

EL CONDE.

¿Para siempre?

MOOR. (*Mirando al cielo, con el corazon horriblemente oprimido.*)

¡Oh! ¡Tan sólo esta vez! ¡Dame fuerzas!
¡No permitas que desfallezca mi alma!

EL CONDE.

¿Para siempre, dijiste?

MOOR.

¡Oh, no me hagas más preguntas! ¡Para siempre, te dije!

EL CONDE.

¡Jóven, jóven! ¿Por qué me sacaste de la torre?

MOOR.

¡Pero calla! ¿Y si le arrebatára la bendición?... ¿Y si se la robase como un ladrón y me escapase con tan celeste presa? (*Arrodillándose delante de su padre.*) Yo rompí las rejas de tu prision... ¡Abrazame, anciano divino!

EL CONDE. (*Estrechándole contra su corazón.*)

¡Hazte la ilusion de que es tu padre quien te abraza; yo tambien quiero figurarme que estrecho á Carlos entre mis brazos! ¿Sabes tambien lo que es llorar?

MOOR. (*Extremadamente conmovido.*)

He creido que era un abrazo de un padre. (*Rodeando cariñosamente el cuello del Conde. Pausa. De repente Moor se levanta precipitadamente.*) ¡Calla! ¡Ya vienen! ¡La venganza clama! (*Lanzando una dolorosa mirada al anciano y levantando despues los ojos al cielo con terrible ademán.*) ¡Animame de un furor de hiena, paciente cordero! ¡Voy á sacrificarte una víctima tal, que las estrellas que nos miran palidezcan, y la naturaleza se estremezca espantada! (*E*

resplandor de las antorchas se hace cada vez más visible; el ruido aumenta, oyense varios pistoletazos.)

EL CONDE.

¡Ay de mí! ¿Quién hace ese espantoso ruido? ¿Son tal vez los secuaces de mi hijo, que vienen á sacarme de la torre para llevarme al patíbulo?

MOOR. *(Al otro lado, plegando las manos con fervor.)*

¡Oye la plegaria de un asesino, juez del cielo! ¡Hazle inmortal! ¡No me le arrebatas al primer golpe! ¡Haz que su corazon se reanime á cada puñalada, que cada cuchillada le dé más vida.

EL CONDE.

¡Ay de mí! ¿Qué murmuras ahí, jóven? ¡Qué horror, qué horror!

MOOR.

¡Estoy orando! *(Oyese la estrepitosa música de los bandidos, que se acercan.)*

EL CONDE.

¡Oh! Acuérdate tambien de Francisco en tus oraciones.

MOOR. *(Con reconcentrado furor.)*

¡No le olvido!

EL CONDE.

¿Pero es ese el tono del que reza? ¡Basta, basta...! ¡Tu piedad me horroriza!

ESCENA VI.

SCHWEIZER *delante*, LOS BANDIDOS *detrás, en medio de ellos* FRANCISCO *con esposas en las manos*. — DICHOS.

SCHWEIZER.

¡Victoria, capitán! ¡Aquí está el bribón! ¡He cumplido mi palabra!

GRIEM.

Le hemos arrancado de entre las llamas de su palacio...; todos sus vasallos han huido.

KOSINSKY.

Su castillo ha quedado reducido á cenizas... todo se ha hundido: ¡Hasta el recuerdo de su nombre! (*Larga, é imponente pausa; Moor se adelanta con paso grave y solemne.*)

MOOR. (*A su hermano, con voz sorda y pausada.*)

¿Me conoces?

(*Francisco permanece con la mirada clavada en el suelo sin responder. Moor, como ántes, conduciéndole donde está su padre.*)

Y á éste, ¿le conoces?

FRANCISCO. (*Retrocediendo como herido del rayo.*)

¡Cielos! ¡Mi padre!

EL CONDE. (*Aparta la vista temblando.*)

¡Véte!... ¡Dios te perdone!... Yo olvidaré...

MOOR. (*Con acento severo y terrible.*)

¡Ojalá todo el peso de mi maldición cuelgue de esa súplica y le corte el vuelo que intentaba emprender hácia el Dios de la misericordia! ¿Conoces esta torre?

FRANCISCO. (*A Hermann furioso.*)

¿Cómo? ¡Gran monstruo! ¿El odio que profesas á mi familia ha perseguido á mi padre hasta esta torre?

HERMANN.

¡Bravo, magnífico! Ni el demonio es tan infame como tú para abandonar á sus vasallos en la última mentira.

MOOR.

Basta. ¡Llevaos á este anciano léjos de aquí! Para lo que voy á hacer ahora, no tengo necesidad de las lágrimas de un padre. (*Llévanse fuera de la escena al Conde, que está casi sin sentido.*) ¡Acercaos, muchachos! (*Forman éstos medio círculo en derredor de los dos hermanos, y se apoyan en sus fusiles con ademan sombrío.*) ¡Ahora ni una palabra! Al primero que despegue los labios ántes que se lo mande, le salto la tupa de los sesos. ¡Silencio!

FRANCISCO. (*A Hermann, ciego de cólera.*)

¡Ah, bribon! ¡Que no pudiera yo escupirte á la cara todo el veneno que tengo en mi alma!... ¡Esto es cruel! (*Mordiéndolo de rabia sus cadenas.*)

MOOR. (*Con majestuoso ademán.*)

¡Soy aquí un enviado plenipotenciario del juicio final!... Voy á dar un fallo que no podría dar ningun hombre puro. Culpables forman este tribunal.... y yo, el más culpable de todos, lo voy á presidir. El que al lado de este miserable no se sienta puro como un ángel, que se retire haciendo trizas su puñal! ¡A ver! (*Los bandidos arrojan al suelo sus puñales enteros.*) ¡Puedes estar ufano! Has convertido en ángeles á estos facinerosos... Echais ménos un puñal, ¿no es verdad? (*Saca el suyo; pausa.*) ¡Su madre lo era también mía! (*A Rossinsky y á Schweizer.*) ¡Juzgad vosotros! (*Hace pedazos su puñal y se retira profundamente conmovido.*)

SCHWEIZER. (*Después de una pausa.*)

¡Pues no estoy aquí como un colegial atormentando mi cerebro por encontrar algo nuevo! ¡Tan rica de goces como es la vida y tan pobre de tormentos la muerte! (*Dando una patada en el suelo.*) Habla tú. Yo no puedo.

KOSINSKY.

Piensa en ese venerable anciano. Inspírate tendiendo la vista hácia ese lóbrego calabozo. Yo no soy más que un pobre aprendiz. ¡Avergüénzate tú, maestro!

SCHWEIZER.

Yo que he encanecido viendo escenas de dolor, ¿he de pordiosear una para este bribon? ¿No ha sido esta torre testigo de todos sus crímenes? ¿No le estamos juzgando á su puerta? ¡Pues adentro con él! ¡Que se pudrá vivo en ella!

LOS BANDIDOS. (*Con ruidosas muestras de aprobacion.*)

¡Adentro, adentro con él! (*Arrójanse sobre Francisco.*)

FRANCISCO. (*Precipitándose en los brazos de su hermano.*)

¡Sálvame de las garras de estos asesinos! ¡Sálvame, hermano mio!

MOOR. (*Con grave y solemne acento.*)

¡Soy su jefe por tu culpa! (*Francisco retrocede espantado.*) ¿Te atreves aún á suplicarme?

LOS BANDIDOS. (*Con más estrépito que ántes.*)

¡Adentro con él! ¡Adentro!

MOOR. (*Acercándose á él, con noble y doloroso ademan.*)

¡Hijo de mi padre! me has robado la

dicha, el cielo. ¡Dios te perdone ese crimen! ¡Hijo infame, ve al infierno! ¡Hermano, te perdono! (*Dale un abrazo y vase precipitadamente; los bandidos se llevan á Francisco y le meten en la torre riéndose de él á carcajadas.*)

MOOR. (*Vuelve pensativo.*)

¡Ya está consumado todo! ¡Gracias, Dios omnipotente!... ¡Ya está consumado todo! (*Quedándose meditando un momento.*) ¿Y si esta torre fuese el término á que te proponias conducirme por tan sangriento sendero? Y si sólo para esto hubiera yo sido el jefe de estos malvados?... ¡Oh eterna Providencia.... me estremezco.... y te adoro! ¡Bien! En tí confío, y descanso al llegar al término. ¡Es tan hermoso ver á un vencedor que parece el día de su más hermosa victoria! Quiero apagarme esta tarde con sus últimos arreboles. ¡Decidle á mi padre que venga! (*Vanse algunos bandidos á buscar al anciano.*)

EL CONDE.

¿Adónde me llevais? ¿Dónde está mi hijo?

MOOR. (*Saliéndole al encuentro tranquila y dignamente.*)

Desde el planeta hasta el más pequeño grano de tierra, todo tiene su puesto en la creacion; tu hijo tiene tambien el suyo. Tranquilízate y siéntate.

EL CONDE. (*Prorumpiendo en lágrimas.*)
¡Ya no tengo hijos!

MOOR.

¡Siéntate y ten calma!

EL CONDE.

¡Ah! ¡Qué monstruos tan caritativos!
¡Sacan de la prision á un pobre viejo moribundo para saludarle diciendo: han degollado á tus hijos! ¡Ah! ¡Os lo suplico, terminad vuestra obra volviéndome á encerrar en mi lóbrego calabozo!

MOOR. (*Cogiéndole la mano y levantándola al cielo con efusión.*)

¡No blasfemes, anciano! ¡No ofendas blasfemando al Dios ante que me prosterno gozoso! Peores que tú le han visto hoy cara á cara.

EL CONDE.

¿Y han aprendido á degollar?

MOOR. (*Con irritado acento.*)

¡Anciano, no vuelvas á repetir esa palabra! (*Con voz dulce y llena de tristeza.*) Si la divinidad misma acoge al pecador, podrán los santos rechazarlo? ¿Adónde encontrarías palabras con que pedirle perdón, si él..... te hubiese bautizado hoy á un hijo?

EL CONDE. (*Con amargura.*)

¿Cómo? ¿Se bautiza ahora con sangre?

MOOR. (*Sorprendido.*)

¡Qué dices! ¿Dice también la verdad la

desesperacion? Sí, anciano, la Providencia puede tambien bautizar con sangre..... Con sangre ha bautizado hoy... Los medios que emplea son terribles, pero ¿qué importa, si al fin producen lágrimas de ventura?

EL CONDE.

¿Y dónde verteré esas lágrimas?

MOOR. (*Arrojándose en sus brazos.*)

¡Estrechando á Cárlos contra tu corazón!

EL CONDE. (*Loco de alegría.*)

¿Vive Cárlos?

MOOR.

¡Tu Cárlos vive, sí! ¡Para salvarte, para vengarte! (*Señalando á la torre.*) Así te recompensó tu hijo predilecto. (*Estrechándole más contra su pecho.*) ¡Así se venga el hijo pródigo!

ALGUNOS BANDIDOS.

¡Se oyen voces! ¡Hay gente en la selva!

MOOR. (*Separándose bruscamente de su padre.*)

¡Llamad á los demás! (*Vanse los bandidos; Moor hablando consigo mismo.*) ¡Ya es hora, corazón mio, de separar de tus labios esta copa voluptuosa, no sea que te envenene!

EL CONDE.

¿Son amigos tuyos estos hombres? ¡Casi me horroriza mirarlos!

MOOR.

¡Padre mio, preguntadme todo lo que queráis, no esto!

ESCENA VII.

AMALIA (*Con los cabellos sueltos.*), LOS BANDIDOS *la siguen y se reúnen en el fondo de la escena.* — DICHOS.

AMALIA.

Dicen que los muertos se han levantado al oír su voz..... que mi tío vive..... que ha salido de esta torre..... ¡Cárlos! ¡Tío! ¿Donde estais?

MOOR. (*Retrocediendo lleno de espanto.*)

¿Quién trae esta imágen á mis ojos?

EL CONDE. (*Levantándose tembloroso.*)

¡Amalia! ¡Mi sobrina! ¡Amalia!

AMALIA. (*Precipitándose en los brazos del anciano.*)

¡Padre mio! ¡Volverte á ver á tí..... y á Cárlos..... y á todos!

EL CONDE.

¡Cárlos vive..... tú..... yo..... todos vivimos! ¡Todos! ¡Mi Cárlos vive!

MOOR. (*Furioso á los bandidos.*)

¡En marcha, muchachos! ¡Barrabás me ha vendido!

AMALIA. (*Suelta á su padre y precipitándose sobre Carlos, le abraza arrebatada de gozo.*)

¡Ya le tengo en mis brazos! ¡Cielos!
¡Le tengo!

MOOR.

¡Arrancadla de mi cuello! ¡Matadla, matadla! ¡Y tambien á mí! ¡Y á vosotros!
¡Y á todos! ¡Desplómese el mundo entero!

AMALIA.

¡Querido mio! ¡Carlos! ¿Estás loco?
¡Ah! lo estás de gozo ¿no es verdad? ¿Por qué soy yo tan insensible á todo? ¿Por qué tan fria en medio de tanta ventura?

EL CONDE.

¡Venid, hijos míos! Dame tu mano, Carlos..... la tuya, Amalia. ¡Nunca esperé tamaña dicha ántes de morir! Voy á uniros para siempre.

AMALIA.

¡Siempre suya! ¡Siempre! ¡Siempre mio! ¡Oh, poder celestial, librame de esta voluptuosidad mortal, no sea que perezca bajo este peso superior á mis fuerzas!

MOOR. (*Arrancándose de los brazos de Amalia.*)

¡Huye, huye, desventurada! Eres la más infeliz de todas las desposadas..... ¡Mira!
¡Pregunta! ¡Escucha!..... Tú el más desdichado de los padres..... ¡Déjame huir para siempre!

AMALIA.

¿Adónde? ¡Cómo! amor, eternidad, ventura sin fin, ¿y huyes?

EL CONDE.

¿Mi hijo huye? ¿Mi hijo?

MOOR.

Ya es tarde. ¡Todo es inútil!.... ¡Tu maldición, padre mio! No me preguntes más... yo soy..... he..... ¡Tu maldición, tu maldición! *(Con más calma.)* ¡Perece, Amalia! ¡Muere, padre mio! ¡Muere la segunda vez por mi mano! ¡Estos que te han salvado la vida son bandidos, son asesinos! ¡Tu hijo es..... su capitán!

EL CONDE.

¡Dios mio! ¡Hijos míos! *(Muere.)*

(Amalia permanece muda é inmóvil como una estatua. Los bandidos guardan un silencio imponente.)

MOOR.

Las almas de los que he estrangulado, mientras disfrutaban del amor..... de los que he aplastado cuando estaban en brazos del apacible sueño..... de los que..... ¡Ja, ja, ja! ¿no oís el estrépito del almacén de pólvora, que se hunde sobre el lecho de dolor de la infeliz madre que acaba de dar á luz á un hijo? ¿No veis las llamas que devoran la cuna del recién nacido? ¡Esa es la antorcha nupcial! ¡Esos son los cánticos

de la boda! ¡Oh! ¡Él no olvida..... sabe recordarle á uno sus faltas! Así se ha hecho para mí la ventura del amor..... así el amor mismo me sirve de verdugo. ¡Justa recompensa!

AMALIA. (*Como si despertase de un pesado sueño, con acento confuso.*)

¡Es verdad, Dios del cielo! ¡Es verdad! ¿Qué es lo que he hecho yo, inocente cordera? ¡He amado á este monstruo!

MOOR.

¡Esto es más de lo que puede resistir un hombre! He visto la muerte cara á cara más de mil veces sin retroceder una línea ¿y he de temblar ahora como una hembra? ¡Temblar delante de una mujer! ¡No! ¡No debilitará una mujer mi ánimo! ¡Sangre, sangre!.... ¡Esto pasará! Vea yo sangre, y soy capaz de amenazar á ese tirano que llaman el destino. (*Intenta irse.*)

AMALIA. (*Arrojándose en sus brazos.*)

¡Asesino! ¡Demonio! ¡No puedo dejarte marchar, ángel mio!

MOOR. (*Deteniéndose admirado.*)

¿Estoy soñando? ¿Estoy loco? ¿Ha inventado el infierno un nuevo ardid para divertirse conmigo de una manera diabólica? ¡Pues no está en brazos del asesino!

AMALIA.

¡De un modo inseparable! ¡Eternamente!

MOOR.

¡Aun me ama! ¡Aun! Soy entónces tan puro como la luz del sol. ¡Me ama á pesar de todos mis crímenes! Los hijos de la luz lloran cuando abrazan á los demonios que han obtenido su perdon. ¡Mis furias estrangulan sus serpientes! ¡El infierno sucumbió! ¡Soy feliz! (*Oculto su rostro en el seno de Amalia; pausa.*)

GRIMM. (*Saliendo furioso.*)

¡Alto, traidor! Suelta pronto ese brazo, ó te digo cuatro palabras que te hielen de espanto.

SCHWEIZER. (*Extendiendo la espada entre ambos.*)

Acuérdate de la selva de Bohemia. ¿Oyes? ¿Tiemblas? Pues acuérdate bien. ¡Desleal! ¿qué has hecho de tus juramentos? ¿Se olvidan tan pronto las heridas.... cuando hemos expuesto por tí la vida, la felicidad y el honor? ¿No levantaste tu mano para jurarnos de un modo solemne, que no nos abandonarías, como nosotros te fuésemos fieles? ¡Perjuro! ¡Traidor! ¿Intentas dejarnos porque una hembra llora?

LOS BANDIDOS. (*Descubriéndose el pecho.*)

¡Mira, mira! ¿Conoces estas cicatrices?

Con la sangre de nuestro corazón te hemos comprado, te hemos hecho nuestro esclavo. ¡Nuestro serías, aunque el arcángel San Miguel y Molock se disputasen tu persona! ¡Vén con nosotros! ¡Vén con nosotros! ¡Sacrificio por sacrificio! Nosotros todos bien valemos tanto como una mujer, nuestra fidelidad tanto como su amor.

MOOR. (*Soltando á Amalia.*)

¡Se acabó! Intentaba volver á casa de mi padre; pero el del cielo dice: ¡No! No pongas en blanco los ojos de ese modo, Amalia. No me necesita. ¡No tiene criaturas á millares? ¡Una que le falte no ha de echarla ménos! Esta soy yo. ¡Vamos muchachos, en marcha! (*Vuélvese hácia los bandidos.*)

AMALIA. (*Sujetándole con fuerza.*)

¡Detente! ¡Un golpe, un golpe de muerte, por piedad! ¡Verme de nuevo abandonada! ¡Desenvaina esa espada y compadécete de mí!

MOOR.

Los tigres tienen piedad; yo no te mato.

AMALIA. (*Abrazándole las rodillas.*)

¡Oh, por amor de Dios! ¡Por piedad! ¡Ya no quiero amor! Harto sé que nuestras estrellas son hostiles y se separan; la muerte es lo único que te pido. ¡Me

tiembla la mano, mira! ¡No tengo valor para herirme, me asustan los destellos de ese filo! Te es tan fácil á ti que tienes tal maestría..... ¡Mátame y soy feliz!

MOOR. (*Con acento severo.*)

¿Quieres ser feliz tú sola? ¡Véte! ¡No mato á una mujer!

AMALIA.

¡Ah, verdugo! Puedes asesinar á los que son felices, y pasas con indiferencia al lado del que está hastiado de la vida. (*Con acento de súplica dirigiéndose á los bandidos.*) ¡Tened compasión de mí, secuaces del verdugo! Hay una compasión sedienta de sangre en vuestra mirada, que consuela mi desventura. ¡Disparad! Vuestro jefe es un cobarde, que afecta un valor que no tiene. (*Varios bandidos apuntan á Amalia.*)

MOOR. (*Fuera de sí.*)

¡Atrás, harpías! (*Interponiéndose majestuosamente.*) ¿Habrá uno que se atreva á entrar en mi santuario? ¡Es mía! (*Rodeándole el talle con su brazo.*) ¡Que nos separen ahora el cielo y el infierno! ¡El amor está por encima de los juramentos! (*Alzándola entre sus brazos y mostrándola á los bandidos sin temor.*) Lo que la naturaleza ha unido, ¿quién se ha de atrever á separarlo?

LOS BANDIDOS. (*Apuntándoles.*)

¡Nosotros!

MOOR. (*Riendo amargamente.*)

¡Infelices! (*Deja á Amalia que está casi sin sentido sobre una roca.*) ¡Mirame, querida mia! La bendicion de un padre no nos unirá; pero conozco un medio mejor. (*Quitándole el pañuelo que lleva al cuello y descubriéndole el seno; á los bandidos con voz serena.*) ¡Mirad esta hermosura! (*Con dulce tristeza.*) ¿No conmueve á los bandidos? (*Despues de una pausa, con dulzura.*) Miradme, bandidos, soy jóven... y amo... y aquí me aman... me adoran... He llegado hasta las puertas del paraíso. (*Con voz suplicante.*) ¿Serán mis mismos hermanos los que me rechacen? (*Los bandidos prorumpen en estrepitosas carcajadas. Moor cambiando de tono, con acento resuelto.*) ¡Basta, naturaleza! De aquí no pasarás. ¡Ahora empieza el hombre! Yo tambien soy asesino, y ademas (*Dirigiéndose hácia ellos con indescriptible altivez.*) ¡vuestro capitan! ¡Quereis disputar conmigo, la espada en la mano, ¿eh? (*Con imperioso acento.*) ¡Abajo las armas! ¡Vuestro jefe os habla! (*Los bandidos asustados obedecen.*) ¿Lo veis? No sois más que unos esclavos, miéntras yo soy libre. Libre ha de ser Moor para ser grande. ¡Por un Eliseo del amor no daría yo este triunfo! (*Desenvainando la espada.*) No llameis delirio lo que no teneis valor para llamar

grandexa de alma. El espíritu de la desesperacion camina más rápidamente que la tranquila y perezosa cordura. No se repara en acciones como ésta, hasta despues de haberlas cometido. ¡Luégo hablarémos! (*Precipitase sobre Amalia y le da una estocada.*)

LOS BANDIDOS. (*Batiendo las palmas con estrépito.*)

¡Bravo, bravo! ¡Esto se llama desempeñar su honor como un príncipe!

MOOR. (*Colocándose delante de Amalia, y guardándola con la espada desnuda.*)

¡Ahora es mia!.... ¡mia!.... ó la eternidad no ha sido más que una quimera engendrada en el cerebro de un imbécil. Bendecida por mi acero, he conquistado á mi amada, haciéndola pasar sin temor por delante de todos los dragones encantados de mi implacable enemigo, el destino. (*Separándose de ella con altivez.*) ¡Muchas veces tiene que girar la tierra al rededor del sol, ántes que vuelva á presenciar una accion como ésta. (*A Amalia con ternura.*) ¡Qué dulce debe de serte recibir la muerte de manos de tu amado! ¿No es cierto, Amalia?

AMALIA. (*Bañada en su sangre.*)

¡Muy dulce! (*Extiende la mano y muere.*)

MOOR. (*A los bandidos con majestuoso ademán.*)

¡Lástima me dais! ¿No es verdad que no contabais con tanto desprendimiento de mi parte? Me habeis sacrificado una vida miserable, una vida llena de oprobio é ignominia, y en cambio os he inmolado un ángel. (*Tirándoles la espada con desprecio.*) ¡Bandidos, estamos en paz! El compromiso que contraje con vosotros está hecho pedazos sobre este cadaver, y os relevo del vuestro.

LOS BANDIDOS. (*Acercándose en tropel.*)

¡Serémos tus esclavos hasta la muerte!

MOOR.

¡No, no, no! ¡Hemos concluido! Mi genio tutelar me dice: ¡No prosigas, Moor, éste es el límite del hombre y el tuyo!... Tomad este sangriento penacho (*Arrojando al suelo su penacho.*), os lo devuelvo: recójalos el que desee ser vuestro capitán.

LOS BANDIDOS.

¡Ah, cobarde! ¿Qué has hecho de tus grandiosos proyectos? Eran burbujas de jabón que ha hecho estallar el estertor de una mujer.

MOOR. (*Con dignidad.*)

Cuando Moor obra, no examineis sus actos. ¡Esta es mi última orden! ¡Venid! Formad un círculo á mi rededor y escu-

chad el testamento de vuestro capitán. (*Fijando en los bandidos una mirada penetrante.*) Me habeis sido fieles.... ¡ fieles sin igual! Si la virtud, en vez del crimen, os hubiese unido habriais llegado á ser héroes, y la humanidad se complaceria en repetir vuestros nombres. Id á ofrecer al Estado los dones que poseeis. ¡ Servid á un rey que pelee por los derechos de la humanidad! ¡ Sea esta bendicion mi despedida! (*A Schweizer y Kosinsky.*) ¡ Quedaos vosotros! (*Los demas bandidos se van triste y silenciosamente.*)

ESCENA VIII.

MOOR, SCHWEIZER Y KOSINSKY.

MOOR.

¡ Dame tu diestra, Kosinsky! ¡ Schweizer, tu siniestra! (*Cógelos las manos, y se coloca en medio de los dos; á Kosinsky.*) ¡ Jóven, tú sólo eres puro entre todas estas almas corrompidas! (*A Schweizer.*) ¡ Harto he bañado en sangre estas manos! Soy yo quien lo ha hecho; pero en este apretón de manos recojo lo que es mio. ¡ Schweizer, ya eres puro! (*Levantando las manos de sus amigos al cielo con fervoroso ademán.*) ¡ Padre que estás en los cielos, te los devuelvo. Estoy seguro de que te amarán

más entrañablemente que los que nunca pecaron. (*Schweizer y Kosinsky se abrazan.*) ¡Todavía no, queridos míos! No me tentéis en este momento supremo. Me ha caído en herencia un condado, que no ha herido con sus alas de harpía la maldición. ¡Repartido entre vosotros dos, hijos míos! Y cuando llegéis á ser buenos ciudadanos, y por cada diez que yo he asesinado hagais feliz á uno, mi alma se salvará. ¡Adios! ¡Nada de despedidas! Allí nos veremos..... ó nunca.... ¡Pronto! ¡Marchaos ántes no me enternezca! (*Vanse ambos cubriéndose el rostro con las manos.*)

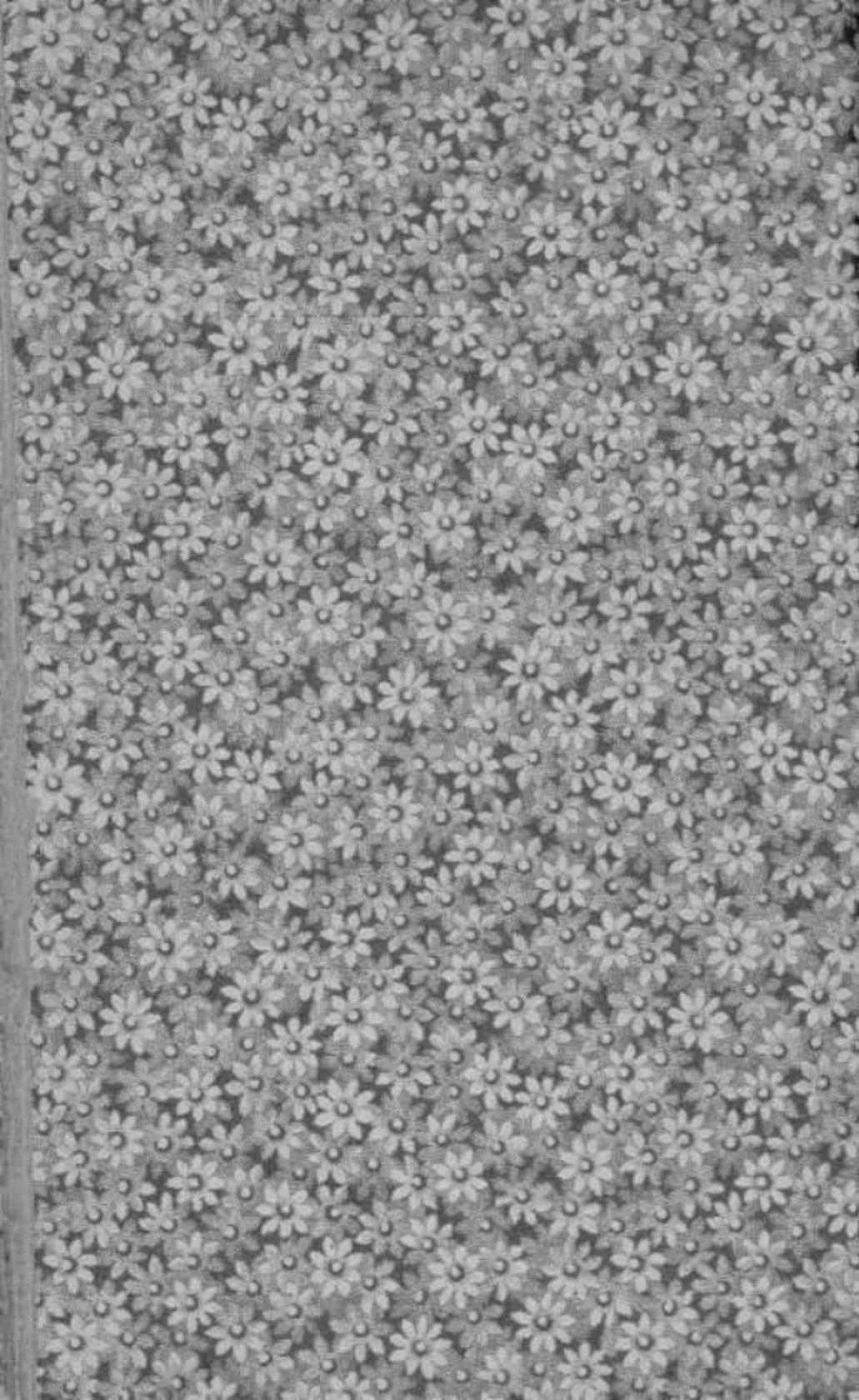
ESCENA IX.

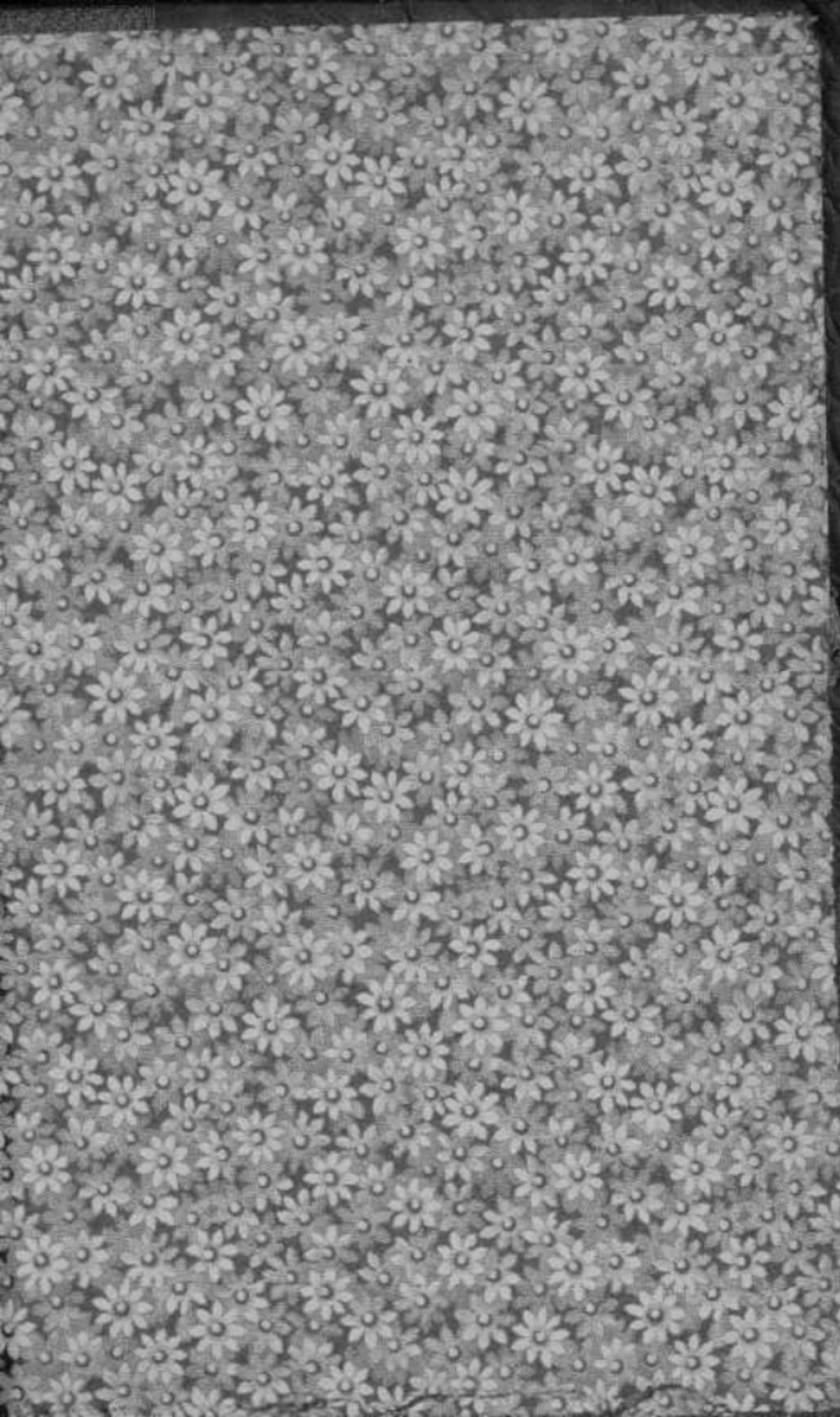
MOOR. (*Solo.*)

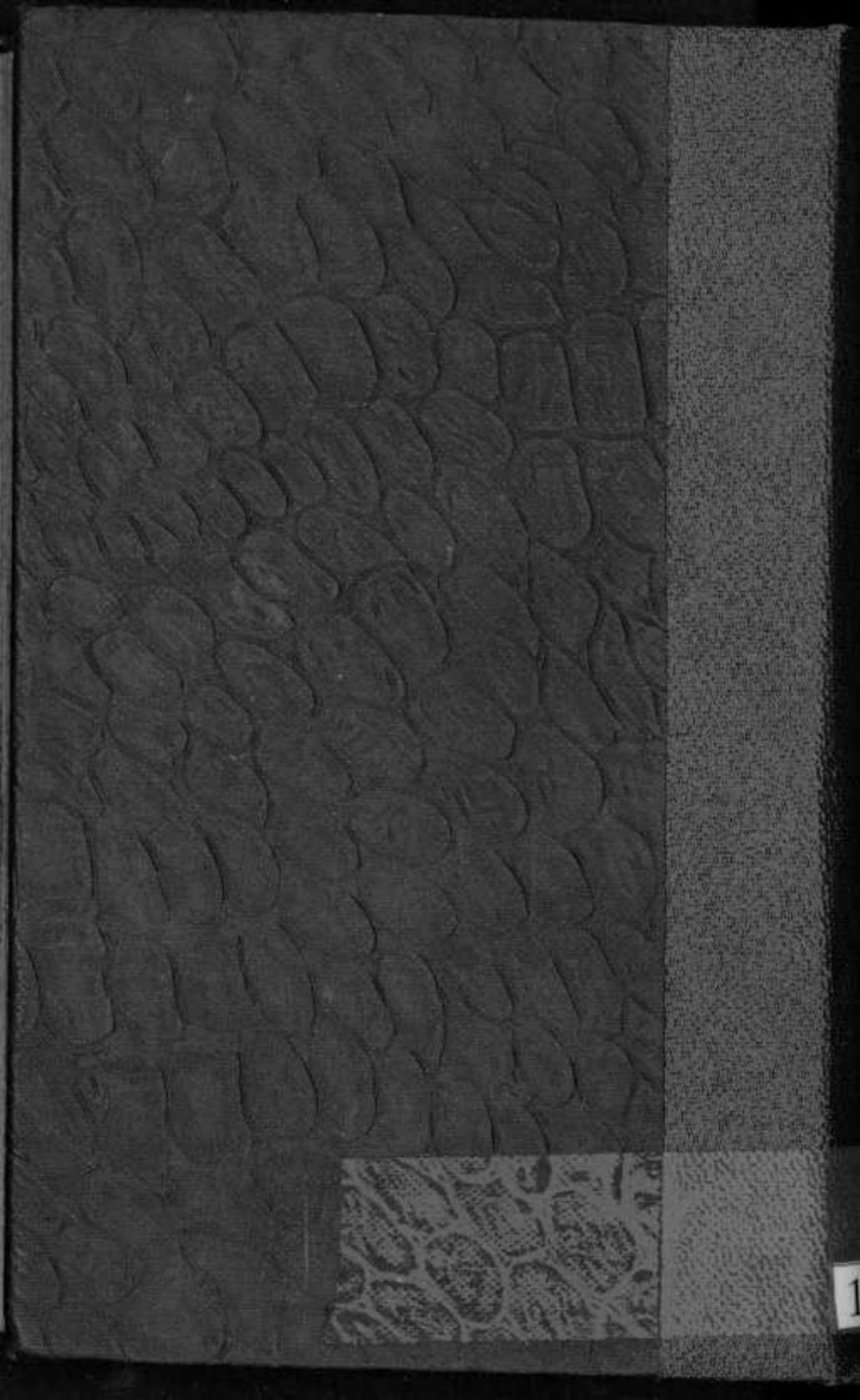
Yo tambien soy un buen ciudadano. ¿No cumplo con la más terrible ley? ¿No la respeto? ¿No la vengo? Recuerdo que el otro dia hablé con un pobre artesano que tiene que trabajar á jornal para criar once hijos que tiene. Han ofrecido mil ducados al que entregue vivo al gran bandido. ¡Puedo sacar á ese pobre hombre de apuros! (*Vase.*)

FIN.









1201